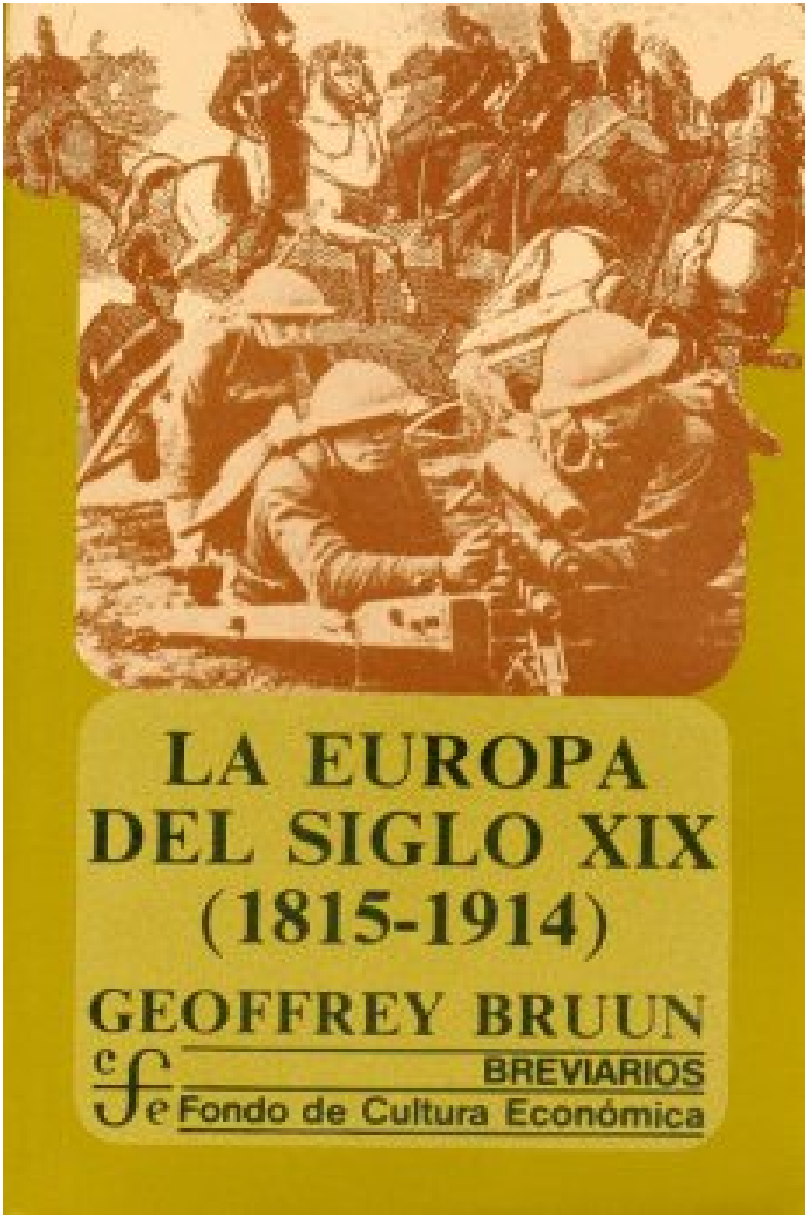


GEOFFREY BRUUN

# LA EUROPA DEL SIGLO XIX (1815-1914)

Fondo de Cultura Económica

1964

# La Europa del siglo XIX

## 1815 - 1914

*por*

GEOFFREY BRUUN

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

# INTRODUCCIÓN

El siglo XIX fue la gran era de la expansión europea. Durante 300 años, a continuación de los viajes de Colón, Da Gama y Magallanes la sombra de la hegemonía europea corrió sobre los mares. Durante 10 generaciones, intrépidos exploradores, comerciantes y colonizadores izaron sus velas en los puertos del Viejo Mundo para establecer los amplios fundamentos de los imperios de ultramar. Sin embargo, sólo en el siglo XIX, cuando la ciencia occidental puso "un cinturón alrededor de la tierra", fue cuando los europeos recibieron su plena herencia imperial. Su agresiva superioridad y sus espectaculares conquistas eclipsaron todos los prólogos históricos, aunque puedan encontrarse precedentes limitados, por ejemplo, en la propagación de la cultura helénica después del siglo IV d. C. Pero la civilización helénica estuvo circunscrita al ámbito del Mediterráneo, mientras que la hegemonía de los europeos modernos se extendió hasta que todos los continentes de la tierra les produjeron alguna especie de ventaja. Entre los años de 1815 y de 1914, el mundo ingresó en una nueva era de integración global, a impulsos de la técnica occidental, era que, sin excesiva exageración, podría calificarse de era europea. Antes de que terminara el siglo XIX, la civilización europea dominaba o chocaba contra cada segmento del globo, y todos los grupos importantes de la población mundial habían recibido la huella de la cultura occidental, o habían experimentado su presión.

Para los pueblos de Europa, el periodo transcurrido entre 1815 y 1914 fue una era de progresos tan notables, en cada uno de los países del continente, que casi se cegaron a la influencia constantemente creciente que su economía ejercía en ultramar. Fue un perio-

do que no se vio dañado por guerras prolongadas, o gravemente debilitadoras; fue un siglo durante el cual las energías acumulativas de Europa pudieron dirigirse a empresas constructivas y el capital y la población excedentes encontraron inversiones lucrativas en otros continentes. Cada generación disfrutó de un aumento de riqueza y de comodidad, de una ampliación de las oportunidades económicas y de un mejoramiento en los niveles de alimentación, salud y saneamiento. Con cada década, nuevos avances técnicos aceleraron la mecanización de la industria, nuevas ciudades dibujaron contra el cielo sus anárquicas siluetas y nuevos niveles de producción se alcanzaron en las fábricas y talleres. Pero los índices más significativos del progreso no fueron ni políticos, ni económicos, sino demográficos. A lo largo del siglo XIX, la población de Europa aumentó, por término medio, a un ritmo de tres a cuatro por ciento anual, tasa de crecimiento que nunca antes había alcanzado una población tan vasta, durante un periodo tan prolongado.

Este desarrollo fenomenal de la población constituyó uno de los factores decisivos de la supremacía europea. Cálculos generales convienen en que la población de Europa, en 1815, ascendía a cerca de 200 000 000; en el siglo XIX, esta cifra se duplicó de sobra, hasta alcanzar un total de 460 000 000 hacia 1914. Otros continentes registraron también un excepcional aumento numérico durante el mismo espacio de tiempo, pero los europeos superaron a todos. En 1815, las personas que vivían dentro de los límites geográficos de Europa constituían, quizá, una quinta parte de la población mundial; hacia 1914, constituían un cuarto. Para comprender la naturaleza singular de este triunfo es preciso señalar que todos los demás continentes rivales poseían una tasa de natalidad general más alta que la Europa del siglo XIX. Los europeos modificaron el



equilibrio demográfico del globo, no elevando su tasa de natalidad, sino más bien disminuyendo su coeficiente de mortalidad.

Sin embargo, las cifras correspondientes a Europa, por sí solas, no son suficientes para indicar toda la magnitud del logro europeo en materia de crecimiento de la población. Entre la caída de Napoleón, en 1815, y el estallido de la primera Guerra Mundial, en 1914, más de 40 000 000 de emigrantes abandonaron sus patrias europeas para establecerse en otros continentes. Las consecuencias de esta vasta migración hicieron que los europeos se convirtieran, en gran parte, en una raza extraeuropea. En 1815 había menos de 20 000 000 de personas nacidas en Europa o de sangre predominantemente europea al otro lado de los mares. Hacia 1914, el total se había multiplicado diez veces, hasta sumar cerca de 200 000 000.

Este incremento y dispersión de los europeos durante el siglo XIX fue un reflejo fiel de su espíritu imperial. Hacia 1914 había tantas personas de ascendencia europea fuera de Europa, como habitantes había tenido este continente el siglo anterior. O, para decirlo de otra manera, alrededor de 1914, de cada tres europeos, uno vivía en ultramar. Como ya dije, los 460 000 000 de habitantes de Europa en esa fecha constituían una cuarta parte de la población mundial. Si a esta cifra se suman los 200 000 000 de personas de sangre europea que vivían en el exterior, se ve claramente que, en el año de 1914, vivían cerca de 700 000 000 de personas de ascendencia europea. La cepa racial de éste, el más pequeño de los continentes, contando a sus hijos emigrantes, y a los descendientes de éstos, había llegado a constituir un tercio del género humano.

Datos estadísticos como los que he mencionado hacen ver con claridad que una narración equilibrada de la Europa del siglo XIX debe exceder los estrechos lími-

tes de la escena europea. Los actos principales del drama todavía se representaban ahí, pero la esfera de su acción se había ampliado hasta comprender una magna Europa, más allá de los mares. Había pasado el día en que los anales coloniales podían tratarse como epílogo de los acontecimientos europeos. Los lazos políticos que en otro tiempo habían ligado al Nuevo y al Viejo Mundo se cortaron o aflojaron hacia 1815. Las ciudades levantadas en los vastos y casi desiertos territorios ocupados habían crecido hasta alcanzar magnitudes soberanas y convertirse en los núcleos de naciones independientes. Sin embargo, aun las más remotas comunidades fronterizas fundadas por la iniciativa europea se consideraban a sí mismas como vástagos de una cultura paterna viva, como atestiguan tan a menudo sus nostálgicos toponímicos. Sus tradiciones y sus técnicas reconocían su origen en el otro lado del mar, y podían rastrearse a lo largo de los siglos; sus raíces alcanzaban hasta los monasterios medievales, que en otro tiempo motearon el círculo en expansión de la cristiandad; sus defensas recordaban los campamentos romanos que marcaron los bordes de un *imperium* anterior. En el siglo XIX, las dilatadas colonias del Viejo Mundo estaban llegando a su madurez y convirtiéndose en dominios o en repúblicas, pero eran todavía los custodios de una civilización común y los herederos del legado europeo.

En las páginas siguientes se seguirán paso a paso las aventuras de estos pueblos europeos de ultramar, junto con las de las naciones del Viejo Mundo. La influencia de Europa en el mundo fue, desde el principio, un proceso interdependiente y recíproco. A medida que fue desenvolviéndose la comunidad atlántica, la civilización europea se fue convirtiendo en algo vasto y vago, para lo que no podía encontrarse un nombre satisfactorio; pero el espíritu de esta cultura occidental común estableció el tipo de desarrollo en regiones todavía más remotas, como Suráfrica, Australia y el Extremo Oriente. En Europa misma, la exportación de ideas y de técnicas, de capital y de población, ejerció una influencia continua y creciente a lo largo del siglo XIX. La gran inversión del capital europeo contribuyó a explotar los recursos de otros continentes y convirtió a Europa, en un sentido, en el "banquero del mundo", mientras que la competencia de las potencias europeas para obtener concesiones y territorios en África y en Asia intensificó a veces las tensiones interiores europeas. La historia de Europa del siglo XIX se convirtió en un drama de presiones crecientes y políticas concurrentes, que alcanzaron su climax dentro del marco de un equilibrio precario. Al siglo XX le tocó en suerte heredar el desenlace violento y trágico de estas aceleradas tendencias.

# I. REACCIÓN POLÍTICA Y PROGRESO ECONÓMICO (1815-30)

Más que el de 1800, el año de 1815 es el umbral lógico de la Europa del siglo XIX. Los tremendos golpes de la Revolución francesa y de las Guerras napoleónicas habían agrietado las rígidas instituciones del antiguo régimen. Cuando se calmaron los sacudimientos y disminuyó el estruendo, los europeos se encontraron viviendo en sitios antiguos reconstruidos a medias, a medias empobrecidos, pero dentro de un marco más amplio y con corredores más espaciosos que los de la arquitectura estrecha que en su crecimiento habían expansionado. Los estadistas de la Era de la Restauración, que repararon la resentida estructura después de la caída de Napoleón, han sido acusados de planear para el pasado y no para el futuro de la sociedad europea. Es una acusación que los historiadores liberales, después de que ha pasado todo, se han complacido a menudo en subrayar, pero es un cargo que desconoce casi por completo el espíritu y los propósitos del acomodo que se produjo con la Restauración.

Hay que tener en cuenta que los estadistas reaccionarios que acudieron a Viena en 1814, para autentificar el testamento revolucionario, no eran ni anticuarios ni profetas; eran diplomáticos atormentados, enloquecidos por los imperiosos problemas del presente. Su objeto era restablecer la paz después de un cuarto de siglo de arbitrarios manejos políticos y de guerra casi incesante; y decidieron, muy humanamente, que la seguridad podría alcanzarse mejor invocando los principios contrarrevolucionarios de la inmovilidad política y la permanencia dinástica. Allí donde los viejos límites sobrevivieron y podían prestar un útil servicio, los repararon. Pero su propósito fundamental no fue restaurar





las injusticias del antiguo régimen, sino sus memorables virtudes, sobre todo los beneficios de un gobierno estable y la seguridad de un sistema de Estados en equilibrio razonable.

Juzgados conforme a estos sobrios propósitos, los diplomáticos que redactaron los tratados de Viena fueron hábiles estadistas. El arreglo general que idearon fue subsecuentemente modificado en detalle, pero a lo largo de un centenar de años se modificó sin rebasar la órbita de sus fórmulas prudentes. El Congreso de la Paz había sido convocado, como reconoció su secretario Friedrich Gentz, para dividir entre los victoriosos los despojos del vencido, delicada operación que se ejecutó prestando la debida atención a la compensación recíproca, y sin rencor ni espíritu de venganza innecesarios. Después de 1815, las grandes potencias evitaron recurrir a las armas durante cerca de 40 años; y, cuando se produjeron guerras, se libraron por objetivos limitados, y fueron conflictos que se pudieron aislar y a los que nunca se les permitió alcanzar proporciones ruinosas y agotadoras. A pesar de numerosos defectos, el arreglo alcanzado en Viena puede verse, en perspectiva, como la puerta de un siglo de poder, estabilidad y expansión. Abrió el más largo periodo exento de guerra general que Europa había conocido desde la época de la paz romana, de los siglos I y II de la era cristiana.

La forma de la historia europea después de 1815 dependió del juego recíproco de tres factores principales, uno político, otro naval y otro más económico. El factor político fue el ascendiente transitorio de las cuatro potencias victoriosas, Inglaterra, Austria, Rusia y Prusia. Eclipsada Francia, estos "Cuatro Grandes" estuvieron en situación de redibujar el mapa de Europa hasta darle casi todas las formas que pudieran parecerles mutuamente aceptables. El segundo factor, igualmente importante para dar forma a cualquier arreglo

realista, fue el de la supremacía naval de Inglaterra. En ninguna parte del globo existía una armada, o una alianza de fuerzas navales, que fuera lo suficientemente fuerte como para desafiar al señorío inglés de los mares. El tercer factor, menos evidente para la mayoría de los diplomáticos europeos, pero que en potencia era el más poderoso de todos, como árbitro de los destinos de Europa, fue la mecanización de la industria. Las "lóbregas fábricas de Satán" estaban a punto de liberar sus rítmicas energías y la máquina de vapor esperaba para transformar la vida económica europea. Estimar la influencia de estos tres factores no es nada fácil, y el método que he adoptado consiste en considerarlas individualmente, en el orden mencionado.

La reconstrucción política del continente era una preocupación primordial para los gobiernos de Austria, Rusia y Prusia. Austria, cuatro veces derrotada por las aplastantes campañas napoleónicas, mostró un sorprendente poder de recuperación; y la elección de Viena para el Congreso de la Paz fue el tributo que se pagó a este prestigio renacido. La elección fue un tributo también al espíritu emprendedor de Klemens von Metternich, el Ministro de Relaciones Exteriores de Austria, que desplegó sus talentos sociales y diplomáticos como cicerone de los delegados reunidos. Metternich se consideraba predestinado a "apuntalar una casa en ruinas". Y temía, con razón, que el reino de los Habsburgos se desintegraría si las corrientes nacionalistas y liberales, provocadas por la Revolución francesa, se desbordaban de nuevo para inundar Europa. El Imperio del Danubio se había convertido en un anacronismo histórico en la era de los estados nacionales; pues, aunque por su extensión y su población Austria era una gran potencia, su sociedad seguía siendo feudal y aristocrática, y sus dispares segmentos comprendían minorías alemanas, magyares, polacas, checas, croatas,



italianas y otras más de menor importancia. Sin embargo, el tinte de la tradición era fuerte, el orgullo dinástico de los Habsburgos más fuerte todavía, y el colapso del *imperium* francés había hecho de Austria el campeón predestinado de las fuerzas conservadoras. Cuando Viena fue la anfitriona de Europa en 1814-15, las recepciones fueron tan brillantes, la música tan seductora, las mujeres tan hermosas y el prestigio de la corte austriaca, aparentemente, tan inexpugnable como antes. El imperio Habsburgo ingresó en su ciclo final bañado en el dorado resplandor de un veranillo de San Martín, que parecía ser el retorno de la primavera.

Externamente por lo menos, Austria no parecía haber cambiado mucho bajo los rudos golpes de la era revolucionaria. Las distantes provincias belgas (los Países Bajos austriacos) se habían perdido para siempre, pero en compensación, los Habsburgos conservaban los territorios de la fenecida República de Venecia y la provincia de Lombardía. El Sacro Imperio Romano, no revivió (esa ficción arcaica se había desbaratado en 1806), pero Austria encabezó una nueva creación diplomática, la Confederación Alemana. Era una liga, poco apretada, de 38 Estados alemanes, cuyos gobiernos enviaron delegados a una dieta que se reunía en Francfort del Meno. Las esperanzas de instituciones más liberales y de una unión nacional más estrecha, que habían encendido muchos corazones alemanes en el fervor del *Freiheitskrieg*, se vieron frustradas por esta débil convención. Aunque la carta constitucional de la Confederación Alemana ofreció "una forma de gobierno representativo" a los Estados miembros, la presión austriaca anuló en la práctica esta disposición.

Al igual que Austria, Prusia recuperó en Viena el perdido prestigio y el regateo territorial sumó parte de Sajonia y toda la Pomerania sueca a las posesiones de los Hohenzollern. Pero los esfuerzos bélicos contra

los franceses habían agotado los limitados recursos del Estado prusiano, que necesitaba una década, o más, de convalecencia. De manera que Prusia llevó a cabo una prudente política de atrincheramiento y recuperación después de 1815, en tanto que Austria dictó su voluntad a los Estados alemanes menores y fijó el tono de la política en la Europa Central.

Los intereses rusos estuvieron representados en Viena por el zar Alejandro I en persona. La personalidad de este "Hamlet coronado" al que Napoleón llamó "bizantino mañoso", desconcertó a sus contemporáneos. Parecía incongruente que el autócrata de todas las Rusias abrigara sentimientos auténticamente liberales. Sin embargo, Alejandro había discutido con Napoleón en contra de la monarquía hereditaria, y había solicitado a Thomas Jefferson informes acerca de la Constitución de los Estados Unidos, cuando la palabra república era anatema para sus principescos colegas. En el corazón del zar, los impulsos de un humanitario luchaban contra los cálculos de un estadista, y hasta el año de 1820 siguió soñando con una constitución liberal para Rusia. Pero el arrastre de la tradición resultó demasiado fuerte, la reacción triunfó y después de la muerte de Alejandro, en 1825, su hermano Nicolás I le aseguró a Metternich que los fogonazos del liberalismo místico no volverían a iluminar el horizonte oriental de Europa.

La Rusia zarista, al igual que Austria y Prusia, tenía poco que ganar y mucho que perder si se levantaba de nuevo la marejada revolucionaria. Los monarcas hereditarios de San Petersburgo, Viena y Berlín estaban tácitamente unidos por intereses y problemas semejantes, puesto que todos tenían que vigilar a minorías descontentas, y a todos les habían tocado pedazos del desmembrado Estado polaco. La "cuarta partición" de Polonia, consumada en Viena, le dio la mayor parte a Rusia, y Alejandro creó una monarquía constitucional



polaca, que lo tenía a él como rey. Puesto que había conservado también Finlandia, de la que se habían apoderado sus ejércitos en 1809, y Besarabia, que se les había quitado a los turcos en 1812, Rusia salió de las guerras revolucionarias con conquistas más extensas que cualquier otra potencia continental.

Mientras los representantes de los "cuatro grandes" se reunían a puerta cerrada, dedicados a la tarea de repartir Europa, los delegados de los Estados secundarios hacían antesala. Sabían que la suerte de las naciones más pequeñas dependía de dos cuestiones: del deseo de castigar a los príncipes que habían permanecido leales a Napoleón durante largo tiempo, y del deseo de "contener" a Francia en el futuro, bloqueando los puntos más probables de expansión francesa. De esta manera, Dinamarca perdió Noruega, con su millón de habitantes, que pasó a poder de Suecia, pues esta última había sabido abandonar previsoramente la causa francesa ya desde 1812. Sajonia, elevada a la dignidad de reino por Napoleón, cedió dos quintas partes de su territorio a Prusia. Para bloquear la expansión francesa por el noreste, tres millones de belgas y más de un millón de holandeses se convirtieron en súbditos de Guillermo I de la casa de Orange, para formar el reino de los Países Bajos Unidos. En el sureste, se contrarrestó un posible resurgimiento de la presión francesa garantizando la independencia de Suiza, y fortaleciendo el reino de Piamonte-Cerdeña, donde se restauró la casa de Saboya y al que se le entregó la difunta República de Génova para darle más peso. Decididamente, los hacedores de la paz de 1815 no querían saber nada con las repúblicas. Lombardía y Venecia pasaron a ser provincias de los Habsburgos. En Nápoles, un pretendiente Borbón, Fernando I, fue coronado rey de las Dos Sicilias; mientras que, en la Italia Central, los Estados papales volvieron a estar sujetos, una vez más, a la fé-

rula temporal del papa Pío VII. El principio de la legitimidad triunfó igualmente en la península ibérica: Fernando VII recuperó el trono español y Portugal quedó sujeto a la casa de Braganza.

Sin embargo, la más notable reivindicación del principio de la legitimidad fue el retorno de Luis XVIII a París, donde proclamó su firme voluntad de soldar la cadena del tiempo, cortada por el "fatal interludio" de la Revolución francesa. El imperturbable Talleyrand, que había abandonado a Napoleón para pasarse al lado de los Borbones, se presentó en Viena como el ministro plenipotenciario de Luis XVIII, y llevaba la legitimidad como su carta de triunfo. Convenció a los "cuatro grandes" de que sería una contradicción de principio ofrecerle a Luis XVIII un reino truncado: Francia debía devolverse intacta a los Borbones. La inesperada fuga de Napoleón de su exilio en la isla de Elba, y su breve recuperación del poder durante los "Cien Días", demostró que muchos franceses no se habían arrepentido y este "último vuelo del águila" hizo que los aliados trataran con mayor severidad a Francia. Después de Waterloo, Napoleón fue enviado a Santa Elena, los límites franceses se redujeron de nuevo y se le impuso una indemnización de 700 000 000 de francos a la temible y perturbadora nación. Pero tres años más tarde, cuando el gobierno Borbón parecía estar sólidamente establecido, los ejércitos de ocupación se retiraron y se permitió a Francia sumarse a las cuatro potencias victoriosas en una quíntuple alianza.

Siete años después de Waterloo, se le ofreció al régimen de Luis XVIII una oportunidad especial de demostrar su genuino conservadurismo. El Congreso de Verona (con la inconformidad del gobierno inglés) autorizó a Luis para enviar un ejército francés a España, y suprimir allí las manifestaciones liberales, con el objeto de apuntalar el vacilante trono del despreciable



Borbón que fue Fernando VII. El péndulo de la política exterior francesa había recorrido un arco completo desde aquel día desafiante, treinta años antes, en que la Primera República Francesa declaró la guerra a todos los reyes. Francia ya no era la "nación revolucionaria", y la música prohibida de la Marsellesa parecía ser el eco moribundo de un sueño fantástico. En 1821, Napoleón murió en Santa Elena. Su hijo y heredero, "el Aguilucho", criado en Viena bajo la mirada vigilante de Metternich, era la sombra de un gran hombre, un joven desdichado y destinado a una muerte prematura. El legitimismo había triunfado, la reacción estaba a la orden del día y Europa se había recuperado del "veneno de las ideas francesas".

Habiendo vencido a Napoleón y restablecido la paz, los gobiernos inglés, ruso, austriaco y prusiano concertaron en 1815 un pacto de amistad de 20 años. Sus voceros subrayaron la intención de conservar intacto el acuerdo de paz y perpetuar el Concierto de Europa a través del "gobierno mediante conferencias". En Aquisgrán (1818) la maquinaria internacional rechinó, mas siguió funcionando. Pero en la Conferencia de Troppau y Laibach (1820-21) el gobierno inglés manifestó ya su inconformidad con sus aliados continentales, en materia de intervención conjunta en los asuntos de las naciones perturbadas. Metternich y sus colegas conservadores se alarmaron por las agitaciones estudiantiles en las universidades alemanas y por los estallidos revolucionarios en Nápoles y en España. A pesar del disentimiento inglés, los gobiernos de Austria, Prusia y Rusia, respaldaron el "Protocolo de Troppau" en el que se declaró que cualquier Estado que hubiese sufrido un cambio de gobierno a través de una revolución quedaría excluido del Concierto Europeo. Cuando las tres potencias votaron en favor de la intervención en España, Inglaterra se negó a cooperar. George Canning,

que fue nombrado Ministro de Relaciones Exteriores de Inglaterra, después del suicidio de Castlereagh (1822), separó a Inglaterra del "areópago europeo", y el Congreso de Verona de ese año señaló la bifurcación de los caminos. De tal modo, la Cuádruple Alianza perdió significado antes de transcurrida la mitad de sus proyectados 20 años, y el gobierno *tory* en Londres, odiado por los liberales ingleses, se convirtió en la esperanza de los liberales del exterior.

Al reanudar Inglaterra su política tradicional de aislamiento, el sistema del Congreso quedó anulado. El exaltado espíritu posbélico de 1815 se había evaporado, y su expresión más idealista, la Santa Alianza, propuesta por Alejandro I de Rusia, estaba muerta ya. La proposición mesiánica que hizo Alejandro a sus colegas, de que "el único principio de fuerza, ya sea entre los dichos gobiernos o entre sus súbditos, debería ser el de prestarse servicios recíprocos", había sido aceptado "en principio" por la mayoría de sus colegas príncipes, pero no ejerció influencia manifiesta en sus políticas. Hacia 1822, el recordado idealismo y el espíritu de sacrificio de los años de guerra habían cedido su lugar a los cálculos y las componendas de paz. Canning recibió de buen grado el retorno a la diplomacia más realista de "cada nación para sí, y Dios para todos", e Inglaterra reanudó su marcha independiente en los asuntos europeos y mundiales.

Al debilitarse el Concierto Europeo, el segundo factor que mencioné anteriormente —el predominio del poderío naval inglés— se convirtió en una influencia decisiva, especialmente cuando operó contra la alianza conservadora. En el corazón de Europa, los gobiernos de Austria, Prusia y Rusia podrían hacer su voluntad, pero ningún Estado que tuviera costas, o un comercio marítimo, o colonias en ultramar, podría pasar por alto la presión naval inglesa. Fernando VII de España no



tardó en aprender esto cuando Canning otorgó reconocimiento condicional (1822) a los gobiernos establecidos por los rebeldes coloniales españoles, en Suramérica, donde los esforzados trabajos de Simón Bolívar, el Libertador, y de José de San Martín, habían establecido repúblicas independientes desde Caracas hasta Chile. Las potencias conservadoras simpatizaban con la "legítima" pretensión de Fernando al dominio de la América española; el gobierno ruso ofreció sus barcos para transportar una fuerza punitiva al Nuevo Mundo. Pero la ayuda inglesa a los rebeldes, y el dominio inglés de los mares, hizo impracticable tal expedición. El comercio con las nuevas repúblicas les estaba rindiendo pingües beneficios a los ingleses, y los emprendedores banqueros londinenses habían encontrado prometedores campos de inversión en la América Latina. No tenían deseo alguno de que España reafirmara un rígido monopolio económico sobre su perdido imperio de cerca de 4 000 000 de millas cuadradas, y 12 o 15 millones de habitantes.

La explotación colonial europea del Nuevo Mundo estaba llegando a su término, y fue una nación del Nuevo Mundo, como debiera ser, la que proclamó este hecho ante los gabinetes europeos. En su informe anual al Congreso de los Estados, en 1823, el Presidente James Monroe declaró que era "un principio en el que están comprendidos los derechos y los intereses de los Estados Unidos, el de que los continentes americanos, por la libre e independiente condición que han cobrado y mantienen, no habrán de ser considerados en lo sucesivo como sujetos de una futura colonización por parte de ninguna potencia europea".

El incentivo inmediato de esta histórica declaración fue una proposición que el gobierno ruso había hecho a Inglaterra y a los Estados Unidos para que las tres naciones definieran sus intereses en la costa del Pacífico

de la América del Norte. Pero un motivo más apremiante que la declaración de Monroe, fue el temor de que España, con el respaldo de la alianza europea, recuperara el dominio de las repúblicas americanas, que tan recientemente habían proclamado su independencia. El sistema político de las monarquías europeas, afirmó enfáticamente el presidente, era en esencia diferente del de las Américas. Y así declaró que "la sinceridad y las amistosas relaciones que existen entre los Estados Unidos y esas potencias, nos obligan a declarar que consideraremos cualquier intento de su parte por extender su sistema a cualquier porción de este hemisferio como peligroso para nuestra paz y seguridad".

Esta atrevida admonición a los soberanos aliados, proferida por una república novel, no habría modificado por sí sola sus intenciones. La doctrina Monroe se convirtió en piedra angular de la política exterior de los Estados Unidos porque la respaldó el poderío de la flota inglesa. En efecto, Canning había propuesto una declaración conjunta anglonorteamericana, pero los estadistas de Washington desconfiaban de las intenciones inglesas. Tal como se dio a conocer, el mensaje de Monroe cobró la forma de un gesto independiente, importante sobre todo en virtud de sus posteriores amplificaciones. El Congreso de los Estados Unidos no ratificó la declaración por el momento, y las potencias europeas hicieron como si la desdeñaran. Pero subsistió el hecho de que Inglaterra y los Estados Unidos habían indicado su intención común, aunque independiente, de preservar la libertad en las repúblicas americanas españolas. Como consecuencia inmediata de esto, España perdió toda oportunidad de recuperar las rentas coloniales, que durante tan largo tiempo habían sostenido su enfermiza economía. Pero tuvo un segundo resultado de importancia mucho mayor y más permanente. La exclusión de la presión europea y de



los ejércitos europeos del Nuevo Mundo significó que, durante un siglo, los Estados Unidos se libraron de la carga de mantener un gran ejército para defender sus fronteras. Las ligeras contribuciones y la considerable libertad individual, que los norteamericanos llegaron a apreciar tan altamente, no fueron del todo el resultado de sus liberales instituciones republicanas. Más bien, el desarrollo de esas instituciones dependió de la inexistencia de vecinos fuertes y militantes, y de la seguridad que le otorgó su aislamiento político y geográfico. *Amerika, du hast es besser*, observó Goethe con su acostumbrada visión, y predijo que llegaría el día en que las naciones del Nuevo Mundo emularían las realizaciones del Viejo, y en que sus bajeles juntarían el comercio de ambos océanos a través del abierto Istmo de Panamá.

Habiendo asegurado su libertad, las repúblicas americanas creyeron al principio que deseaban vivir para sí mismas. "En las guerras de las potencias europeas, por cuestiones que a ellas concernían, no hemos tomado parte alguna —declaró Monroe—, ni conviene a nuestra política el hacerlo." Pero la ruptura de los vínculos políticos no hizo desaparecer los lazos culturales y económicos que ligaban a las Américas con Europa. Hacia 1815, los Estados Unidos habían llevado a cabo ya varias campañas contra las flotas piratas de Trípoli y Argel, en defensa de su comercio en el Mediterráneo; y diez años más tarde el Mediterráneo atrajo de nuevo la atención americana cuando los griegos se rebelaron contra sus amos turcos. La creación de sociedades filoheléricas, desde Boston hasta Buenos Aires, nos indica que los americanos cultos habían leído su Heródoto con tanta asiduidad como sus primos europeos, y estaban igualmente dispuestos a identificar a los griegos modernos con los antiguos atenienses y a los turcos con los persas. La causa de la independencia griega conmovió

poderosamente a todos los hombres de cultura clásica e impulsos liberales, combinación de sentimientos que habría de inquietar a los estadistas conservadores que se esforzaban por mantener a Europa en el culto de la inmovilidad.

El primer impulso de Metternich fue dejar que la rebelión griega se extinguiera por sí misma "más allá del ámbito de la civilización". El sultán turco, Mahmud II, no podía pedir nada mejor, y dejó manos libres a sus comandantes en Morea para establecer la paz a como diera lugar. Pero la prolongada resistencia de los griegos se ganó la admiración de la cristiandad, y en 1827 Inglaterra, Rusia y Francia se unieron para arbitrar en la lucha que ya llevaba seis años. Cuando los turcos se negaron a negociar, las fuerzas navales de las tres potencias destruyeron una flota turcoegipcia en la Bahía de Navarino, y en 1829 el tratado de Adrianópolis garantizó la independencia de Grecia. La república que habían proclamado los griegos se transformó subsecuentemente en una monarquía y un príncipe bávaro fue coronado en las ruinas de la Acrópolis con el título de Otto I, rey de los helenos. Las repúblicas, al parecer, todavía no estaban de moda. Pero se había perdonado una rebelión, se había cambiado un gobierno mediante la violencia y se había creado un nuevo Estado nacional. Los liberales se llenaron de esperanzas por esta brecha abierta en los bastiones del conservadurismo, y la rebelión griega se convirtió en el primer estremecimiento de una erupción política general. Un año después del tratado de Adrianópolis, corrieron por toda Europa los fuegos revolucionarios de 1830.

La señal para esta nueva serie de insurreciones populares provino, muy adecuadamente, de París. Luis XVIII había mantenido un satisfactorio equilibrio entre las fuerzas liberales y reaccionarias, sujetándose a una carta constitucional, pero murió en 1824 dejando en el



trono a su intransigente hermano Carlos X. En el plazo de cinco años, Carlos cometió toda una serie de crasos errores, que nos recuerdan el aciago reinado de Jacobo II en Inglaterra. Quiso recompensar a la vieja nobleza francesa a expensas de la burguesía en ascenso, desafió a las Cámaras al designar a ministros reaccionarios y, por último, intentó un golpe de Estado, imponiendo la censura de prensa, disolviendo la Cámara de Diputados y privando del derecho de voto a tres cuartas partes del electorado. Estas ordenanzas del 26 de julio de 1830 fueron los últimos edictos oficiales de Carlos. Cuatro días más tarde, París quedó en manos de una turba insurgente, la bandera tricolor se izó en Notre-Dame y el rey tuvo que huir.

"Caballeros, ensillad vuestros caballos, Francia se halla de nuevo en revolución", exclamó Nicolás I cuando llegaron a San Petersburgo las noticias de los días de julio. Metternich demostró menos resolución. Las noticias de París lo hundieron en una inusitada depresión, y como Federico Guillermo III de Prusia se mostraba tan vacilante como siempre, el Protocolo de Troppau fue letra muerta. Amenazas más apremiantes no tardaron en convertir a la intervención conjunta de las potencias del Este en una arriesgada aventura, por lo menos, puesto que la revolución de julio provocó una reacción en cadena, que encendió rebeliones en Bélgica, Suiza, Italia, los diversos Estados alemanes y Polonia. Los gobiernos austriaco, ruso y prusiano no podían permitirse avanzar por la Europa occidental, donde los liberales habían capturado y sostenido un terreno importante en el fermento de 1830-32. Estos logros liberales se estudiarán en el siguiente capítulo: su influencia se extendió en el futuro. Pero en la Europa central y oriental el peso del pasado no pudo levantarse fácilmente, y las rebeliones de 1830 terminaron ahogadas en sangre y frustración. Todas las fuerzas principales,

políticas, militares, económicas y geográficas, prescribían allí tal resultado negativo. Después de 1830, Europa quedó dividida, más evidentemente que antes, en un campo progresista y otro reaccionario, en un grupo de gobiernos parlamentarios occidentales y una liga de monarquías autoritarias orientales. La fuente principal del poderío liberal fue una poderosa burguesía; allí donde una clase media agresiva no pudo tomar las riendas del gobierno, el movimiento liberal se derrumbó.

Era lógico que Inglaterra y Francia fueran las primeras potencias que se apartaran de la ciega rigidez del programa de la Restauración. Inglaterra abandonó la alianza europea en 1822, por la cuestión española. Francia desafió a las monarquías conservadoras en 1830, con un cambio de dinastía. Ambas naciones eran económicamente progresistas; ambas se habían desprendido de las instituciones semifeudales, y de las anacrónicas distinciones sociales de siglos anteriores; ambas simpatizaban con vecinos menos avanzados, que buscaban la emancipación política y procurarse gobiernos responsables. En la primera mitad del XIX, existió un profundo conflicto ideológico que dividió a la Europa liberal de la conservadora, un conflicto provocado e intensificado por la irresistible expansión de las nuevas fuerzas económicas. Los pueblos de la Europa noroccidental, con los ingleses a la cabeza, habían desarrollado instituciones de gobierno representativo. Pero en la Europa central y oriental el más viejo sistema del despotismo monárquico luchaba todavía por mantenerse; y el empleo del ingreso nacional, el mando del ejército, la censura de la prensa y las libertades individuales quedaban en manos de ministros que no eran responsables ante la nación, sino ante la corona. En los Estados reaccionarios de Europa el pueblo era todavía vasallo, mientras que en los Estados liberales los súbditos se habían convertido en ciudadanos.



Allí donde el cetro había pasado de manos de un monarca absoluto a las de un pueblo soberano, el poder ejecutivo estaba encarnado en un gabinete ministerial, responsable ante una mayoría parlamentaria. Esta transición política fue el signo exterior y tangible de una revolución económica y social. Significó que la estructura de clases, heredada de la Edad Media, la estratificación de la sociedad en castas, que ponía a los grupos privilegiados de nobles y del clero en oposición a la vasta mayoría de desheredados estaba cediendo su lugar a otra estructura de clases, fundada en un sistema económico más dinámico. La economía capitalista había creado tres nuevas clases, una minoría capitalista, cuya fuerza y cuyas ganancias provenían primordialmente de las inversiones, una "clase media", que dependía en parte de la propiedad y en parte del pago por los servicios, y una mayoría proletaria, cuyos individuos carecían casi por completo de recursos en forma de tierras y de ahorros, y vivían totalmente de sus salarios. A medida que los más antiguos grupos privilegiados, los nobles y el clero, fueron suplantados y desposeídos, el dominio político pasó a poder de una nueva aristocracia en ascenso, la de los capitalistas, que se aliaron con la alta burguesía para establecer una forma de gobierno que salvaguardaría su riqueza y su influencia. La filosofía que se creó para justificar este desplazamiento del poder ocultaba una contradicción implícita, y encerraba una negación de la justicia, que desacreditó la síntesis burguesa, puesto que el credo liberal predicaba la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley, pero el liberalismo, en la práctica, ocultó muy frecuentemente, detrás de una fachada de reformas democráticas, la concentración del superávit económico en manos de una minoría cada vez más reducida. Para los críticos hostiles, la evolución del sistema capitalista no era mucho mejor que la sustitución de la servidumbre agraria

por la servidumbre industrial, y afirmaron que el gobierno del nuevo régimen seguía siendo lo mismo que el del régimen antiguo, "la conspiración de los pocos contra los muchos".

El desarrollo de la economía capitalista en Europa puede entenderse como las tres fases consecutivas de un mismo movimiento. El primer periodo, desde fines de la Edad Media hasta los últimos años del siglo XVIII, fue primordialmente una era de capitalismo comercial. A ésta la siguió un intervalo aproximadamente de medio siglo, durante el cual el capitalismo industrial desempeñó un valioso papel, y muchos empresarios destacados aumentaron su influencia invirtiendo su exceso de riqueza en las industrias recientemente mecanizadas y en los transportes a vapor. Después de 1850, el importantísimo papel desempeñado por los bancos y las agencias financieras, que a través de los préstamos y la emisión de acciones participaron en el control de los negocios, inició la fase del capitalismo financiero, que duró hasta el siglo XX. Es obvio que no se pueden dar fechas exactas para señalar el momento preciso de la transición desde una fase hasta la siguiente, pero es conveniente distinguir las formas que la empresa capitalista cobró en estos periodos sucesivos.

Los años transcurridos desde 1815 hasta 1830 quedan comprendidos dentro del periodo del capitalismo industrial. A medida que se multiplicaron las nuevas invenciones y que la aplicación de la energía mecánica revolucionó la industria de los hilados y tejidos, los dueños de fábricas, que no eran miopes, hicieron fortunas, y las ciudades crecieron como hongos alrededor de las fábricas. Al aprovechar esta dorada oportunidad, los empresarios ingleses disfrutaron de ventajas que los situaron medio siglo adelante de sus competidores continentales. El comercio de exportación de Inglaterra se había triplicado en el periodo revolucionario (1789-1815), y



las ganancias se concentraron en las manos de los hombres que tuvieron la visión y la iniciativa suficientes para flotar sobre las olas del futuro. El hierro y el carbón de una civilización industrial se encontraban en Inglaterra en los lugares convenientes. Las Leyes de Cercamientos (más de un millón de hectáreas se cercaron entre 1802 y 1844) crearon propiedades agrícolas más grandes y eficaces, pero arrojaron a miles de aparceros y pequeños terratenientes a las ciudades, en busca de trabajo, y de esta manera proporcionaron una abundante mano de obra barata. Los mecánicos ingleses igualaban y probablemente sobrepasaban a los del continente, y existía capital inglés para financiar las nuevas fábricas. Además, Inglaterra tenía materias primas, y dominaba los mercados y las rutas de transporte. Una armada dominante, un extenso imperio colonial y una marina mercante más grande que todas las demás juntas, aseguraron la llegada constante de suministros y la fácil exportación de los productos industriales a los clientes distantes. Por último, para rematar esta combinación excepcional de jefatura colonial, comercial, industrial, marítima y naval, Inglaterra pasó a desempeñar el papel principal en las finanzas internacionales, y Londres sustituyó a Amsterdam como centro bancario de Europa. Hacia 1815, el Banco de Inglaterra era el más grande centro de depósito del mundo, y cuando reanudó los pagos en especie, en 1819, sus billetes fueron el único papel moneda negociable que circuló por toda Europa a su valor nominal en oro.

El liderato económico inglés, después de 1815, aumentó las dificultades con que se enfrentaron los demás grupos de hombres de negocios europeos. Francia podría haber sido un emprendedor y temible rival en los mercados mundiales. Pero el comercio francés había quedado paralizado por los largos años del bloqueo marítimo, y no recuperó hasta 1825 el volumen de co-

mercio exterior que había tenido en 1789. La industria francesa, que estuvo en libertad de explotar los mercados europeos mientras duró el poderío de Napoleón, padeció un violento retroceso al caer el emperador, y no podía competir favorablemente con la corriente de manufacturas inglesas que se lanzó sobre el continente cuando la paz abrió nuevamente sus puertas al comercio. El capital francés era tímido, los fundidores franceses usaban todavía madera, aunque tenían carbón, y los industriales franceses se contentaban con los clientes locales, cuando sólo los mercados nacionales podían justificar las instalaciones y la inversión que requería la producción en gran escala. La revolución había limpiado el terreno, emancipado a la burguesía, y abolido los aranceles internos y las obstrucciones burocráticas. Sin embargo, Francia, un país de más de 500 000 kilómetros cuadrados y 30 000 000 de habitantes (dos veces la superficie y la población de Inglaterra), no podía hacer frente a la competencia de los tejidos ingleses o del trigo ruso. Los agricultores y los industriales franceses pidieron mayor protección para conservar sus mercados locales, y luego ni siquiera pudieron satisfacer estas limitadas demandas. La carencia de capital demoró indudablemente el surgimiento de la industria en gran escala en Francia. Pero un gobierno más avisado e interesado en París podría haber estimulado a los inversionistas, limitando sus responsabilidades y suavizando las leyes de bancarrota, o pudo haber proporcionado préstamos o subsidios para equipar fundiciones más eficaces y fábricas mayores. En Bélgica, donde estadistas de más amplia visión dirigieron el programa económico, la mecanización de la industria hizo progresos más rápidos, especialmente después de que los belgas se rebelaron contra su forzada unión con los holandeses en 1830. Mientras los franceses seguían en estado de apatía, Bélgica se puso a la cabeza de toda Europa



en materia de construcción de ferrocarriles, y las primeras líneas fueron empresas estatales, inteligentemente planeadas para estimular el comercio y fomentar la industria.

Al este del Rin, las industrias embrionarias creadas por la era del vapor se enfrentaron al obstáculo del separatismo político, puesto que las Alemanias se hallaban todavía divididas en cerca de 38 fragmentos y no podía existir un mercado nacional mientras perdurara este fraccionamiento. Las ventajas que reportaría la adopción de una moneda uniforme, una política arancelaria uniforme, un sistema uniforme de leyes comerciales y de pesas y medidas, predispuso a los hombres de negocios alemanes en favor de la consolidación política. Cuando el arreglo reaccionario de 1815 pospuso indefinidamente esta esperanza, el gobierno prusiano se lanzó a ampliar los fundamentos económicos para la nacionalidad, a pesar de la oposición de Viena y de algunos Estados alemanes del sur. En 1818, todos los artículos industriales que entraran en cualquiera de los dispersos dominios de los Hohenzollern, quedaron sujetos a un moderado impuesto de 10 % *ad valorem*, en tanto que una pesada contribución por concepto de tránsito se impuso a las mercancías que pasaban *a través* de las zonas controladas por los prusianos. Esta presión económica persuadió a los gobiernos de varios Estados alemanes vecinos de que les convenía ingresar en la unión aduanera. En el plazo de una generación, el *Zollverein* abarcó la mayor parte del norte de Alemania, y convirtió la zona en un mercado libre interior en el que prevalecía la uniformidad fiscal. Todos los productos que entraban en esta zona quedaban sujetos al arancel común, y los ingresos recaudados por este concepto se distribuían entre los Estados miembros del *Zollverein*, proporcionalmente a su población.

Fuera de los países mencionados —Inglaterra, Fran-

cia, Bélgica y las Alemanias— la transformación industrial había dejado pocas huellas en el panorama europeo hacia 1830. Los transportes y las comunicaciones eran todavía lentos y costosos, limitados por la capacidad de la diligencia, de la barcaza fluvial y del buque de vela. Cuatro quintas partes de la población europea vivía semiaislada en un medio rural. Las ciudades habían rebasado sus antiguas murallas, pero no se habían desprendido de su belleza arcaica, semimedieval. La panorámica de las ciudades estaba todavía dominada por las torres de las iglesias, visibles a leguas de distancia, en un cielo claro, "brillantes y resplandecientes en el aire sin humo". Inclusive en Inglaterra, donde el industrialismo había hecho los mayores avances, el palio del humo de las fábricas no había tendido todavía su oscuro dosel, y la urbanización de la sociedad, que había de convertir a cuatro de cada cinco ingleses en habitantes de ciudad en el plazo de un siglo, aguardaba todavía el futuro.

El examen de su literatura y de su arte nos muestra cuán poco influyeron en el pensamiento y en la cultura de la época las nacientes energías de la era industrial. Los poetas y los filósofos que influyeron más poderosamente en el pensamiento europeo, después de 1815, criticaban como siempre a la sociedad de la época, pero cuando se ponían a proyectar un mundo mejor profetizaban la forma de las cosas por venir casi exclusivamente en función de sus propias preconcepciones literarias. Pocos pensadores manifestaron un auténtico interés, o una comprensión honda de las tendencias económicas de los tiempos, de las nuevas fuerzas que estaban cambiando la cultura europea, predominantemente agraria desde sus inmemoriales orígenes, hasta convertirla en una civilización industrial sin precedente en la historia del mundo.

Las principales corrientes intelectuales de la era de



la Restauración estuvieron enturbiadas por pedantes giros y una desilusión ampliamente difundida fue el espíritu que prevaleció. Transitoriamente, parecía como si todas las resplandecientes generalidades del siglo XVIII se hubiesen empañado. La búsqueda racionalista de un proyecto de sociedad perfecta y realizable había abortado. Los soñadores revolucionarios, que habían concebido un paraíso lógico para una humanidad regenerada, habían caído en descrédito. Cuando la espléndida visión se disolvió en la luz de todos los días, Wordsworth compuso una endecha nostálgica a la brillante y engañadora alba de 1789.

*In which the meagre, stale, forbidding ways*
*Of custom, law, and statute took at once*
*The attraction of a country in romance.*

[En que las estériles, rancias, aborrecibles formas/ De la costumbre, la ley y el estatuto cobraron de golpe/El atractivo de un país de fábula.]

Como a la mayoría de los hombres de su generación, la experiencia había serenado a Wordsworth, y aceptó el arreglo de la Restauración como una transacción necesaria, un sensato matrimonio de conveniencia contraído sobre la tumba de un sueño. Shelley podía todavía insistir, con inspirado desafío, en que los poetas eran "los legisladores no reconocidos del mundo", pero hacia 1815 eran legisladores sin mandato. Los pueblos de Europa tenían que aprender de nuevo a depositar su confianza en los príncipes y en los prosaicos administradores que los príncipes nombraban. En las cortes de la Restauración, los reformadores que se acercaban con el proyecto de una Utopía no encontraron mecenas. "A la clase de los soñadores —dijo Metternich con pomposa superfluidad— nunca he pertenecido".

Una incurable desconfianza de los periodistas, y en

especial de los autores que tenían ideas atrevidas, infectó los círculos oficiales de la sociedad de la Restauración. Los monarcas ya no honraban a los caballeros de la pluma que atacaban los abusos sociales, como Federico el Grande y Catalina de Rusia habían honrado en otro tiempo a Voltaire y a Diderot. Por el contrario, después de 1815, los críticos atrevidos del Estado y de la Iglesia se crearon dificultades con los censores y con la policía secreta, y a los profesores liberales se les echó de sus cátedras en las universidades. Inclusive en Inglaterra, el "pánico de la Revolución francesa" inspiró las Seis Leyes de 1819, que restringían las reuniones públicas, autorizaban el decomiso de artículos sediciosos o blasfemos y sujetaron los panfletos a un gravoso impuesto del timbre. Estos intentos de callar la prensa y dominar las críticas produjeron pocos efectos apreciables, pero intensificaron sin duda el estado de ánimo febril y frustrado de muchos intelectuales europeos en este invierno de su descontento.

El espíritu del romanticismo, que ya había vivificado a la literatura y el arte europeos en el último cuarto del siglo XVIII, alcanzó su apogeo en las décadas inmediatamente posteriores a 1815. Ningún freno impuesto a la insurgencia política podía detener la rebelión romántica; por el contrario, parecía como si las almas fogosas, a las que se había privado de la oportunidad de realizar sus sueños, se aplicaran con mayor intensidad a soñar sus acciones. El romanticismo era un manto de múltiples colores, no casaba con el uniforme de ningún partido político; pero satisfacía las necesidades de una generación a la que el golpe tremendo de prodigiosos acontecimientos había sacado de sus verdades convencionales. Los grandes esfuerzos colectivos, como la Revolución francesa, dejan un vacío a su paso. La imaginación europea, hastiada de las realidades contemporáneas, buscó un escape en las novelas históricas



idealizadas de Walter Scott, en los dramas de Schiller, en la lírica, las baladas y los romances de autores perseguidos por sus fantasías, desde Coleridge hasta Manzoni, y desde Herder hasta Heine, que vieron una luz que nunca se posó sobre el mar o sobre la tierra. Se suele decir que el movimiento romántico fue una rebelión contra las estériles verdades de la ciencia y la rigidez de las fórmulas clásicas, y hay algo de verdad en esto, por cuanto el romanticismo habló la lengua del corazón y repudió las normas artificiales en favor de un "arte impremeditado". Sin embargo, históricamente, es más importante señalar que, aunque las aspiraciones de los autores románticos triunfaron a menudo sobre la lógica y la razón, también es cierto que no triunfaron sobre mucho más. Los héroes de la tragedia romántica, como sus creadores poéticos, buscaron una vida más allá de la vida y un amor más allá del amor, y se encontraron condenados a un destino común: la frustración. Cuando toda una generación abriga en su corazón a tales héroes frustrados, el historiador se ve obligado a buscar la explicación ya no en los fines estéticos, sino en las condiciones sociales.

Georg Brandes, el crítico literario danés, relacionó este espíritu de derrota y de abdicación con los efectos de la Revolución francesa, dando a entender que la desaparición de las barreras sociales había dejado a los jóvenes ambiciosos e impresionables sin una excusa conveniente para explicar el fracaso en su búsqueda de la fama. A modo de venganza, encontraron un desdeñoso solaz en la repudiación del mundo que no los sabía apreciar y al que no habían podido conquistar. Esta explicación es seductora, pero no ahonda lo suficiente. La generación que sobrevivió a la Revolución francesa había sido testigo de un supremo asalto del espíritu humano, que se había estrellado contra los bastiones de la desigualdad social. Hacia 1815, todas las

clases estaban de acuerdo (aunque por razones diferentes) en que la revolución había sido un fracaso y esta desilusión universal anhelaba su sublimación. La llama de la rebelión ardía todavía en secreto, "como una lámpara en una tumba", y unía a millones de lectores en un parentesco sustitutivo con esos rebeldes soberbios y trágicos, desde Fausto hasta Manfredo, que han desafiado al destino y desdeñado la incomprensión del mundo. El verdadero altar de los poetas románticos no era el templo de la musas; era un pico nevado en el Cáucaso y su dios un titán atormentado. El romanticismo de la era de la Restauración era un culto de Prometeo.

Como la mayoría de los movimientos de protesta, la rebelión romántica era más fuerte en emoción que en lógica, y produjo muy pocas obras que se distinguieran por su solidez estructural y su calidad de acabadas. En estos años no apareció una nueva filosofía que justificara el arreglo político. El pensador más influyente de la época, Georg Wilhelm Friedrich Hegel, concibió una síntesis de ideas que sirvió tanto a los radicales como a los reaccionarios de arsenal de argumentos. Todos los grupos políticos, por igual, sintieron el apremio de encontrar un principio satisfactorio de autoridad, pero fue una búsqueda en la que nadie tuvo éxito. En Inglaterra, los intelectuales liberales digirieron el helado utilitarismo de Jeremy Bentham. En Francia, algunos nacionalistas intentaron todavía fundar una sociedad secular sobre una subestructura de derecho natural, pero habían caído en descrédito. Muy poca atención recibió el libro de Auguste Comte, *Plan de las operaciones científicas necesarias para la reorganización de la sociedad* (1822), y este temprano estudio del problema de la sociología científica tuvo que aguardar a un clima de opinión más favorable para ser aceptado. Del otro lado del Rin, Friedrich Karl von



Savigny acusó al Código Civil Francés de estrecho y mecánico y denunció el esfuerzo por deducir postulados sociales del derecho natural en su ensayo titulado *Sobre la vocación de nuestro tiempo para la legislación y la jurisprudencia* (1814). Pero Savigny no ofreció una opción satisfactoria, puesto que concluyó que los tiempos no estaban maduros para un sistema de legislación basado en un sólido estudio filosófico del desenvolvimiento histórico.

En esta búsqueda general de un principio de autoridad que justificara a los gobiernos en el ejercicio del poder soberano, los campeones de la Restauración no tuvieron más éxito que sus antagonistas. Si ni el derecho natural, según lo revelan la ciencia y la razón, ni la tradición histórica, embalsamada en estatutos antiguos, podían proporcionar un fundamento aceptable para regir a la sociedad, no quedaba más que el concepto antiquísimo del derecho divino expresado en las Escrituras y los dogmas de la Iglesia católica romana. En este fundamento teocrático se había apoyado el derecho canónico y civil de siglos anteriores y todavía podían aprovecharlo quienes quisieran poner su fe en él. Joseph de Maistre reformuló la concepción tradicionalista católica en obras sucesivas que culminaron en su obra titulada *Du pape* (1829), pero como hizo de la supremacía papal la doctrina central de su sistema, ni los monarcas protestantes, ni los católicos estaban dispuestos a sancionar un razonamiento que subordinaba su autoridad a la del papa. En el otro extremo de la gama de la reflexión política católica se encontraba Félicité Robert de Lamennais, que denunció a los racionalistas por su adoración de la ciencia como fuente de toda verdad y progreso, y buscó revivificar la religión, aconsejando que se practicaran reformas liberales en el seno de la Iglesia. Su extraña mezcla de dogmas ultramontanos con la defensa de la libertad de expre-

sión y la libertad de prensa lo metieron en conflictos con sus colegas clericales en Francia y en 1831 llevó su apelación a Roma. El papa Gregorio XVI condenó sus enseñanzas y Lamennais, desafiando la censura papal, en lo sucesivo llevó a cabo sus esfuerzos reformadores fuera de la Iglesia.

Un renacimiento religioso, una auténtica revivificación espiritual, se hizo sentir en toda Europa durante las primeras décadas del siglo XIX, pero las iglesias organizadas no lo inspiraron, sino que más bien le hicieron resistencia. Gran parte de su fuerza era una supervivencia de idealismo humanitario de la era revolucionaria, puesto que el humanitarismo era el único dogma del culto revolucionario que había subsistido sin mengua y sin descrédito. Los metodistas en Inglaterra, los pietistas en las Alemanias y la Sociedad de los amigos cuáqueros donde quiera que vivieron y trabajaron insistieron en la necesidad de mejorar las condiciones sociales, reformar las cárceles y asilos, mitigar las leyes penales y abolir la esclavitud y el comercio de esclavos. La agitación antiesclavista en Inglaterra, que culminó con la abolición de la esclavitud por todo el imperio debió mucho al celo cristiano de las sectas evangélicas. Cuáqueros y metodistas se entregaron a la realización de muchos de los fines humanitarios por los que había abogado la legislación de la Revolución francesa, pero su programa humanitario no era una aprobación de la revolución misma. Por el contrario, el desarrollo de las congregaciones inconformistas, en Inglaterra por ejemplo (en la que llegaron a abarcar a cerca de la mitad de la población), contribuyó a inocular a la población contra las ideas revolucionarias. El asalto racionalista se había lanzado contra las instituciones; pero el renacimiento religioso apelaba a la conciencia y los predicadores populares buscaban regenerar la sociedad convirtiendo a los individuos que la compo-



nían. Mientras que la revolución había hecho hincapié en los derechos de los ciudadanos como fundamento de una sociedad justa, el renacimiento religioso destacaba los deberes del cristiano como la clave de la vida buena.

Por lo que toca a sus fines, tanto los racionalistas como los líderes del renacimiento religioso pugnaban por una mayor justicia social. Los abogados de la democracia la consideraban como la solución preordinada, alegando que, cuando todos los ciudadanos gozaran del derecho al voto los gobiernos serían verdaderamente populares, puesto que serían auténticamente representativos. Al otro lado del Atlántico, el principio de que los gobiernos derivan sus poderes legítimos del consentimiento de los gobernados, había quedado firmemente establecido desde 1815, y la democracia no sufrió retrocesos transitorios como en Europa. La fe en que todos los ciudadanos adultos (varones) deberían poder participar en la elección de sus legisladores fue vindicada en las elecciones regulares, y el rápido crecimiento de la población en los Estados Unidos, que tenía 8 000 000 en 1815 y 12 000 000 en 1830, demostró la efectividad de las instituciones republicanas populares. En el año de 1828 se produjo la ruidosa elección de Andrew Jackson, séptimo presidente de los Estados Unidos, un notable triunfo del partido popular que llevó a la Casa Blanca a un hijo de la "frontera", que tenía puesto su corazón en la gente del común. En Francia, las clases medias estaban reuniendo sus fuerzas para el derrocamiento de Carlos X y en Inglaterra se estaba acercando a su fin el periodo del gobierno *tory*. La derogación de la ley que imponía un juramento de prueba a los empleados públicos y de las leyes de gremios (1828) y la promulgación de la Ley de emancipación de los cristianos católicos (1829) suprimieron las restricciones civiles y las inhabilitaciones

que se habían impuesto a los grupos religiosos disidentes. Por toda la Europa occidental, las fuerzas de la democracia estaban reanudando su marcha interrumpida y sus resultados habrían de aparecer en breve en las victorias liberales de 1830-32.

## II. AVANCES LIBERALES Y FRUSTRACIONES ROMÁNTICAS (1830-48)

Los franceses ya no eran *la grande nation* después de Waterloo; eran un pueblo derrotado que llevaba a cuestas una monarquía impopular y que estaba lo suficientemente escarmentado como para conformarse con su suerte. Sin embargo, cada clase y cada grupo tenía un motivo de queja. La antigua nobleza y el alto clero se lamentaban por sus perdidos privilegios. Las clases medias desconfiaban de la restaurada dinastía borbónica y trataban de conservar y ampliar las ventajas legales y políticas que les había dado la Revolución. Un creciente proletariado de las ciudades exigía reconocimiento y mejores condiciones de vida. Los ultranacionalistas soñaban con un resurgimiento militar que dorara de nuevo las águilas imperiales. El hecho de que estas divididas facciones fueran mantenidas durante quince años en un precario equilibrio no auguraba que la vieja y la nueva Francia pudieran reconciliarse; simplemente demostró que, por el momento, el deseo de orden y de estabilidad se había sobrepuesto a todos los demás impulsos. Durante el periodo de la Restauración, la derecha y la izquierda, los "ultra" y los radicales se atrincheraron en la oposición y maniobraron para sacar ventajas, en una tregua que nadie aceptaba como permanente, en tanto que un grupo de moderados, en el centro, mantenía en operación el sistema. No fue un periodo glorioso, ni memorable, pero le permitió al pueblo francés recuperarse del agotamiento de las guerras y probar las ventajas de una monarquía constitucional limitada.

Carlos X trastornó este compromiso de la restauración al negarse a desempeñar el limitado papel de un monarca constitucional. Desde su ascenso al trono

en 1824 se inclinó constantemente a la derecha, y, cuando aumentó la oposición, trató de distraer a la nación enviando una expedición punitiva para apoderarse de Argel (julio de 1830). Esta renovación de la expansión colonial estableció los fundamentos del posterior imperio francés en África, pero no logró mejorar la situación de Carlos, ni apaciguar a los parisienses. Los resultados de las elecciones ofrecieron al rey una cámara desafiante que, nuevamente, exigió la renuncia del impopular ministro Polignac. En vez de ceder, Carlos recurrió al gobierno por ordenanza, disolvió la cámara, redujo el voto, suspendió la libertad de prensa y decretó una nueva elección. Esta violación de la carta constitucional (según la entendían los liberales) provocó al populacho parisiense a una inmediata insurrección contra la que el rey no se había prevenido, y en el espacio de tres días se encontraba en fuga. La suerte de otro Borbón se había decidido en las barricadas de París, antes de que se pudiera consultar o informar siquiera del acontecimiento al pueblo de Francia.

Es significativo que, en esta crisis de julio de 1830, los moderados confiaran, hasta el último momento, en una victoria parlamentaria que pondría en sus manos al ministerio. No desearon realmente una revolución, ni el retorno al desacreditado régimen de una república, que todavía se asociaba a la dictadura jacobina. Reuniendo rápidamente sus fuerzas, nombraron a Luis Felipe de Orleáns, cabeza de una rama colateral de la casa real, para que ocupara el trono vacante. Estos políticos burgueses, que representaban a las clases de propietarios, temían las demandas de un proletariado armado y victorioso más que los designios de un rey despótico, y maniobraron diestramente entre los peligros opuestos para adueñarse del poder. Las clases medias aclamaron a Luis Felipe por considerarlo "rey



ciudadano" que reinaría, pero no gobernaría, y estaban decididos a dominar en el nuevo régimen, preservando su mayoría en la cámara de diputados.

A juzgar por sus resultados, la revolución francesa de 1830 fue menos una revolución que una confirmación de la carta constitucional de 1814. Esta última se redactó de nuevo para eliminar cláusulas ambiguas y redefinir el gobierno francés como monarquía limitada, constitucional, representativa y responsable. El derecho al voto, aunque se extendió a 250 000 electores, en vez de los 100 000 anteriores, siguió siendo la prerrogativa de los "propietarios", y este grupo oligárquico que poseía el derecho de voto (numéricamente, un mero 1 % de la nación) habló en nombre de Francia en defensa de los intereses de su clase. Para aplacar a los elementos más radicales del populacho, la bandera tricolor de la Revolución sustituyó de nuevo a la bandera blanca de la monarquía borbónica, y se levantó la prohibición de cantar la Marsellesa. Al mismo tiempo, sin embargo, Luis Felipe aclaró que la Monarquía de Julio no lanzaría una cruzada revolucionaria contra estados vecinos, como lo había hecho la Primera República Francesa. Tranquilizadas a este respecto, las cortes europeas decidieron reconocer al nuevo "rey de los franceses", e inclusive Nicolás I de Rusia se dirigió a él con el título de *Sire*, aunque se negó a emplear la salutación diplomática más usual de *mon bon frère*.

La cauta política exterior de la Monarquía de Julio decepcionó a los republicanos y a los chauvinistas franceses. También se desilusionaron los revolucionarios italianos, alemanes y polacos que habían organizado revueltas con la esperanza de obtener apoyo francés. Tropas austriacas sofocaron rebeliones en Parma, Módena y Roma. La agitación en los Estados alemanes atemorizó a varios príncipes, que hicieron concesiones, pero la firme contrapresión de los gobiernos de Austria

aumento real del número de votantes en las Islas Británicas no fue grande; la Ley de Reforma extendió el sufragio a cerca de 813 000 votantes, mientras que antes su número ascendía a 500 000. El poder político quedó todavía en manos de las clases acomodadas, y el significado real del nuevo reparto consistió en que sustrajo el poder a la aristocracia agrícola y comercial que lo había monopolizado desde 1689 y se lo dio a la nueva aristocracia industrial y a la alta burguesía. Inglaterra siguió siendo una oligarquía después de 1832, pero los intereses económicos de los industriales se habían impuesto a los intereses agrarios de las clases terratenientes.

La prueba de que el centro del poder político se había desplazado, y de que se había alcanzado un nuevo equilibrio, se evidencia en la legislación promulgada por el Parlamento "reformado". Los *whigs* victoriosos pasaron a ser el "partido liberal" y los *tories* comenzaron a conocerse con el nombre de "conservadores". El intento del rey Guillermo IV de nombrar a un primer ministro *tory*, desafiando a la mayoría *whig* (1834), fue prestamente repudiado apelando a los electores, y se estableció finalmente el principio de que ningún gabinete podía permanecer en el poder si perdía la confianza de una mayoría en la cámara popular. El ascenso de Victoria en 1837 inauguró el más largo y glorioso reinado en los anales ingleses, y la joven reina fue instruida en las responsabilidades de un monarca constitucional por el primer ministro liberal, Lord Melbourne. A pesar de fricciones ocasionales, el nuevo equilibrio de las fuerzas políticas funcionó eficazmente y dio origen a la famosa Paz Victoriana. El sistema de dos partidos siguió siendo la norma, y gabinetes liberales y conservadores se sucedieron a intervalos irregulares, pero dividieron casi igualmente los sesenta y cuatro años del reinado de Victoria.



En 1835, los *whigs* afirmaron su victoria mediante el Acta de Corporaciones Municipales que permitió al mismo electorado urbano, que había obtenido tres años antes el sufragio parlamentario, dominar el gobierno local en las ciudades industriales. Una prueba más definitiva del ascendiente político y económico de los intereses industriales se produjo en 1846. Inglaterra avanzaba constantemente hacia el libre comercio y los aranceles de importación sobre muchas materias primas, e inclusive sobre artículos manufacturados, se habían reducido o anulado, favoreciendo a las clases comerciales e industriales. Pero los terratenientes, que formaban el grupo más fuerte del partido *tory*, se aferraban a los aranceles de los granos, que les permitían vender sus cosechas sin miedo a la competencia extranjera. La Liga contra las Leyes de Granos, encabezada por Richard Cobden y John Bright, atacó por injustas a las Leyes de Granos, fundándose en que mantenían elevado el precio del pan en beneficio de los terratenientes y a expensas de los consumidores urbanos. Cuando el jefe *tory*, Sir Robert Peel (que había encabezado el ministerio conservador desde 1841), promulgó una ley para establecer el libre comercio en granos, escindió el partido *tory*. Pero los *whigs* apoyaron la medida y las Leyes de Granos fueron abrogadas (1846). El libre comercio había ganado y la derogación de las Leyes de Navegación, tres años más tarde, fue un corolario lógico. En calidad de principal nación industrial, en un mundo en el que la agricultura era todavía la forma dominante de economía, los ingleses podían mantener una balanza comercial más lucrativa y vender más artículos manufacturados, si aceptaban libremente a cambio alimentos y materias primas. Para Inglaterra, por tanto, la no aplicación de los aranceles a las exportaciones y a las importaciones fue un paso indicado y lucrativo. Era menos fácil convencer a otras naciones,

y de Prusia frenó el movimiento liberal en la Europa Central, y hacia 1833 Metternich podía felicitarse a sí mismo porque su sistema estaba "a prueba de fuego". La insurrección polaca ardió con mayor fuerza hasta que la condenaron las divisiones internas y la falta de ayuda exterior, lo que permitió al zar Nicolás tratar a la Polonia rusa como un país conquistado sujeto a la ley marcial.

En Suiza, los Estados ibéricos y Bélgica las potencias reaccionarias no podían intervenir sin peligro de guerra con Francia e Inglaterra, y los grupos liberales de esos países mejoraron su posición. Hacia 1833, la mayoría de los cantones suizos establecieron nuevas constituciones, que proclamaban la soberanía del pueblo, la libertad de prensa y la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley. En España y en Portugal surgieron disputas por la sucesión al trono. Inglaterra y Francia apoyaron a la regente española, María Cristina, contra su cuñado, don Carlos, que fue enviado al exilio. Don Miguel, pretendiente al trono portugués, compartió la misma suerte, después de que la presión francesa e inglesa sentó en el trono de Portugal a María II. Los dos estados de la Península Ibérica habrían de verse desgarrados durante años por la guerra civil, pero los liberales, en general, consideraron que los arreglos a que se llegó entre los años de 1830 y 1834 fueron victorias para las potencias occidentales constitucionales. Los gobiernos reaccionarios de Austria, Prusia y Rusia, que apoyaban a Don Carlos y a Don Miguel, llamaron a sus representantes en Madrid, en tanto que Francia e Inglaterra concertaron una "cuádruple alianza" con España y Portugal para preservar las reformas constitucionales.

El caso de Bélgica fue una prueba de fuerza todavía más clara entre los bloques absolutista (oriental) y constitucional (occidental). Descontentos por su forzada alianza con los holandeses, decretada por el Congreso de Viena, los liberales belgas se rebelaron cuando supieron que los parisienses habían destronado a Carlos X. Guillermo I, de los Países Bajos Unidos, se mostraba en extremo renuente a perder la mitad de su reino, pero los gobiernos absolutistas no pudieron ayudarle con fuerzas militares, en tanto que las potencias occidentales apoyaron a los separatistas belgas y esto decidió la cuestión. Bélgica se estableció como Estado independiente y Leopoldo de Sajonia-Coburgo (príncipe alemán naturalizado inglés) aceptó el trono y casó con la hija de Luis Felipe. Este arreglo fue el reconocimiento tácito de que la suerte de Bélgica dependía primordialmente de la actitud de Francia e Inglaterra. En Londres, los embajadores de las cinco grandes potencias (Inglaterra, Francia, Austria, Prusia y Rusia) reconocieron la independencia de Bélgica y garantizaron su neutralidad perpetua. El nuevo Estado ocupó su lugar entre las naciones en calidad de monarquía constitucional sujeta a una carta que proclamaba la soberanía de la nación, la supremacía del poder legislativo sobre el ejecutivo y una ampliación del derecho de voto mayor todavía que la de Inglaterra y Francia en 1830. El derecho de voto estaba todavía limitado a una minoría de ciudadanos belgas que reunieran los requisitos de propiedad necesarios, pero no podía dudarse de que las fuerzas del liberalismo habían ganado una batalla más. Tampoco podía dudarse de que la flota inglesa (que bloqueó los puertos holandeses hasta que se rindió Guillermo I) y las fuerzas militares francesas (que arrojaron a los holandeses del territorio belga) habían hecho posible la independencia de Bélgica.

Las reformas electorales introducidas en Francia y en Bélgica en los años de 1830-31 fueron sobrios compromisos; ningún grupo, salvo los radicales extremistas,

había propuesto seriamente que el sufragio se otorgara a todos los ciudadanos adultos. Sin embargo, el hecho de que el sufragio pudiera ampliarse sin precipitar una revolución social, motivó que el año de 1830 fuese decisivo en la historia del siglo XIX. Durante dos generaciones, las clases gobernantes de Europa habían vivido aferradas por los recuerdos de 1789 y el miedo a que la menor concesión a las demandas populares fuese una invitación al caos convirtió a los estadistas y eclesiásticos conservadores en firmes enemigos del cambio político. Inclusive en Inglaterra, donde el joven Pitt había insistido en la necesidad de reformar el sistema electoral, el "pánico a la Revolución francesa" aplazó el proyecto cerca de cincuenta años. Después de 1830 ya no se pudo seguir aplazando.

Dos grandes grupos luchaban por reformar el sistema parlamentario inglés cuando llegaron las nuevas de la revolución de Julio en Francia para avivar sus esperanzas. Los jefes liberales deseaban una redistribución de los escaños en la Cámara de los Comunes, porque el desplazamiento de la población, desde el sureste hasta el noroeste industrial, significaba que cierto número de pueblos con derecho de representación en el Parlamento, medio despoblados y en decadencia, enviaban todavía representantes, mientras que grandes ciudades de reciente crecimiento, como Liverpool y Manchester, carecían de representación. Los voceros de las clases trabajadoras hacían demandas más radicales. Querían una ampliación del sufragio que concediera el voto a los trabajadores de las fábricas y del campo, lo que les permitiría elegir a sus propios delegados a Westminster y obtener una legislación reformadora. Cuando estos dos grupos unieron sus fuerzas, la dilatada dominación del partido *tory* (conservador) llegó a su fin, y en 1831 los *whigs* (liberales) obtuvieron una franca mayoría en la Cámara de los Comunes, por primera vez en me-



dio siglo. Los electores habían votado por la reforma, pero la Cámara de los Lores se negó una vez más a aprobar la ley enviada desde los Comunes. Los motines se propagaron peligrosamente y el desacuerdo no terminó hasta que el jefe liberal Lord Grey, obtuvo de Guillermo IV la seguridad de que nombraría a un número suficiente de pares nuevos para imponerse a la oposición en la Cámara de los Lores. Bastó con la amenaza, y en junio de 1832 un número suficiente de nobles y obispos conservadores recalcitrantes se abstuvieron de votar, para permitir que la cámara alta aprobara la ley.

La Ley de Reforma de 1832 reflejó las disímbolas metas de los grupos que habían conseguido su promulgación. Cincuenta y seis pueblos con derecho a representación en el Parlamento, que anteriormente habían enviado ciento once miembros, quedaron sin derecho a voto y otros treinta y dos perdieron un voto cada uno. Los escaños que quedaron disponibles se redistribuyeron: veintidós grandes ciudades consiguieron dos cada una, veintiún ciudades recibieron uno por cabeza, en tanto que los miembros de los condados casi se duplicaron. Se promulgaron distintas leyes para reformar el sufragio de manera semejante en Escocia y en Irlanda, pero en ella no se establecieron distritos electorales iguales, ni se previeron futuros desplazamientos de la población. Aunque Lord Grey insistió en que la Ley era "final", en realidad constituía una transacción moderada que desilusionó amargamente a los jefes radicales que habían respaldado a los *whigs* en espera de amplias reformas. El sufragio siguió siendo el privilegio de unos cuantos, puesto que se limitó a los dueños de casa que pagaban diez libras de renta anual, en tanto que los dueños de fincas, los que tenían su propiedad en enfiteusis y los arrendatarios, quedaron sujetos de igual manera a la estipulación de las diez libras. El

especialmente a países que tenían una naciente economía industrial, de las ventajas de la misma política. "El libre comercio —observó agudamente el aforístico Disraeli en 1843—, no es un principio, es un expediente."

Muchos patronos ingleses habían apoyado la abrogación porque significaba pan más barato para sus trabajadores. En cuanto a otras medidas, que podrían entrar en conflicto con sus ganancias, mostraron menos entusiasmo. En 1833 se promulgó una ley inadecuada que abreviaba la jornada diaria de trabajo en las fábricas de hilados y tejidos. Las condiciones de trabajo en los talleres y minas fueron a menudo terribles, pero fue un ministerio *tory* el que introdujo nuevas reformas, al apadrinar una ley de minas, en 1842 y nuevas leyes sobre fábricas en 1844. Los impulsos humanitarios de la época a menudo cobraron extrañas y contradictorias formas, como lo fue la abolición de la esclavitud en 1833, con compensaciones de veinte millones de libras a los dueños de esclavos coloniales, en tanto que una ley simultánea acordaba la modesta cifra de veinte mil libras anualmente para la educación pública en Inglaterra. La reforma de las Leyes de Pobres (1834) reflejó todavía más claramente el conflicto entre motivos económicos y filantrópicos, puesto que estableció un régimen tan duro en los hospicios que hizo parecer como un crimen la pobreza. Así lo consideraban muchos patronos, que carecían de obreros y consideraban que a todas las personas indigentes capaces de trabajar debería persuadírseles para que buscaran empleo convenciéndolas de que las condiciones en los hospicios, eran peores que en las fábricas.

Cuando las clases trabajadoras inglesas vieron que la Ley de Reforma de 1832 no aumentaba su representación o influencia —que, por el contrario, afirmaba con mayor fuerza aún en el poder a sus patronos— renovaron su agitación. Algunos se lanzaron a la negociación directa, y cuando las Leyes de Asociación, que restringían los sindicatos obreros, fueron derogadas en 1825, un Gran Sindicato Nacional Unido cobró forma rápidamente y afirmó contar con 500 000 miembros, en 1834. El gobierno alarmado tomó represalias inmediatamente; los organizadores recibieron severas sentencias de cárcel y el sindicato se derrumbó. Los jefes populares recurrieron entonces a la reforma política, y hacia 1838 habían redactado una "constitución del pueblo", a la que se sumaron los radicales para presentarla en el Parlamento. Los famosos Seis Puntos del Cartismo parecen inofensivos hoy en día, pero en las décadas de 1839 y 1840 fueron demasiado extremistas como para agradar a una legislatura dominada por las clases acomodadas. Los cartistas exigieron el sufragio universal, la votación secreta, las elecciones anuales, los distritos electorales iguales, los salarios para los miembros del Parlamento y la abolición de los requisitos de propiedad para quienes se presentaban a una elección. A pesar de contar con un amplio apoyo, los cartistas no obtuvieron considerables concesiones. Su reunión final, en los tormentosos días de 1848, asustó tanto a las autoridades que el gobierno designó a 170 000 policías especiales para frenar las manifestaciones. Pero la agitación cartista tenía más ruido que furia y cuando la última petición monstruosa fue rechazada por el Parlamento, el movimiento se derrumbó.



El cartismo fue menos un movimiento político organizado que una acción de protesta, cuyo vigor fluctuó según las condiciones económicas. La prosperidad inglesa y la expansión económica, entre 1820 y 1848, fueron tan notables, que pocos descontentos podían discutir seriamente las ventajas que había reportado a la nación el gobierno de la clase media. Hacia 1840, Inglaterra llevaba a cabo el 32 por ciento del comercio internacional del mundo entero, más de tres veces lo

que Francia, que ocupaba un segundo lugar, con el diez por ciento del mismo comercio. Si las clases trabajadoras inglesas hubieran estado agitadas por poderosos estímulos revolucionarios, se habrían rebelado después de 1845, cuando las malas cosechas causaron gran miseria por toda Europa. El país más afectado inmediatamente por el hambre de 1845-46 fue Irlanda, en la que se perdió desastrosamente la cosecha de papas. Miles se murieron de hambre y miles más emigraron de este desgraciadísimo país. Entre 1740 y 1840 la población de Irlanda se había cuadruplicado, y se había elevado de 2 000 000 a 8 000 000, gracias en parte a la introducción del cultivo de la papa. En los setenta años transcurridos desde 1845, la población descendió en casi un 50 por ciento, pues en 1914 era de 4 334 000. Ningún otro país europeo sufrió una decadencia tan catastrófica y la tasa de natalidad en descenso, así como la emigración en masa que dejaron medio despoblada a Irlanda a fines del siglo XIX, son la más tremenda acusación que se puede hacer contra la dominación inglesa de la isla, que había servido como el primer campo de pruebas de la conquista y colonización inglesa y resultó ser el menos feliz.

Mientras los franceses y los ingleses experimentaban con la reforma electoral y un sufragio más amplio después de 1830, los estadistas de la Europa oriental observaban llenos de dudas y reproches. Un poco de democracia les parecía una cosa peligrosa a los mesurados burócratas de Viena, Berlín y San Petersburgo, y no les sorprendió ver a los trabajadores de París y de Londres amotinarse para obtener nuevas concesiones. "La chusma se está levantando ahora contra la burguesía", observaba Metternich, con la melancólica satisfacción del que ha visto rechazadas sus advertencias y luego las ve cumplirse. Un gobierno que se tuviera que plegar a los variables estados de ánimo de un electorado imprevisible, no podía, en su opinión, mantener una política coherente en los asuntos internos, o en materia de relaciones internacionales. Observó, sin sorpresa, que el acuerdo anglo-francés de comienzos de la década de 1830 no tardó en deshacerse y que las dos monarquías constitucionales estuvieron a punto de entrar en guerra, hacia 1840, porque sus intereses chocaron en el Mediterráneo oriental. Seis años más tarde, surgió una nueva crisis anglo-francesa cuando Luis Felipe comprometió en matrimonio a su hijo más joven, Antonio, con la Infanta María Luisa de España. El Ministro del Exterior inglés, Lord Palmerston, acudió a Viena en busca de apoyo, fundándose en que la unión de las dinastías española y francesa violaba el Tratado de Utrecht de 1713. Metternich respondió suavemente que Austria nunca había reconocido el arreglo más reciente por el cual el trono español había pasado a Isabel II, en vez del heredero varón, Don Carlos. Le divertía ver a dos potencias parlamentarias disputar por motivo de la anacrónica cuestión de un matrimonio dinástico y no hizo nada por remediar que ello se produjera. Sin embargo, Palmerston era un hombre al que no se acosaba sin peligro. Picado por Metternich, tomó represalias alentando a los liberales italianos, que querían echar a los austriacos del norte de Italia. Esta pequeñez era tremendamente peligrosa para la paz, pues los fuegos de la insurreción nacionalista y republicana ardían en rescoldo por toda Europa. Hacia 1847, Metternich se encontró a la defensiva, en tanto que el gabinete inglés abrió negociaciones con el Papa recientemente elegido, Pío IX, cuyas simpatías italianas y cuyos celos de reformador despertaron la más honda preocupación en Viena. Un *rapprochement* entre el gobierno inglés y el Vaticano, si era sincero, constituía un portento suficientemente singular como para sobresaltar a los monarcas absolutistas.

Un miedo irrazonable a toda innovación política dominaba a las cortes conservadoras. Visto desde fuera, el sólido frente presentado por Austria, Prusia y Rusia en las décadas de 1830 y 1840 daba a estas potencias el aspecto de una fortaleza triangular, serena y firme en un mundo desordenado. Pero las debilidades internas y el nuevo sistema económico estaban resquebrajando a las instituciones rígidas. En Viena, la muerte de Francisco I, en 1835, entregó el trono austriaco al incompetente Fernando I, y el poder real pasó a manos de un Consejo en el que Metternich y Kolowrat eran los miembros más activos. En el Imperio Habsburgo no existía una administración eficiente; no había un ministerio, sino ministros, solamente; y los funcionarios subalternos se veían atados por sus anticuadas rutinas y por su propia invencible indolencia. La sociedad austriaca poseía encantos y virtudes notables, un espíritu de benevolencia paternal y piedad filial, una tradición de ocio, alegría y de buenos modales. Existía una rara devoción amorosa a la familia Habsburgo, una aristocracia culta y elegante, que poseía un sentimiento de *noblesse oblige*, una tradición de arte opulento y música alegre que aportaban una singular contribución al concierto de la cultura europea. Pero la histórica pericia política de sus estadistas, que habían levantado un imperio sobre el fundamento de matrimonios afortunados abandonó a los consejeros de los Habsburgos en el siglo XIX, y las divergentes aspiraciones nacionales de los alemanes, los magyares, los eslavos y los italianos minaban la estructura imperial. No surgió un espíritu común de patriotismo (como en los imperios vecinos) para crear una nación austriaca, y los semiautónomos reinos, ducados y condados parecían estar tan débilmente entretejidos como las satrapías orientales, si se comparaban con el gobierno unificado y centralizado de la Francia del siglo XIX. Inclusive el propio Metternich llegó a aceptar que "Asia comienza en la Landstrasse".



En los territorios de los Habsburgos existían pocos órganos a través de los cuales pudiera expresarse legítimamente el celo reformista o el descontento popular. Los estados provinciales representaban a los grupos privilegiados; celosos de sus pretensiones, los miembros veían con malos ojos los consejos que les llegaban de Viena, y hacían resistencia a las solicitudes desde abajo. Se redactaron y archivaron interminables informes y recomendaciones: sobre la necesidad de reformas fiscales, la condición de los campesinos, los aranceles que asfixiaban al comercio, y el descontento de los trabajadores en las nuevas fábricas de Bohemia. En Hungría, donde unos pocos centenares de magnates gobernaban con seguridad feudal en sí mismos, la Dieta discutió, y aplazó, los proyectos de István Scechenyi para la realización de cambios económicos y legales, para que se tendieran ferrocarriles hacia el oeste y se botaran buques de vapor en el Danubio. Las demandas más radicales de Lajos Kossuth, que desafió a la alta nobleza, abogando por la libertad de prensa y por un parlamento más representativo, le reportaron tres años de cárcel (1837-40). El despertar del espíritu nacionalista, intensificado por la propagación del romanticismo con su glorificación del pasado histórico, estimuló el deseo de completa autonomía. El magyar sustituyó al latín como idioma oficial en la Dieta, y los literatos húngaros repudiaron el alemán para cultivar las bellezas de su lengua nativa. Éstas fueron las décadas en las que filólogos alemanes prepararon diccionarios de los dialectos populares de Europa, convirtiendo a la pedantería en servidora de los movimientos de las minorías, y a la historia en la criada de las rebeliones nacionales. El renacimiento húngaro y el resurgimiento eslavo se alimentaron del folklore del pueblo, renovado por los eru-

ditos e idealizado por los escritores. Los círculos literarios se convirtieron en los centros focales del descontento popular, pero las reformas allí debatidas con apasionada carencia de sentido práctico fueron, muy a menudo, extravagencias intelectuales, vacías de sustancia. Entretanto, la fortaleza burocrática de Viena se levantaba orgullosamente altiva en su majestuosa inercia, sin que los vientos de las doctrinas que corrían por los salones movieran el polvo de sus pergaminos.

En Berlín, los funcionarios del gobierno mostraron más capacidad y energía, porque se les había entrenado en el famoso sistema prusiano que el gran Federico había convertido en modelo de eficiencia para las cancillerías de Europa. Desgraciadamente, la burocracia Hohenzollern era vulnerable en su cúspide: para funcionar eficientemente necesitaba un monarca que poseyera genio administrativo. Dos siglos antes, el año de 1640 había inaugurado la paciente era constructiva del Gran Elector; en 1740, Federico el Grande había comenzado su brillante e histórico reinado; pero en 1840 faltaba un príncipe Hohenzollern con valor y tenacidad. Cuando el tímido y reaccionario Federico Guillermo III murió, en ese año, la corona pasó al místico romántico Federico Guillermo IV, cuyo inestable temperamento habría de terminar en la locura crónica.

Al comienzo de su reinado, Federico Guillermo IV despertó infundadas esperanzas de reforma entre sus súbditos más liberales y patrióticos. Encantó a la gente con promesas seductoras y luego los desengañó con repetidos aplazamientos. Detrás de su pose de seudoliberalismo, de su humanitaria religiosidad, había una honda desconfianza ancestral por los movimientos populares y el régimen parlamentario. Su ideal secreto de gobierno era un despotismo fundado en la persuasión; soltaba a los presos políticos y luego los denunciaba porque no se retractaban, aflojaba la censura y luego



la restauraba, porque los periodistas lo criticaban. El destino había dispuesto un papel principal para Prusia en el drama de la unificación alemana, pero Federico Guillermo IV vaciló en marchar al paso de los tiempos y el poderío militar y el ascendiente económico del reino prusiano hacían que la unión alemana no pudiera avanzar si Prusia se quedaba rezagada. Admoniciones frecuentes desde Viena y desde San Petersburgo aumentaron la falta de resolución de Federico, pero, en 1847, alarmó repentinamente a sus admiradores y críticos al convocar a los estados provinciales de los dominios Hohenzollern para que se reunieran en un Landtag unido. Los liberales y los nacionalistas se hicieron grandes ilusiones; pero en la sesión inaugural el errático monarca anunció que sus prerrogativas reales debían quedar intactas, y que nunca permitiría a los delegados que se arrogaran la autoridad de representantes del pueblo. Esta actitud contradictoria caracterizó el dilema de la nación alemana. Histórica y geográficamente, los alemanes se hallaban entre dos mundos, el despotismo del pasado y la democracia del futuro, la autocracia del zarismo ruso y el constitucionalismo burgués de Inglaterra, Francia y Bélgica.

En San Petersburgo, el zar Nicolás I, autócrata de todas las Rusias (1825-55), no estaba afectado por tales conflictos internos. El espíritu de su reinado se fijó en el primer año, cuando aplastó a la malhadada revolución decembrina, inspirada por un puñado de oficiales liberales del Ejército. El levantamiento polaco de 1830-31 lo confirmó en su convicción de que todo aflojamiento de la autocracia era una incitación a la rebelión, y abrogó la constitución que Alejandro I había concedido a la Polonia rusa en 1815. Nicolás tenía una mentalidad de cuartel, pero no era un ciego reaccionario, ni un insensato ordenancista como su abuelo Pablo I. Ejerció sus responsabilidades a la manera de un disci-

plinario consciente. Para asegurar el orden, creó la famosa, o infame, "tercera sección" de la Cancillería imperial, una división especial de la policía secreta organizada para combatir la agitación y cazar conspiradores. Cuando las reformas legales y hacendarias prometían una mayor eficacia, las favoreció; se reorganizó el sistema fiscal y se promulgó en 1832 un nuevo código de derecho ruso. Se acalló la crítica y se silenció la discusión liberal, inclusive en las universidades. Pero esta censura se atenuó en la esfera de la educación técnica, que hizo algunos avances notables. Se importaron mecánicos e ingenieros de la Europa occidental y el primer ferrocarril se inauguró en 1838. Pero el departamento del gobierno más querido del zar, fue siempre el ejército. Fue el baluarte principal de aquel "sistema Nicolás" que, conforme al lema consagrado de Ortodoxia, Autocracia y Nacionalismo, defendió a la Santa Rusia de los ataques y de la contaminación de las "ideas occidentales".

No existía en Rusia una clase media influyente del tipo de la de Europa occidental, ni una oligarquía mercantil o industrial lo suficientemente rica y poderosa como para luchar por reformas constitucionales y una asamblea representativa con un ministerio responsable. Pero la marea de los tiempos se había vuelto definitivamente contra las antiguas fórmulas del absolutismo monárquico; a veces, era posible resistir, como logró hacerlo Nicolás I, pero monarcas menos grandes se vieron obligados a ceder a la presión. En Noruega, el *Storthing* abolió la nobleza hereditaria en 1821. Quince años más tarde exigió nuevas concesiones, y Carlos XIV de Suecia (el antiguo general napoleónico, Bernadotte) cedió para preservar la unión de Noruega y Suecia, aligerando el Acta de 1814 que vinculaba a los reinos. De igual manera, en Suecia, el inteligente monarca reconoció la necesidad de un cambio. El sistema educativo



se amplió y liberalizó y la Dieta obtuvo el dominio de las rentas nacionales y confirmó el principio de la responsabilidad ministerial. En Dinamarca, Federico VI (1808-39) y Cristian VII (1830-48) se negaron todavía a ceder en su absolutismo mediante la concesión de una constitución, pero en los Países Bajos el terco Guillermo I se enajenó el amor de sus súbditos, tan completamente, que éstos exigieron limitaciones legales a su poder. En vez de aceptar una monarquía limitada, abdicó en 1840 en favor de su hijo, más popular y menos estrecho de criterio, Guillermo II (1840-49). En Grecia, una insurrección obligó a Otto I, rey de los helenos, a conceder una constitución en 1843. En Suiza, un prolongado conflicto entre conservadores y radicales, complicado por la rivalidad de católicos y protestantes, terminó en 1847 con la victoria de los cantones protestantes. Se disolvió el *Sonderbund* (unión de siete cantones católicos formada en 1845), y se reafirmó la unidad de la Confederación Suiza. El resultado fue la victoria de los progresistas sobre los reaccionarios, de los que favorecían una confederación centralizada más fuerte sobre los que deseaban conservar la autonomía cantonal.

Fuera del continente europeo, el desarrollo de mayor importancia para los pueblos europeos en estas décadas fue la continuada expansión de los Estados Unidos de Norteamérica. Entre 1830 y 1850 su población casi se duplicó, elevándose desde cerca de doce millones hasta aproximadamente veintitrés millones. Más extraordinaria todavía fue la expansión territorial del joven gigante del oeste. La compra de Luisiana en 1803 y la adquisición de Florida en 1819 habían duplicado su superficie de 888 811 millas cuadradas hasta alcanzar la cifra de 1 788 006 millas cuadradas. Entre 1845 y 1848, la superficie casi se duplicó de nuevo, hasta llegar a cerca de 3 000 000 de millas cuadradas. Este repen-

tino crecimiento fue el resultado de la anexión de Texas, una guerra con México y un tratado con Inglaterra. Desde 1836, Texas había mantenido su independencia del gobierno central mexicano, y en 1845 el Congreso de los Estados Unidos, mediante un simple voto mayoritario, admitió en la Unión a la "República de Texas". Una disputa con México acerca de los límites meridionales del nuevo estado condujo a la guerra al año siguiente. Cuando una expedición al mando del general Winfield Scott ocupó la ciudad de México, el gobierno mexicano abandonó la desigual lucha y renunció a todos los derechos, no sólo sobre Texas, sino sobre Nuevo México, Arizona y California.

La elección de 1844 en los Estados Unidos, que instaló a James K. Polk, en la Casa Blanca, con un Congreso entregado a "la reanexión de Texas", se había disputado con un segundo lema expansionista: "¡Cincuenta y cuatro cuarenta o guerra!" Durante años, los Estados Unidos (conforme a las vagas definiciones de la *Louisiana Purchase*, habían reclamado territorios en la costa del Pacífico que llegaban hasta los 54° 40′ de latitud norte, el punto que señalaba el límite meridional del territorio ruso de Alaska). Tres potencias europeas, sin embargo, todavía tenían pretensiones a la vertiente del Pacífico del continente norteamericano. Los rusos habían establecido factorías hasta en California; navegantes españoles habían explorado la costa en dirección norte, hasta llegar a las aguas del Ártico; y los ingleses pretendían tener derecho a toda la zona costera situada al norte del paralelo 42. La rivalidad anglo-norteamericana se mitigó en 1818 mediante un acuerdo que fijó el paralelo 49 como límite hasta la altura de las Montañas Rocosas, pero más allá de las Montañas la costa del Pacífico, desde el paralelo 42 hasta el norte, se dejaba abierta a una ocupación conjunta. En 1819, el gobierno español renunció a sus



débiles derechos sobre áreas situadas al norte del paralelo 42 de los Estados Unidos, y en 1824 los rusos limitaron su avance hacia el sur hasta los 54° 40′. Colonos norteamericanos emigraron en número considerable al territorio de Oregón (hacia 1844, había 10 000 en la región), y la ocupación conjunta anglo-norteamericana se tornó impracticable. La dificultad se resolvió mediante el Tratado de Oregón de 1846, que extendió los límites entre tierras inglesas y norteamericanas en dirección oeste, a lo largo del paralelo 49 hasta el Pacífico, en el Golfo de Georgia. Esta aclaración incorporó formalmente una superficie de 285 580 millas cuadradas al territorio de los Estados Unidos. Sumadas al territorio texano anexado en 1845 (390 144 millas cuadradas), y a la cesión mexicana de 1848, (529 017 millas cuadradas) estas adquisiciones le dieron a los Estados Unidos un imperio extra de 1 204 741 millas cuadradas en los tres años transcurridos desde 1845 hasta 1848. Esto representó casi un tercio de la superficie total de Europa.

Era natural que el éxito del experimento democrático en el Nuevo Mundo atrajera la atención del Viejo: los norteamericanos eran los heraldos del futuro. "No me cabe la menor duda —declaró Alexis de Tocqueville en 1835— de que tarde o temprano habremos de llegar, como los norteamericanos, a casi una completa igualdad de condiciones." Tocqueville fue el observador más profundo que visitó los Estados Unidos en la primera mitad del siglo XIX y su obra maestra, *La Démocratie en Amérique*, se convirtió en un clásico de la literatura liberal. "Confieso que en los Estados Unidos vi algo más que los Estados Unidos —escribió—, busqué la imagen de la democracia con sus inclinaciones, su carácter, sus prejuicios y sus pasiones, a fin de aprender lo que tenemos que temer o esperar de sus progresos." Sus simpatías liberales no lo cegaron a las faltas y debilidades de la sociedad norteamericana. Observó el dominio que la es-

clavitud negra ejercía en los estados del sur y la diferencia del desarrollo económico entre el norte y el sur. En el plazo de un siglo, predijo, los Estados Unidos habrán de tener más de cien millones de habitantes divididos en cuarenta estados y concluyó diciendo que, en tales circunstancias, "la permanencia del Gobierno Federal sólo podrá ser un afortunado accidente". Admiró a los norteamericanos, pero a menudo le desagradó su vulgaridad y le asqueó su rapacidad. "A veces, el progreso del hombre es tan rápido que el desierto reaparece detrás de él." A pesar de su celo por la educación y el perfeccionamiento, la gente de esta nueva nación carecía de una elevada tradición intelectual. "Los Estados Unidos hasta ahora han producido muy pocos autores distinguidos; no poseen grandes historiadores y ni un solo poeta." Pero Tocqueville reconoció la vitalidad y la independencia de la prensa y el vigor de la discusión pública. "Es difícil imaginarse la increíble rapidez con que la opinión pública circula en estos desiertos."

Las repúblicas de la América Latina interesaron a los europeos contemporáneos en grado mucho menor que el experimento anglo-norteamericano de democracia. Los observadores no podían comprender las confusas castas sociales, ni entendían los frecuentes cambios políticos radicales que enunciaban los anales latinoamericanos. La población que vivía al sur del Río Grande manifestaba una variada composición étnica, con un 45 % de indios, un 30 % de mestizos, un 20 % de blancos y un 5 % de negros. A la realización de la independencia no había acompañado, como en los Estados Unidos, la formación de una unión federal. El proyecto de Bolívar para formar una gran confederación de la América española había abortado ya antes de su muerte en 1830. Movimientos separatistas y guerras civiles produjeron más de una docena de repúblicas celosas que luchaban unas con otras para hacerse lugar en un continente que tenía dos



veces la extensión de Europa. Y el militarismo y el clericalismo, factores insignificantes en la sociedad norteamericana, siguieron siendo fuerzas constantes en la política de los estados latinoamericanos. El destino así decretado para los pueblos de Centro y Sudamérica los aisló, en buena parte, del mundo, y a unos de otros, pero esta segregación les permitió desarrollar singulares variaciones culturales, brotes de los injertos europeos en el viejo tronco indio americano. El resultado fue un rico florecimiento de un arte y una artesanía originales y a veces exóticos, pero se aplazaron, o mejor dicho, el debido reconocimiento de su novedad y variedad se aplazó, hasta el siglo XX.

El éxodo de los europeos a las áreas semivacías del globo, que atrajeron a los norteamericanos al Pacífico, cobró fuerza también en otras regiones después de 1830, en el Canadá, Australasia y el Asia Nororiental. El vasto medio continente que habría de llegar a ser el Dominio del Canadá tenía poco más de un millón de habitantes en 1830, pero hacia 1848 este número se había duplicado. El antagonismo entre los elementos franceses e ingleses, y los conflictos entre los consejos gobernantes (cuyos miembros eran nombrados) y las asambleas provinciales elegidas por el pueblo se agudizaron hasta convertirse en franca rebelión en 1837. Al año siguiente, se envió al Duque de Durham desde Inglaterra, en calidad de Gobernador en jefe, para estudiar las causas del descontento. Su *Report on the Affairs of British North America* (1839) en que reveló su genio de estadista, abogó por la unión del Alto y el Bajo Canadá (Ontario y Quebec) y el establecimiento de un gobierno responsable. En 1840 el Parlamento inglés aprobó el Acta de Unión, que creó una sola legislatura para las dos provincias, con igual representación para cada una de ellas. Aunque el Acta no estipulaba específicamente un go-

bierno responsable, éste se alcanzó a través de sucesivos precedentes, establecidos en la década siguiente.

Los esfuerzos ingleses por colonizar Australia y Nueva Zelandia no cobraron forma positiva hasta el siglo XIX. La selección de Nueva Gales del Sur, en 1878, como lugar de deportación para penados contuvo la emigración voluntaria, y sólo unos pocos miles de colonizadores libres llegaron a Australia antes de 1830. Pero las ganancias de la cría de ovejas y del cultivo del trigo comenzaron a atraer a los aventureros y después de 1837 se abandonó rápidamente el transporte de delincuentes. Pasos paulatinos hacia el auto-gobierno colonial fueron coronados por el Acta de Gobierno de las Colonias Australianas, promulgada por el Parlamento Inglés en 1850, y los diversos estados recibieron el derecho de establecer sus propias legislaturas, aumentar el sufragio e imponer sus aranceles. Tasmania, colonizada en 1803, fue separada administrativamente de Nueva Gales del Sur, en 1825, y más tarde obtuvo el gobierno responsable. Las Islas de Nueva Zelandia no se colocaron bajo la soberanía inglesa hasta 1840, cuando llegaron los primeros barcos cargados de colonizadores, y en 1846 se concedió una constitución a los colonos. La supremacía casi indisputada de que disfrutó la armada británica en el siglo XIX guardó a las nuevas y débiles colonias del ataque de potencias más fuertes, y, siempre que se necesitaron, se pudo echar mano de tropas inglesas para hacer retroceder a los escasos aborígenes. Así, hacia mediados del siglo XIX, el continente de Australasia se había convertido, de manera nada espectacular, en parte del imperio mundial inglés. En conjunto, Australia, Tasmania y Nueva Zelandia tenían más de tres millones de millas cuadradas de superficie, y eran aproximadamente equivalentes en extensión a los Estados Unidos de Norteamérica de los límites recientemente ampliados.

En un tercer continente, en el que pueblos dispersos



no pudieron ofrecer una resistencia eficaz a los ejércitos europeos, el avance de la conquista y la colonización prosiguió inexorablemente en el segundo tercio del siglo XIX. Entre 1828 y 1846, la Estepa de los Kirguises, una región que se extendía al este del Mar Caspio y tenía tres veces la extensión de Francia, cayó bajo el dominio ruso. Todavía más al este y al norte, guarniciones militares rusas, convoyes de prisioneros condenados a trabajos forzados, y miles de campesinos construyeron una ruta imperial hasta el Pacífico, entre los paralelos 50 y 60 de latitud norte. Pequeños y dispersos puestos avanzados habían estado salpicando estas yermas soledades siberianas, en virtud de un *ukase* imperial, desde el siglo XVII, y esforzados comerciantes en pieles habían cruzado el Estrecho de Bering para llegar a Alaska en la década de 1870. Pero la consolidación de este vasto dominio ruso en el Asia septentrional requería una población permanente. En 1850, un poblado fortificado, levantado para defender las bocas del río Amur, fue bautizado con el nombre de Nikolayevsk, en honor del zar reinante, y diez años más tarde se fundó Vladivostok, "Conquistador del Oriente", en el Mar del Japón. Rusia estaba construyendo bases que habrían de lanzar al poderío moscovita a surcar las aguas del Océano Pacífico.

En su marcha de conquista por otros continentes, los europeos aceptaron sus éxitos como prueba de la superioridad de sus instituciones, su religión y su cultura. Sin embargo, puede dudarse de que estas ventajas los hubiesen llevado muy lejos sin los motores proporcionados por una técnica dinámica. La revolución que produjo en los transportes y las comunicaciones la introducción del vapor y de la electricidad, dio un irresistible impulso a la expansión del siglo XIX, al equiparla con nuevos nervios y tendones. Los triunfos de la técnica occidental dependieron, a su vez, del desarrollo de una mentalidad científica, y las influencias que dieron forma a la mente

y al espíritu del hombre occidental son imponderables. En la revolución científica, los instrumentos de precisión fueron más importantes que los instrumentos de poder, y la más extraordinaria innovación intelectual de los tiempos recientes, "la invención de la invención" no fue producto de las máquinas. Presupuso una reorientación filosófica, un cambio fundamental en las actitudes y creencias del espíritu europeo moderno. En edades anteriores, la reflexión filosófica había partido de premisas abstractas; se había desarrollado como parte de una elevada tradición intelectual; había permanecido alejada de la economía mundana, tal y como el propio hombre (a su juicio) era una creación especial, en el mundo, pero no del mundo. El siglo XIX merece ser considerado como la primera centuria de la edad científica, porque sus principales pensadores no sólo aceptaron la unidad del orden natural, sino que también reconocieron el hecho de que el hombre mismo formaba parte de ese orden, sujeto a sus leyes y limitaciones.

Lo que mejor nos explica el pensamiento del siglo XIX es este concepto de *continuidad*. No una pura continuidad histórica (argumento conveniente contra la revolución social), sino la fe en la continuidad como ley de la naturaleza, que afirmaba la existencia de relaciones graduales, ininterrumpidas por todo el mundo de la experiencia. *Natura nihil facit per saltum*. Las divergencias o las discrepancias aparentes en el orden de lo natural podrían reconciliarse (según se creía), mediante la observación más atenta y la realización de experimentos más exactos. La meta de la ciencia era salvar los abismos que existían en el conocimiento humano, y avanzar hacia aquella síntesis en que coinciden los contrarios.

Tres conclusiones notables, a que se llegó en tres campos separados, entre los años de 1830 y de 1848, contribuyeron a confirmar esta fe en la unidad y la continuidad de la naturaleza. Los *Principles of Geology* (1830-33) de Sir Charles Lyell, afirmaron que no era necesario invocar la intervención sobrenatural o una sucesión de "catástrofes" para explicar las desigualdades de la superficie de la tierra. Podían haber sido producidas, propuso Lyell, por fuerzas geológicas que seguían operando, aunque esta concepción asignaba una edad a la Tierra mayor que los pocos miles de años que le atribuía la cronología de las Escrituras. Habrían de pasar treinta años antes de que Lyell se atreviera a publicar sus conclusiones en lo tocante a un tema más controvertido, *The Antiquity of Man*, pero hacia 1838 las investigaciones de Mathias Jakob Schleiden habían ofrecido ya pruebas notables de la unidad de todos los organismos vivos. Schleiden recalcó la importancia del núcleo en el desarrollo celular, y el indispensable papel desempeñado por la célula en cuanto unidad fundamental de la estructura de las plantas y de los animales. Un tercer ejemplo de la economía y de la uniformidad de la naturaleza se sacó, casi simultáneamente, del reino de lo inorgánico. Michael Faraday había mostrado ya, desde 1831, la posibilidad de la inducción electromagnética. En 1840, los experimentos clásicos de James Prescott Joule demostraron el equivalente mecánico del calor en los cambios eléctricos y químicos (ley de Joule). La equivalencia de la energía calórica y mecánica había sido ya explicada matemáticamente por Sadi Carnot (1824) y el principio general de la conversión de la energía que se conoció con el nombre de ley de la conservación de la energía, fue resumido en 1847 por Hermann Ludwig Ferdinand von Helmholtz.

Era comprensible que los problemas de la termodinámica fascinaran a una generación de científicos que acababan de conocer la eficacia de la máquina de vapor. El primer ferrocarril, la línea de Stockton y Darlington, se inauguró en Inglaterra en 1825. Cuatro años más

tarde comenzaron a operar los primeros ferrocarriles construidos en Francia y en los Estados Unidos. Una vez establecido, los avances del caballo de hierro fueron espectaculares; hacia 1848, toda la Europa septentrional había quedado unida por eslabones metálicos, y era posible viajar por ferrocarril desde París hasta Hamburgo, Dresden, Berlín, Varsovia y Viena. El telégrafo eléctrico, al que le dio forma práctica el inventor norteamericano, Samuel F. B. Morse, entre 1832 y 1844, prestó una ayuda valiosísima para regular el tránsito ferroviario. En los mares, la aparición de la máquina de vapor y del acero produjo cambios de igual magnitud. El hierro en la construcción de barcos se introdujo por primera vez en Glasgow, en 1818, y la primera hélice de propulsión, en 1836. La primera travesía del Atlántico en un barco que sólo utilizaba el vapor (llevada a cabo por el vapor holandés *Curaçao*) se efectuó en 1826. La *Peninsula and Oriental Line* estableció un servicio regular de vapores entre Inglaterra y Alejandría en 1839, y la primera línea importante de vapores trasatlánticos fue fundada por Samuel Cunard en 1840.

Al difundirse tanto los avances técnicos, y proclamarse tan notablemente la eficacia de la ciencia aplicada, podría suponerse que los intereses literarios de la edad habrían mostrado una inclinación práctica. Pero ocurrió lo contrario. Se aplazó el influjo intelectual de las nuevas invenciones, y la mentalidad europea, en el segundo cuarto del siglo XIX, reveló una curiosa dicotomía. La ciencia, con su manera racional y positivista de ver las cosas, no logró captar la imaginación popular. El romanticismo, al hacer hincapié en lo emocional, lo imaginativo, lo supersensorial y lo sobrenatural dominó en la literatura y en las artes, y el mundo occidental se abandonó a los placeres de la idealización y de la fantasía. Los alemanes y los franceses se habían entregado ya a este nuevo espíritu en el primer cuarto del siglo,



pero los pueblos latinos, en los que tenían mayor vigor las tradiciones neoclásicas, sucumbieron menos fácilmente. La creciente popularidad de Shakespeare en Francia, después de 1820, fue una prueba portentosa (como lo había sido en Alemania cincuenta años antes) de que los gustos estaban cambiando, y las disputas en torno de las virtudes del *Hernani* de Victor Hugo, al ser presentado en 1830, demostraron que los románticos podían enfrentarse airosamente a los clásicos. En décadas subsiguientes, las novelas autobiográficas de George Sand alcanzaron una extraordinaria popularidad en Francia y en el exterior. Entre su grupo figuraban destacados exponentes del movimiento romántico en casi cada campo, Alfred de Musset en la poesía, Balzac en la novela, Chopin en la música, Delacroix en la pintura y Lamennais en la religión. El espíritu romántico era, a la vez, egoísta y contagioso, y su impulso dominante fue la necesidad de escapar, en las angustias de una gran pasión, a países lejanos, en sueños utópicos, al pasado. Novelas históricas, llenas de colorido, se habían convertido ya en la forma más popular de literatura cuando Sir Walter Scott murió, en 1832. Los historiadores más leídos de la época —Lamartine, Michelet, Macaulay, Carlyle— aunaban al corazón de un poeta la pericia de un novelista. La prolífica obra de Victor Hugo, que lo convirtió en el monarca indisputado de la literatura romántica durante medio siglo, era una miscelánea de poemas, novelas, historias y escritos políticos, tan ricos en elocuencia como vacíos de ideas constructivas.

Hacia mediados del siglo, cada literatura nacional del mundo occidental había sentido el influjo del romanticismo, aunque Alemania, Inglaterra y Francia siguieron siendo los focos principales del movimiento. En Rusia, Alejandro Pushkin escribió obras maestras al estilo de Byron; en Italia, *I promessi sposi* (1827) de Alessandro Manzoni pasó a ocupar su lugar entre las

grandes novelas del mundo, y en España y Portugal los poetas cantaron motivos románticos inspirados por los líricos franceses y alemanes. Al otro lado del Atlántico, el movimiento romántico encontró su expresión más individual en la melancolía fantástica de los versos de Edgar Allan Poe y en su prosa *Tales of the Grotesque and Arabesque* (1840). En el campo de la novela, James Fenimore Cooper y Nathaniel Hawthorne completaron su mejor obra antes de 1850 y el clásico de Herman Melville, *Moby Dick*, apareció en 1851.

La fascinación que las escenas rústicas, las ruinas solitarias, las brumosas montañas y los cielos tempestuosos tenían para los ojos románticos se manifestó pronto en los paisajes de Casper David Friedrich, en Alemania, y John Constable y J. M. W. Turner en Inglaterra. La pintura romántica en Francia fue anunciada por Jean Géricault y encontró su mejor expresión en las telas de Eugène Delacroix. En general, los escritores permanecieron fieles a las formas clásicas durante la primera mitad del siglo XIX —fue la época de Canova y Thorvaldsen—, pero en arquitectura la idealización romántica de la Edad Media inspiró un resurgimiento gótico. Se repararon claustros arruinados, se construyeron casas de campo con portales góticos y gélidas salas; y una guerra de estilos se libró entre los protagonistas del resurgimiento gótico y los defensores de la tradición clásica. En Inglaterra, el triunfo más notable de los partidarios del gótico estuvo representado por el edificio del Parlamento (1840), y en Francia por las numerosas reconstrucciones realizadas por Viollet-le-Duc, entre las que figuran la Sainte Chapelle de París y los muros de Carcasona.

La música europea reflejó la influencia dominante del romanticismo a lo largo del siglo XIX. En su primer cuarto de siglo, fue la era de Beethoven, "el Shakespeare de la música", de las imaginativas óperas de Carl Maria



von Weber, y de las exquisitas canciones de Schubert. En los tres compositores puede oírse a la poesía y a la pasión del espíritu romántico trascendiendo la estructura y la regularidad más formales de la expresión clásica. Sus muertes, que ocurrieron a pocos años de distancia entre sí (1826-28), señalaron la transición al segundo periodo de la música del siglo XIX, que se distinguió por las obras de Mendelssohn, Schumann, Chopin, Verdi y finalmente, de manera eminente, Wagner. La prodigiosa influencia de Richard Wagner en la ópera moderna todavía no se había hecho sentir ampliamente en 1848, pero su relación con los románticos se descubría ya en el estilo y los temas de su *Tannhäuser* (1845) y su *Lohengrin* (1848).

Nadie que reflexione sobre el arte y la literatura de aquel tiempo puede dejar de observar cuán excitada y confusa se había vuelto la imaginación europea cuando el siglo XIX se acercaba a su mitad. La exageración, el misticismo, las perspectivas lúgubres y los sueños utópicos de los autores románticos intensificaron el espíritu general de ardiente aspiración a fines inalcanzables. Fue un estado de ánimo que se desentendió, en buena parte, del mundo de los asuntos prácticos, estado de ánimo que, cuando invadiera la política, habría de inspirar programas idealistas y habría de alimentarse de promesas extravagantes. Como la marea del liberalismo se elevaba por toda Europa, y las corrientes sociales avanzaban rápidamente hacia la revolución, era casi inevitable que los periodistas y los poetas, que habían compuesto tantas canciones antes de que se levantara el sol, fuesen los primeros en arengar a las masas desde las barricadas y en proclamar la Utopía en el foro. Un nuevo orden muy poco de sus fuerzas interiores. El trastorno que amenazaba en 1848 habría de sacudir a toda Europa, luchaba por nacer, pero sus espontáneos voceros sabían

siendo prodigioso en sus profecías, pero decepcionante en sus resultados, un drama acertado para cerrar una era de frustración romántica. Sus defectos estaban implícitos en sus jefes y en su título: quería ser "la revolución de los intelectuales".

## III. LA PENOSA CONSTRUCCIÓN DE NACIONES (1848–67)

En 1848, al igual que en 1830, la señal para una nueva ola de estallidos revolucionarios fue dada en París. El descontento había ido aumentando en Francia, como en otras partes, durante los "hambrientos años cuarenta y tantos", y la política de inmovilidad practicada por el gobierno del rey ciudadano exasperó a sus críticos. Sin embargo, la revolución de Febrero, engañosamente rápida y fácil cuando sobrevino, cogió a la nación por sorpresa el 23 de aquel mes; la multitud hizo demostraciones desordenadas ante la casa del impopular ministro François Guizot, alguien disparó una pistola, las tropas respondieron con una andanada y los manifestantes pasearon los cuerpos de los muertos por las calles para enardecer al populacho. Veinticuatro horas más tarde, Luis Felipe abdicó, en tanto que la Cámara de Diputados proclamó la República Francesa y designó a un gobierno provisional.

Desde las primeras horas de su existencia, la Segunda República Francesa estuvo desgarrada por disensiones internas y no sobrevivió largo tiempo. El ala derecha del gobierno provisional (encabezada por el poeta e historiador Alphonse de Lamartine) deseaba una república moderada de la clase media. El ala izquierda (representada sobre todo por el periodista e historiador Louis Blanc) deseaba reformas sociales y económicas de gran envergadura. Ambas facciones, republicanos moderados y socialistas radicales, se habían unido para derrocar al inerte ministerio de Guizot (otro historiador más), pero no supieron unirse para fundar una república estable. En las primeras semanas después del golpe de Febrero de 1848, la influencia de Louis Blanc parecía ser tan fuerte que nadie la combatió: fue el autor de un pro-

grama del nuevo orden social que había esbozado en su *Organisation du travail* (1840), y contaba con un gran apoyo popular. Bajo la presión de los trabajadores de París, el gobierno provisional estableció talleres nacionales para dar trabajo a todos, y creó una comisión para conciliar los intereses de patronos y empleados. Pero París no era Francia. Los republicanos moderados, confiando en el espíritu más prudente de la nación, aceleraron la elección de una asamblea nacional constituyente, que fue elegida por sufragio universal el 23 de abril. El resultado fue una clara victoria para el centro y la derecha; los republicanos moderados contaron con 500 de los 900 diputados. El segundo grupo más grande estaba constituido por los monárquicos; pero se hallaban divididos en cerca de 200 orleanistas, cerca de 100 legitimistas y unos cuantos bonapartistas. Los del ala izquierda, presidida por Louis Blanc, obtuvieron menos de 100 escaños.

En esta encuesta de la opinión nacional quedó ya prefigurada la suerte de la Segunda República Francesa. La nación había aceptado la revolución política como un *fait accompli*, pero la revolución social no contaba con un apoyo real fuera de los barrios obreros de París y de las ciudades más grandes. Los agitadores socialistas se negaron a aceptar el resultado electoral y a resignarse a desempeñar un insignificante papel de minoría en la asamblea constituyente. Al grito de "pan o plomo", el proletariado parisiense se lanzó a una nueva insurrección (23-26 de julio), y la aterrada burguesía nombró, por aclamación, dictador transitorio al general Louis Cavaignac, con órdenes de someter al populacho. Lo logró; miles murieron; y con ellos murió el sueño de una reconciliación entre las clases sociales que había sido proclamado en la *Fête de la Concorde*, unas pocas semanas antes.

"La roja furia alocada del Sena", como la llamó



Tennyson, había sido reprimida una vez más y la asamblea dirigió su atención a la redacción de una constitución. Se adoptó un borrador el 4 de noviembre de 1848; disponía que se creara una sola cámara legislativa y una presidencia de la república cuyos miembros habían de ser elegidos por sufragio universal. El recuerdo de los plebiscitos que le dieron un trono al primer Napoleón inquietaron a algunos diputados sagaces, pero Lamartine no les hizo caso. "Que Dios y el pueblo decidan", insistió. El 10 de diciembre, el príncipe Luis Napoleón Bonaparte, sobrino del gran emperador, fue elegido presidente, siendo candidato del "partido del orden". Aunque no era muy conocido, salvo por su nombre y por el hecho de que había intentado dos veces hacerse con el poder mediante abortados golpes militares, recibió más de 5 000 000 de los 7 000 000 de votos. Ocho años antes, cuando las cenizas del primer emperador se llevaron a la tumba del Panteón de los Inválidos, Louis Blanc había advertido a Francia de los peligros de una restauración bonapartista. "Sería el despotismo sin gloria, los cortesanos sobre nuestras espaldas sin tener a Europa a los pies, un gran nombre sin un gran hombre, en una palabra, el Imperio sin el emperador." El 10 de diciembre de 1848 se arrojó sobre Francia la sombra de la dictadura, ominosa, aunque sólo fuese una sombra todavía. Sin embargo, Louis Blanc ya no se hallaba presente para repetir su advertencia; se le había enviado al exilio después de los días de Junio.

La historia habría de repetirse aunque, como ha señalado Philip Guedalla, los pasos por los cuales el príncipe-presidente recorrió el camino de su tío, fueron menos un ejemplo de repetición histórica que de plagio histórico. Reformó el ministerio para asegurarse un gabinete devoto de su persona. Desacreditó a los legisladores al apelar directamente al pueblo por encima de sus cabezas, repitió las esperanzas marciales mientras

insistía en que buscaba solamente las victorias de la paz. La Constitución prohibía un segundo periodo consecutivo para el presidente, y cuando no logró que se hiciera una enmienda a esa disposición, Luis Napoleón y sus consejeros íntimos prepararon un golpe de Estado. Estalló el 2 de diciembre de 1851; destacados periodistas y diputados de la oposición fueron detenidos durante la noche; un levantamiento popular en el barrio de Saint Antoine fue aplastado con gran derramamiento de sangre; se proclamó el estado de sitio en las provincias trastornadas; y Luis Napoleón anunció que había salvado las libertades del pueblo. Tres semanas más tarde se convocó a un plebiscito, y los votantes apoyaron a Napoleón (después de advertirle a la nación que tenía que optar entre la aquiescencia y la anarquía) por una mayoría declarada de 7 500 000 sobre 640 000. El 2 de diciembre de 1852, un año después del golpe de Estado y cuarenta y ocho años, exactamente, después de la coronación del primer Napoleón, se promulgó un *senatus consultum* que estableció el Segundo Imperio.

La rueda política había girado en un círculo completo desde los primeros meses de 1848, y el pueblo francés, que había retrocedido ante la visión del socialismo y el anarquismo, se había arrojado en los brazos de un hombre fuerte. Cuatro años después de que los inquietos parisienses habían expulsado a Luis Felipe, por razón de los resultados negativos de su política interior y exterior, se encontraron sometidos a una dictadura autoritaria, militarista y clerical. Y Francia no fue el único país que conoció estas vicisitudes. La mitad de los estados de Europa evolucionaron de manera semejante cuando el sueño romántico de 1848 se tradujo en la realidad de 1850.

Las nuevas de la revolución de Febrero en París atravesaron Europa con notable rapidez, como si el telégrafo eléctrico recientemente tendido hubiese vinculado los



centros nerviosos de las naciones y les hubiese llevado a dar una respuesta común. En Viena, la capital de la reacción, una muchedumbre se metió por la fuerza en la Dieta, el 13 de marzo, y luego se lanzó a la Hofburg, donde cinco manifestantes murieron en un choque con los guardianes del orden. El débil Fernando I, desconcertado por la violencia de sus "buenos vieneses", se apresuró a apaciguarlos. Después de aceptar la renuncia de Metternich, que huyó de Austria, el emperador abolió la censura, aprobó la formación de una guardia nacional y prometió una constitución a sus súbditos. Pero la reaparición de desórdenes populares en mayo lo alarmó todavía más: huyó con la familia imperial a Innsbruck; y un comité de seguridad pública tomó el poder en Viena.

En los dominios de los Habsburgos, levantamientos espontáneos desgarraron el imperio. La Dieta húngara adoptó una constitución independiente (leyes de marzo de 1848) y, nuevamente, Fernando dio su aprobación tácita. Los croatas organizaron un comité nacional para luchar en favor de la autonomía. Los checos exigieron una asamblea constituyente, y un congreso pan-eslavo se reunió en Praga. Luego, la marea de la revolución y del separatismo retrocedió con la misma rapidez con que había avanzado. El príncipe Alfred zu Windisch-Grätz, que mandaba los regimientos imperiales en Praga, derrocó al comité revolucionario checo y estableció un gobierno militar (17 de junio). El octogenario mariscal Joseph Radetzky reafirmó el poderío austriaco en Lombardía y Venecia, avanzando desde sus bases en el Cuadrilátero (Mantua, Peschiera, Verona y Legnano) para obtener una señalada victoria sobre el ejército sardo en Custozza, el 24 de julio. En octubre, los victoriosos jefes militares dictaban la política austriaca, y el barón Joseph Jellachich, gobernador de Croacia, se unió a las fuerzas de Windisch-Grätz,

delante de Viena; bombardearon y ocuparon la capital (31 de octubre) y ejecutaron entonces a los jefes radicales.

Ante estos reveses, se desvanecieron las esperanzas de reforma y las promesas de la primavera, que se le habían arrancado al vacilante emperador, se convirtieron en trabas de paja que hicieron a un lado los bastones de los victoriosos mariscales. Radetzky obligó a Fernando a abdicar en favor de su sobrino de 18 años, Francisco José, que ascendió al trono imperial liberado de cualesquiera compromisos constitucionales. El principal ministro del joven emperador fue el príncipe Felix von Schwarzenberg, vigoroso diplomático que promulgó por decreto una constitución castrada, e incitó a los generales a que completaran la reconquista de Hungría. En enero de 1848 las fuerzas imperiales entraron de nuevo en Budapest. La desafiante Dieta húngara, que se reunió en otro lugar, proclamó que Hungría era una república que tenía como presidente a Lajos Kossuth, pero el nuevo régimen tenía pocas posibilidades de sobrevivir en la ola de reacción que barrió a Europa en 1849. Su sino fue decretado por Nicolás I de Rusia, que envió un ejército para completar su destrucción. Las fuerzas húngaras fueron derrotadas en Temesvar, el 9 de agosto; Kossuth huyó a Turquía; pero gran número de patriotas húngaros, capturados por las fuerzas austriacas y rusas, fueron ahorcados o fusilados en sangrientas represalias. El imperio Habsburgo se había salvado de la disolución a un precio trágico. Las esperanzas de una saludable reorganización de la monarquía, encarnadas por los pensadores liberales en la abortada Constitución Kremsier de marzo de 1849, se habían desvanecido, y el absolutismo reapareció, suavizado por unas pocas reformas sociales. Después de sucesivos intentos de reparación, ninguno de los cuales curó sus debilidades fundamentales, el Imperio del Danubio sobrevivió hasta 1918, justo dos años más que su nuevo emperador, Francisco José (1848-1916).



En los Estados alemanes, al igual que en los territorios austriacos, el liberalismo, el autoritarismo y el nacionalismo chocaron en 1848, con resultados negativos, que produjeron una confusa disputa trilateral. Sin embargo, existía una diferencia esencial entre los Estados alemanes y el imperio políglota de los Habsburgos. El nacionalismo alemán era una fuerza cohesiva, no disgregadora; operaba para crear un imperio, no amenazaba con disolverlo. Cuando Berlín fue estremecido por los motines de marzo de 1848, Federico Guillermo IV se deshizo en promesas, y ofreció que Prusia se "fundiría en Alemania" bajo una constitución nacional. Dos meses más tarde, un parlamento alemán de cerca de 830 delegados, elegidos por sufragio directo, se reunió en Francfort del Meno. Esta Asamblea de Francfort se enfrentó a una tarea gigantesca, y quizá insoluble. Trató de forjar una constitución y un gobierno para una Alemania unida, mientras quedaban por resolver cuatro cuestiones vitales: *1)* ¿Debería el nuevo Reich Alemán abarcar las provincias alemanas de Austria (la solución de *grossdeutsch* favorecida por la izquierda) o debería omitirlas (la solución de *kleindeutsch*)? *2)* ¿Zonas no-alemanas, o alemanas sólo en parte, como la Polonia prusiana, Bohemia y el Schleswig-Holstein, deberían incorporarse? *3)* ¿La nueva constitución imperial debería disponer la creación de una débil confederación de estados, o de un gobierno federal fuertemente centralizado? *4)* ¿El nuevo Reich debería ser una monarquía hereditaria, o una república basada en la soberanía del pueblo?

Mientras los delegados de Francfort luchaban con estos graves y complicados problemas, la marcha de los acontecimientos los obligó a tomar decisiones. La población del Schleswig y del Holstein se rebeló contra

Federico VII de Dinamarca y la Asamblea de Francfort comisionó a Prusia para intervenir con fuerzas armadas, solución más patriótica que parlamentaria. Cuando la recuperación de Austria hizo evidente que la corte Habsburgo se opondría a cualquier unión germánica a la que no pudiera dominar, el Parlamento de Francfort recurrió por la fuerza a la fórmula *kleindeutsch*, que no incorporaba a las provincias austriacas. La constitución adoptada el 27 de marzo de 1849 propuso la creación de un Reich Federal, con un parlamento nacional, presidido por un emperador hereditario de los alemanes, y se eligió para este cargo a Federico Guillermo IV de Prusia. Su renuencia a aceptar una corona imperial ofrecida por una asamblea popular le dio un golpe final a todo el proyecto y desacreditó al Parlamento de Francfort. Muchos diputados moderados volvieron a sus casas desalentados, una minoría radical se reunió en Stuttgart, y sus violentas sesiones fueron finalmente interrumpidas por los soldados de Würtemberg (junio de 1849). Había fracasado la solución parlamentaria del problema de la unificación alemana.

Si Federico hubiese aprobado la constitución redactada por el Parlamento de Francfort habría reconocido tácitamente la soberanía del pueblo alemán. Los celos de la corte austriaca y la oposición de su cuñado, el zar Nicolás I de Rusia, reforzaron su propia desconfianza innata en los movimientos democráticos. Pero esperaba todavía que un bloque alemán cobrara forma en la Europa central, y abarcara los territorios de los Habsburgos y de los Hohenzollern a la vez. Schwarzenberg, en Viena, prefirió reconstituir la débil Dieta de la Confederación Alemana, en la que Austria había desempeñado un papel principal. En la prueba de fuerza entre la cancillería de Berlín, con sus planes para una Unión Prusiana, y la corte austriaca, con su determinación de restaurar el convenio de 1815, Nicolás I dio su apoyo a Viena. En vez de exponerse a una guerra, Federico Guillermo cedió; la planeada Unión Prusiana fue disuelta y la Dieta de la Confederación Alemana se restableció. La diplomacia Hohenzollern había sufrido un revés que comúnmente se conoce con el título de Humillación de Olmütz, y el zar de Rusia demostró, en 1850, que estaba tan dispuesto a oponerse a las tendencias liberales en Alemania como se había enfrentado al republicanismo en Hungría, en 1849.



Todo el fervor, todas las luchas, todas las transacciones y todo el hacer constituciones de 1848-49 terminaron en la Europa central con la virtual restauración de los principios autoritarios. Las esperanzas liberales y nacionales habían abortado tan completamente que una profunda amargura y desilusión se apoderó de los círculos intelectuales alemanes. Algunos ardientes reformadores, como el joven Carl Schurz, emigraron a los Estados Unidos, persuadidos como estaban de que la flor de la libertad no podía prosperar en el emponzoñado suelo de Europa. Otros, que se quedaron, trataron de encontrar consuelo en las tristes ventajas que se habían alcanzado. En Prusia, una constitución limitada, elaborada después de 1849, dispuso la creación de una legislatura bicameral, cuya cámara baja sería elegida por sufragio universal. Pero los votantes se dividieron en tres clases, conforme a su capacidad de pagar impuestos, y los dos grupos más ricos, aunque constituían sólo el 17 % del electorado, eligieron a dos tercios de los diputados. Este Landtag prusiano podía aprobar nuevas leyes, pero no estaba facultado para elegir a los ministros del rey; y este último podía gobernar por decreto cuando el Parlamento no estuviese en sesiones.

Para los alemanes patriotas, la frustración de las esperanzas nacionales fue un violento desengaño, más grave aún que el aborto de las aspiraciones liberales. Es

significativo que una mayoría de los delegados de Francfort haya revelado, a menudo sin pensarlo, su disposición a cambiar los principios democráticos por lo que pudiera auspiciar la realización de los fines nacionales; su tragedia fue que no lograron ni lo uno, ni lo otro. Más tarde correría la leyenda de que el año 1848 fue un momento decisivo para el destino alemán, y que la ruina del programa de Francfort entregó al pueblo alemán a Bismark y al culto del egoísmo nacional. Sin embargo, el egoísmo nacional era ya una fuerza dominante en 1848. Por elocuentemente que los jefes de la clase media en Francfort denunciaran a la autocracia, sus votos demostraron que estaban dispuestos a solicitar la ayuda autoritaria, ya fuese para asegurarse Schleswig-Holstein, para conservar las provincias polacas, para conquistar Bohemia o para aplastar a los rebeldes eslavos. Los radicales se aliaron con los pangermanos siempre que se trató de impedir que dispersas comunidades alemanas fueran absorbidas por las mayorías no-alemanas de las regiones fronterizas.

El juicioso Heinrich von Gagern, presidente del Parlamento de Francfort, expresó el pensamiento de la mayoría cuando proclamó: "¿Qué unidad debemos buscar, la de que vivamos a la altura del destino que se nos ofrece en el este; la de que abracemos como satélites de nuestros sistemas planetarios a los pueblos de la Cuenca del Danubio, que no tienen capacidad para la independencia, ni derecho a ella?" Tal negación del derecho de autodeterminación a los demás, por una asamblea que fundaba su autoridad en un mandato popular, puso en evidencia una paralizadora contradicción de los ideales. Por cuanto los pueblos que no "tenían derecho a la independencia" se hallaban en franca rebelión, sólo se les podía sujetar por la fuerza; y la fuerza la tenían los generales. En enero de 1849, hasta los radicales de Francfort estaban dispuestos a



aplaudir a un diputado que declaró: "Renunciaría de buen grado a todos los teoremas y artículos para fundar un Reich grande, poderoso y dominante, encabezado por Austria y sus grandes generales, Radetzky, Windisch-Grätz y Jellachich... Busquemos primero el poder real, y luego establezcamos la libertad, que es impotente sin el poder." Donde dice "Austria" es necesario leer "Prusia"; el vocero estaba citando el guión correcto, pero lo estaba pronunciando mal. Sin embargo, su intuición fue certera. La generación alemana que llegó a la madurez en 1848 se lanzó a una empresa romántica para rescatar la libertad. Regresó para casarse con el poder.

En Italia, como en la Europa central, los acontecimientos de 1849 ensombrecieron las esperanzas de 1848. El aplazamiento de la unidad política italiana era tanto más sorprendente cuanto que los Alpes y el mar hacían de la península una entidad geográfica. "Italia es una nación", había señalado Napoleón treinta años antes. "La unidad de costumbres, de lenguaje y de literatura, en un periodo más o menos distante, debe unir a sus habitantes bajo un gobierno, y los italianos elegirán indudablemente a Roma por capital." Todos los caminos llevan a Roma, pero en 1848 los italianos no sabían todavía cuál habrían de seguir. Giuseppe Mazzini, exiliado después de la revolución de 1830, se había consagrado, junto con su "Joven Italia", al sueño de una república unitaria, secular. Vincenzo Gioberti, también en el exilio, propuso una confederación de todos los estados italianos, de la cual sería presidente el Papa. "Italia es la verdadera cuna de la civilización y Roma es la metrópoli ideal del mundo", escribió en su *Primacía moral y civil de los italianos* (1843). Para muchos italianos católicos, el plan de Gioberti ofrecía la solución más prometedora a la "Cuestión Romana", porque era improbable que el Papa renunciara a su

autoridad temporal en otras condiciones, o estuviera dispuesto a que un Estado secular absorbiera a Roma y a los dominios papales. Un tercer programa para la unificación, intermedio entre los dos anteriores, proponía la formación de un estado monárquico nacional, que tendría por rey al cabeza de la casa de Saboya. Este plan contó con las simpatías de muchos intelectuales liberales y hombres de negocios que se daban cuenta de que el Estado de Piamonte-Cerdeña era el más avanzado económicamente de Italia, y que Carlos Alberto de Saboya se hallaba en la mejor posición para expulsar del territorio del valle del Po a las guarniciones austriacas.

Italia hervía ya en inquietud desde Milán hasta Nápoles cuando, en marzo de 1848, llegaron las noticias de que Metternich había huido de Viena y Austria se hallaba en trance de disolución. Levantamientos espontáneos en Venecia y Milán arrojaron del territorio a las casacas blancas, y en Turín, Carlos Alberto, con celo tardío, ordenó al ejército de Cerdeña que apoyara la cruzada nacional. El entusiasmo popular en Roma y en Nápoles impulsó al Papa Pío IX y a Fernando II a enviar destacamentos para acosar a los austriacos que se retiraban. *L'Italia fara da se* (Italia lo hará por sí sola), proclamó Carlos Alberto, y una ola de entusiasmo patriótico barrió la península. Pero los acontecimientos demostraron rápidamente que Italia no podía hacerlo. Consejos divididos, tácticas dilatorias y crecientes disputas entre las facciones revolucionarias paralizaron la causa patriótica. En mayo se llamó a las columnas papales y napolitanas, y Radeztky, reuniendo a las fuerzas austriacas, derrotó a Carlos Alberto en Custozza (24 de julio de 1848). Las operaciones italianas habían sido debilitadas por la disensión de un principio; y a medida que fueron pasando las semanas, los revolucionarios moderados se espantaron por la creciente violencia de los radicales. En Roma, una insurrección popular arrojó de la ciudad al Papa Pío IX, y se proclamó una república que tenía a Mazzini como espíritu motor y al incansable caballero de la libertad, Giuseppe Garibaldi, como defensor. Pero Nápoles se había rendido ya a la reacción, y los ejércitos franceses y austriacos se estaban preparando para disputarse el dominio de una Italia todavía dividida.



Los austriacos actuaron primero. El 23 de marzo, en Novara, Radetzky infligió una segunda y más aplastante derrota a Carlos Alberto, que abdicó en favor de su hijo Victor Emmanuel II. En abril, una expedición francesa desembarcó en Civita Vecchia y puso sitio a Roma; los republicanos fueron expulsados y Pío IX regresó, curado de sus simpatías liberales. En mayo, refuerzos austriacos restablecieron en el poder al Gran Duque Leopoldo, y en julio una segunda fuerza austriaca bombardeó Venecia, hasta que se rindió la ciudad, asolada por el cólera. Hacia fines del año de 1849 el movimiento revolucionario había quedado aplastado; Mazzini y Garibaldi estaban de nuevo en el exilio; la ineptitud militar y la falta de unidad que debilitaban a los revolucionarios italianos se habían revelado al mundo y la causa republicana había caído en el descrédito absoluto. A pesar de la presencia de una guarnición francesa en Roma, que se había quedado para guardar las posesiones papales, la influencia austriaca se había restaurado en Italia tan efectivamente como en las Alemanias.

Los acontecimientos de 1848-49 enseñaron la misma lección, en varias formas, por toda la Europa continental. Cuando se les ponía a elegir, la mayoría de la gente prefería soportar el despotismo y el militarismo antes que abrazar la causa de la revolución. Sin embargo, se había producido un perceptible desplazamiento del centro de autoridad; la monarquía absoluta estábase

cambiando, por revolución o por evolución, en monarquía constitucional; el poder de la aristocracia dueña de tierras iba en decadencia; y el poder de la burguesía iba en aumento; en Inglaterra, Francia y Bélgica era la influencia dominante en el Estado. Pero el sufragio todavía estaba vinculado a requisitos de propiedad o de pago de rentas, el poder político seguía en manos de las clases medias y superiores, y aunque, en ocasiones, disputaban, se sabían unir en defensa de sus intereses comunes. La cláusula esencial de las constituciones burguesas del siglo XIX era la del carácter sagrado de la propiedad privada. Cuando esta cláusula se ponía en tela de juicio, el liberal burgués característico reaccionaba exactamente igual que el conservador característico. Podía defender la igualdad política en teoría, pero de hecho no estaba dispuesto a fomentar el igualitarismo económico.

El factor más rebelde de la sociedad dominada por la burguesía era la maquinaria, porque ésta no sólo estaba multiplicando las ganancias del dueño de la fábrica, sino que multiplicaba también el número de proletariados descontentos. Para salir al paso de esta creciente amenaza, en la primera mitad del siglo XIX no se encontró una solución satisfactoria. La mayoría de los pensadores sociales de esa época, a los que siquiera se les ocurría reconocer la existencia del problema, preferían exponer soluciones románticas que enfrentarse de verdad a las realidades económicas. Sus "sistemas" eran ejercicios intelectuales, que fracasaban al ser aplicados, y que les dieron a sus defensores el título de "socialistas utópicos". El más ideológico de estos profetas mayores de un nuevo orden fue François Marie Charles Fourier (1772-1837). Fourier propuso la organización de comunidades individuales (falansterios) de 1 620 miembros, en las que cada participante trabajaría de acuerdo con sus aptitudes e inclinaciones, de



modo que nadie se sentiría constreñido y prevalecería un espíritu de completa armonía. Fundamentalmente, abogaba por una forma de comunismo agrario; y aunque los intentos de llevarlo a la práctica fracasaron en Francia, varias colonias experimentales, conforme a las normas de Fourier, fueron fundadas en los Estados Unidos. Más realista, en el sentido de que aceptaba el papel decisivo de la ciencia y de la industria en la sociedad moderna, fue el socialismo de Claude Henri de Rouvroy, conde de Saint-Simon (1760-1825). Su orden ideal requería la creación de un nuevo sistema social con tres clases: sacerdotes, sabios e industriales. Los sacerdotes habrían de ser, a la vez, jefes morales, artistas y guardianes de la ley divina (sansimoniana). Los sabios habrían de ser científicos, maestros y filósofos. Los industriales, que formarían la clase más numerosa, deberían ser empleados y cuidados por un régimen que se asemejaba mucho al socialismo de Estado. La debilidad de estos proyectos, y de otros menos notables, que atrajeron la atención en las décadas anteriores a 1848, estribaba en el supuesto de que las pasiones humanas podían armonizarse, y que los antagonismos sociales podían ser zanjados con una fórmula filosófica. Fueron panaceas para producir la paz perpetua, elaboradas por doctrinarios, mientras los ejércitos contrarios cerraban filas para un siglo de luchas sociales.

La fundamental hendidura en la sociedad europea había dejado de ser, a mediados del siglo XIX, la distinción histórica de una aristocracia y un clero privilegiados y una gran masa de plebeyos sin privilegios. Se había convertido en una hendidura que separaba a los que tenían de los que no tenían, a los que poseían la maquinaria de la producción, de los que trabajaban para ella, a patronos de empleados, en una palabra, a los burgueses de los proletarios. Karl Marx y Friedrich

Engels exageraron este conflicto de clases en frases memorables y dogmáticas de su *Manifiesto Comunista* y más tarde lo explicaron en detalle en los tres volúmenes de *Das Kapital* (1867-95).*

> La historia de todas las sociedades que han existido hasta ahora (escribieron en 1848) es la historia de la lucha de clases... La sociedad, en su conjunto, se ha ido dividiendo cada vez más en dos grandes campos hostiles... la burguesía y el proletariado... El gobierno de un Estado moderno no es más que un comité encargado de los asuntos comunes de toda la burguesía... Que tiemblen las clases dominantes ante la revolución comunista. Los proletarios no tienen nada que perder, salvo sus cadenas. Tienen un mundo por ganar.
>
> ¡Proletarios del mundo, uníos!

La Liga Comunista, una organización socialista internacional que había encargado a Marx y Engels la redacción de esta desafiante proclama, fue desbandada por la reacción posterior a 1848. Durante décadas, el comunismo militante fue una sombra sin sustancia; el propio Marx lo describió diciendo que era un espectro; sin embargo, fue un espectro que turbó el sueño de Europa en lo sucesivo. Al aparecer el *Manifiesto Comunista* comenzó el ocaso del socialismo utópico. Después de 1848, los socialistas descubrieron que se había producido un cambio en el espíritu de su sueño, y las clases medias cobraron conciencia más aguda de la creciente amenaza que llegaba desde abajo. Los aterrados burgueses habían visto a los proletarios levantar barricadas; las barricadas se habían venido abajo, pero su recuerdo seguía viviendo; y hombres serenos de las clases acomodadas buscaron métodos más seguros de contener a las inquietas masas. Las clases medias se dieron cuenta, un tanto tarde, de que las ideas eran

* *El Capital*, trad. española de W. Roces, México, F.C.E., 1959.



armas en la lucha de clases y de que al debilitar la autoridad de la religión organizada habían reducido la influencia del clero, de los "gendarmes espirituales" que podrían haber guardado al populacho de la contaminación de las "herejías sociales". Los grupos dominantes, inclusive en los países protestantes, comenzaron a ver con mejores ojos a la Iglesia católica romana después de 1848. El Papado concertó nuevos concordatos con los gobiernos de España y de Austria; Luis Napoleón fortaleció la influencia de la Iglesia en Francia; y las jerarquías católicas se restablecieron en Inglaterra (1850) y en los Países Bajos Holandeses (1853). Después de los estallidos de 1848, al igual que en 1816, los gobiernos que se esforzaban en restaurar su quebrantada autoridad reconocieron que la religión era un antídoto eficaz para aquella enfermedad revolucionaria que había demostrado ser tan peligrosamente contagiosa.

Otro antídoto, además más efectivo, para protegerse del descontento popular, fue el rápido mejoramiento de las condiciones económicas que se produjo después de 1848. Las malas cosechas, el hambre y el desempleo de la década de 1840 habían fomentado la rebelión; la expansión económica de la década de 1850 trajo tiempos mejores y algunos beneficios alcanzaron a las clases oprimidas. La emigración a ultramar, útil barómetro de las dificultades económicas, se había cuadruplicado en diez años, antes de 1850, pero después de esa fecha disminuyó desde una cifra máxima de 400 000 al año, hasta aproximadamente 200 000. Las causas de las fluctuaciones de los negocios siguieron siendo un misterio, o poco menos, pero hacia 1850 se había acumulado un número suficiente de estadísticas para demostrar que el comercio mundial estaba aumentando con insólita rapidez; por término medio, habría de duplicarse cada veinte años a lo largo del resto del siglo. El progreso económico, sin embargo, permaneció sujeto a descon-

certantes saltos y pausas. Una de las explicaciones que se han dado de la repentina expansión a comienzos de la década de 1850, ha sido la del descubrimiento de los yacimientos de oro de California (1848) y de Austria (1851) que aumentaron las existencias de oro acuñables, pues el total mundial se elevó en proporción de 5 % anualmente desde 1848 hasta 1857. Inglaterra fue a la cabeza del avance económico, las exportaciones de este país aumentaron en una tercera parte entre 1850 y 1855; pero la mecanización de la industria también hizo notables progresos en Francia y se propagó desde los centros más viejos de Prusia y Sajonia a todos los Estados alemanes. La extracción de carbón, la fundición de hierro, el tendido de ferrocarriles se llevaron a cabo con extraordinaria energía y las ganancias de los industriales fueron incrementadas por los grandes gastos de los gobiernos francés e inglés como consecuencia de la Guerra de Crimea (1854-56). Después de terminada la guerra, el periodo de prosperidad culminó repentinamente, en 1857, con una recesión muy violenta que afectó a Europa y los Estados Unidos simultáneamente, y fue el primer pánico financiero que puede llamarse realmente crisis económica mundial. Fue una prueba de la creciente dependencia recíproca de los mercados mundiales y un aviso de las graves depresiones que habrían de seguir a periodos de excesiva expansión en el futuro.

Durante treinta y nueve años, desde 1815 hasta 1854, las grandes potencias europeas habían evitado cualquier choque armado entre ellas mismas. Esta larga paz fue destruida por el estallido de la Guerra de Crimea, en 1854, y en los diecisiete años transcurridos desde 1854 hasta 1871 se produjeron cinco conflictos distintos, cada uno de los cuales envolvió a dos o más grandes potencias. Después de este interludio militante vino otro periodo de paz excepcionalmente largo, desde



1871 hasta 1914, durante el cual no se enfrentaron en el campo de batalla las potencias europeas mayores.

Francia e Inglaterra se lanzaron a una guerra con Rusia, en 1854, por causa de una serie de malos entendidos trágicos, cuya culpa comparten por igual todos los gobiernos que se vieron envueltos en los sucesos. El miedo al oso moscovita le quitó el sueño a los estadistas ingleses a través del siglo XIX, porque los avances rusos constituían una creciente amenaza para el Imperio turco, para Persia y para el dominio inglés de la India. Cuando el rígido Sistema Nicolás preservó intacta a Rusia a través de los años revolucionarios de 1848-49, el imperio zarista cobró un prestigio que realzó su aparente fuerza y estabilidad. Mientras Francia, Austria y Prusia luchaban con sus trastornos internos, fuerzas rusas avanzaron para ocupar los principados del Danubio (Moldavia y Valaquia). Aunque esta ocupación de territorios nominalmente sometidos al sultán se hizo con el consentimiento de este último, y las tropas rusas se retiraron en 1851, los gobiernos inglés, francés y austriaco observaron con inquietud el aumento de la influencia rusa en los Balcanes. Los acontecimientos de 1848-49 dieron a los diplomáticos de Londres y de París una sensación de incomodidad. La Segunda República Francesa no podía perseguir una firme política extranjera porque era, cuando mucho, un régimen provisional, y los ingleses, con una poderosa armada, pero un ejército que no era gran cosa, no podían presionar a las potencias europeas orientales. Los esfuerzos de Lord Palmerston para interceder por los daneses, los húngaros y los italianos liberales fueron rechazados, en tanto que Nicolás de Rusia utilizaba la fuerza militar y diplomática para influir en los acontecimientos de la Europa central. La prolongada oposición entre el bloque autocrático (oriental) y el de las

naciones liberales (occidental) propició una sólida razón para la unidad franco-británica.

Francia y Rusia tenían intereses contradictorios en el Cercano Oriente, donde ambas potencias proclamaban su derecho a proteger a las minorías cristianas y a los peregrinos cristianos que hacían viajes a Tierra Santa. Al establecerse el Segundo Imperio, en 1852, la disputa se agudizó, pero Nicolás creyó que podía hacer oídos sordos a las protestas francesas. Desde 1833 (Tratado de Unkiar Skelessi) la influencia rusa había sido la dominante en Constantinopla, y los diplomáticos rusos habían concertado acuerdos secretos con los gobiernos de Austria y de Inglaterra para el reparto final del Imperio otomano. El acuerdo anglo-ruso había sido preparado cuando el zar visitó Londres en 1844 y fue confirmado, aunque no claramente definido, en un memorándum redactado por el canciller ruso, Carl Robert Nesselrode. En 1852, los diplomáticos rusos todavía contaban con que los ingleses aceptarían de buen grado Creta y Egipto como compensación de los territorios turcos que Rusia se anexara en Europa, pero este proyecto de arreglo anglo-ruso de la cuestión del Cercano Oriente se deshizo repentina e irremediablemente en marzo de 1853. Sin previo aviso, el Ministerio del Exterior de Inglaterra informó al zar de que el acuerdo (todavía secreto) proyectado nueve años antes no era satisfactorio. Para llevar a cabo este cambio de política, el gabinete de Londres se vio influido por dos consideraciones de gran importancia: la continua evasividad de los rusos en lo que se refería a lo que habría de hacerse con Constantinopla y los Estrechos, y una firme aunque indirecta advertencia, a través de Bruselas, de que si los intereses franceses en el Cercano Oriente no se tomaban en cuenta, un ejército francés ocuparía Bélgica a título de compensación. Colocado en una situación en la que tenía que perder la amistad de



Rusia u oponerse a Francia, el gabinete inglés tomó una rápida determinación, y envió un escuadrón naval para que se sumara a la flota francesa del Mediterráneo, a la entrada de los Dardanelos. Las dos potencias marítimas aconsejaron luego al sultán que desafiara las amenazas rusas.

Nicolás consideró que había ido demasiado lejos para poderse retirar con dignidad; su ejército estaba concentrado ya en la frontera turca. Hacia julio de 1853, los rusos se habían apoderado de nuevo de los principados del Danubio; los intentos que hizo la corte austriaca para arbitrar en la cuestión, fracasaron; y en septiembre la flota inglesa se desplazó a Constantinopla. Alentados por esta prueba de apoyo, los turcos le declararon la guerra a Rusia, las armadas aliadas entraron en el Mar Negro y el 28 de marzo de 1854 Francia e Inglaterra le declararon la guerra a Rusia. Entonces, Nicolás aceptó un ultimátum que había pasado por alto antes y sus fuerzas, que ya habían cruzado el Danubio, se retiraron de los principados, con lo que terminó la fase balcánica de las hostilidades. Pero los aliados no estaban en disposición de hacer la paz; trasladaron la escena de la guerra a la península de Crimea, donde la fuerza expedicionaria anglo-francesa puso sitio a las fortificaciones rusas de Sebastopol. En diciembre de 1854, Austria se sumó en una alianza defensiva y ofensiva a Inglaterra y Francia, pero se abstuvo de participar en las hostilidades y el sitio de Sebastopol prosiguió, con grandes bajas, hasta que los rusos evacuaron la ciudad el 11 de septiembre de 1855. Nicolás I había muerto en el mes de marzo de este último año y su sucesor, Alejandro II, era hombre de carácter más flexible. Una amenaza desde Viena, en el sentido de que Austria entraría en la guerra, persuadió al gobierno ruso para aceptar la paz, y las condiciones del conve-

nio se llevaron a efecto en el Congreso de París, del 25 de febrero al 30 de marzo de 1856.

Pocas guerras de la historia han revelado una mayor confusión de fines, crasa ineptitud en el mando, bajas más elevadas y resultados más negativos. El sultán conservó su imperio por el momento, e hizo promesas de reformas que no cumplió. Los rusos desistieron de sus conquistas y estuvieron de acuerdo en neutralizar el Mar Negro, pero se eximieron de estas restricciones catorce años después. Los principados del Danubio quedaron colocados en caución conjunta de las potencias, que fue modificada en el plazo de una generación, e Inglaterra, Francia y Prusia prometieron guardar y conservar la integridad del imperio turco, compromiso que ninguno estaba dispuesto a cumplir. Por estos inútiles resultados, más de un millón de hombres murieron en el campo de batalla o de enfermedad. El concierto de Europa se había roto, en parte, porque Napoleón III creyó que podía determinar una reconsideración general del arreglo de Viena de 40 años antes. Indirectamente, sin embargo, la Guerra de Crimea, contribuyó a dos acontecimientos en materia de asuntos internacionales que deben ser considerados beneficiosos, aunque tuvieron su origen en la dirección de la guerra y no guardaron relación con sus causas. Por la Declaración de París (1856), las potencias fijaron reglas internacionales para gobernar el bloqueo marítimo, proteger los derechos de los neutrales y abolir la piratería. Los sufrimientos de los soldados provocaron también una amplia preocupación y esto contribuyó a la creación de la Cruz Roja Internacional, establecida en 1864 por la Convención de Ginebra. La conciencia del mundo occidental fue estremecida por los despachos de los corresponsales de guerra enviados al frente de Crimea que revelaron los padecimientos de las tropas a causa de la temperatura helada, la gangrena, la pulmonía, el tifo y el cólera. La intendencia y los servicios médicos de todos los beligerante resultaron ser vergonzosamente inadecuados, y cuatro quintas partes de los que murieron en la guerra fueron víctimas de la enfermedad.



En las últimas fases de su guerra con Rusia, las fuerzas inglesas, francesas y turcas habían contado con el apoyo de 10 000 soldados enviados por el reino de Cerdeña. Este estado del norte de Italia no tenía pleito real con Rusia, pero Victor Emmanuel II y su astuto ministro, Camillo di Cavour, esperaban ganarse la gratitud anglo-francesa y llevar la cuestión italiana a la Conferencia de la Paz. Estas esperanzas no se realizaron en el Congreso de París, y Cavour se dedicó entonces a ganarse la ayuda de Napoleón III, con el que entró en negociaciones secretas dos años más tarde. El emperador prometió que, si Austria atacaba a Cerdeña, un ejército francés de 200 000 hombres cruzaría los Alpes e Italia sería liberada "desde los Alpes hasta el Adriático". Luis Napoleón no pensaba en fomentar la creación de un reino unido de Italia. Conforme al plan, el reino de Piamonte-Cerdeña, podría anexarse Lombardía-Venecia, Parma, Modena y las Legaciones; Toscana, las Marcas y Hungría se fundirían en un estado central italiano; el Papa conservaría Roma y la Campaña; y el reino de Nápoles permanecería intacto. Luego, los cuatro fragmentos políticos podrían unirse en una confederación que tendría al Papa como presidente. El 23 de enero de 1857, los estadistas franceses y sardos ampliaron su pacto con una convención militar. A título de compensación por la ayuda prometida, Cerdeña cedería a Francia Saboya y Niza.

En su ejecución, el plan inicial rápidamente desbordó los cálculos de Napoleón. Cavour provocó a Austria con éxito y el grupo gobernante en Viena proporcionó cortésmente un *casus belli* al abrir las hostili-

dades contra el reino de Cerdeña, a fines de abril de 1859. La primera gran batalla tuvo lugar el 4 de junio, en Magenta; los austriacos se retiraron derrotados; un segundo y sanguinario encuentro en Solferino, el 24 de julio, condujo a los dos beligerantes principales a pensar en la paz. Napoleón III quedó deprimido por la matanza, desconcertado por el movimiento en pro de la unificación nacional que se extendía por toda Italia, y temeroso de que Prusia se uniera a Austria y atacara a Francia directamente. Sin consultar a sus aliados de Cerdeña, el emperador concertó una tregua con Francisco José el 11 de julio, en Villafranca. Cavour quería que Cerdeña prosiguiera la lucha por sí sola. Por tanto, renunció a su cargo cuando el más realista Victor Emmanuel aceptó la decepcionante paz. Lombardía fue cedida a Cerdeña, pero Venecia quedó en poder de los austriacos. Después de realizados unos plebiscitos, en medio de gran entusiasmo popular, Parma, Modena, la Romania y Toscana, se unieron al reino de Cerdeña. En su afán de conquistar toda Italia, los partidarios de la Unión se lanzaron después sobre Nápoles y Roma. Garibaldi, con sus famosos Mil, desembarcó en Sicilia, se apoderó de la isla en unas cuentas semanas y cruzó el mar para llegar a Nápoles, que lo recibió como a su liberador. Estaba a punto de avanzar sobre Roma cuando Cavour, que había sido repuesto en su cargo, frustró esta brusca solución de la cuestión romana, por temor de que decidiera a las potencias católicas a acudir en ayuda de Pío IX. Tropas piamontesas entraron en los dominios de la Iglesia y dispersaron a una fuerza papal en Castelfidardo, pero no entraron en Roma, y avanzaron hacia el sur para unirse a los ardorosos voluntarios de Garibaldi y quitarles la iniciativa. Hacia fines de 1860, Nápoles, Sicilia, las Marcas y Hungría se habían unido al nuevo reino de Italia. Fue proclamado formalmente el 17 de



marzo de 1861, teniendo a Victor Emmanuel por rey y al *Statuto* piamontés de 1848 por constitución.

Los formidables esfuerzos de estos últimos meses habían extenuado a Cavour. Murió el 6 de junio de 1861, reconfortado por la seguridad de que *L'Italia e fatto*. Italia estaba hecha, pero todavía no estaba completa. Roma seguía siendo una ciudad papal, defendida por una guarnición francesa, y los casacas blancas austriacos dominaban todavía Venecia. Los italianos tuvieron que luchar una vez más con los austriacos en 1866 (teniendo esta vez a Prusia por aliado) antes de que la antigua república de los Dogos pudiera sumarse al nuevo reino de Italia. No se entró en Roma hasta que se retiró la guarnición francesa en 1870, después de lo cual, las tropas de Victor Emmanuel abrieron brecha en los muros y Pío IX se encerró en el Vaticano, pues el poder secular le había arrebatado su soberanía temporal. Estos últimos acontecimientos fueron los epílogos del drama principal de la unificación italiana, que había alcanzado su clímax en los años decisivos de 1859-61. Las fuerzas del nacionalismo italiano habían triunfado sobre el antagonismo austriaco y la resistencia papal, y tres hombres de carácter diferente, pero de patriotismo igual, haban preparado la victoria: Mazzini, que era el alma, Garibaldi, que era la espada y Cavour, que era el cerebro del *risorgimento*.

El papel desmpeñado por el reino de Piamonte-Cerdeña en la forja de la unidad italiana reavivó el ardor de los nacionalistas que esperaban ver desempeñar a Prusia un papel semejante en las Alemanias. Allí también Austria abogaba por el separatismo y el particularismo, y los acontecimientos de 1848-50 hicieron ver claramente que Austria lucharía para evitar la organización de un Estado federal alemán presidido por Prusia. Los estadistas realistas de Berlín estaban dispuestos a resolver la cuestión en el campo de batalla. Y habían

decidido que Prusia, al contrario de Cerdeña, lo haría por sí sola, pues el precio de la ayuda francesa o rusa podría resultar demasiado elevado. En 1859, mientras era todavía regente, el nuevo gobernante Hohenzollern, Guillermo I (1861-88), nombró Ministro de la Guerra a Albert von Roon, y a Helmuth von Moltke Jefe del Estado Mayor, dándoles instrucciones para fortalecer al ejército prusiano. La oposición de la mayoría liberal en el Landtag casi arruinó el programa en 1862, pero Guillermo encontró un jefe para su consejo de ministros que estaba dispuesto a sobreponerse a las objeciones parlamentarias. El hombre que eligió fue Otto von Bismarck, estadista arrogante, diestro e inescrupuloso, que confesó francamente su menosprecio por la ineptitud austriaca y la vacilación parlamentaria, e insistió en que las grandes cuestiones del día habían de decidirse a "sangre y hierro".

En 1864, el reorganizado ejército prusiano recibió su bautismo de fuego durante una corta guerra con los daneses. Federico VII, que confiaba en el apoyo inglés y sueco, había tratado de incorporar el ducado de Schleswig al reino danés, política confirmada por su sucesor, Cristián IX. La situación legal de Schleswig y Holstein era extraordinariamente complicada. Ambos eran posesiones de la corona danesa, pero Holstein era miembro de la Confederación alemana. Recurriendo a las armas, Austria y Prusia derrotaron a los daneses y ocuparon ambos ducados, obligando a Cristián IX a cederlos (Paz de Viena, de 1864). Austria se puso a administrar el Holstein en tanto que Prusia se hizo cargo del Schleswig, solución que habría de provocar dificultades, porque Holstein estaba virtualmente rodeado por territorio prusiano y el *Zollverein* (la unión aduanal dominada por los prusianos) había sido ampliado en 1853 para abarcar a todos los estados alemanes que no fueran austriacos. En octubre de 1865, Bismarck obtuvo de Napoleón III la promesa de que Francia permanecería neutral en caso de una guerra entre Austria y Prusia, habiendo aceptado Napoleón vagas seguridades de que se le darían "compensaciones". Bismarck había trabado con Rusia relaciones cordiales (había sido embajador en San Petersburgo desde 1859 hasta 1862), y en abril de 1866 concertó una alianza con el reino de Italia, que se anexaría Venecia si Austria resultaba derrotada. Terminados estos preliminares diplomáticos, Prusia precipitó la guerra al enviar tropas al ducado de Holstein (junio de 1866).



Austria apeló a la Dieta de la Confederación alemana y la mayoría de los Estados alemanes se pusieron del lado de Austria. Pero la cuestión se decidió en unas cuantas semanas en virtud de la rapidez y el éxito de las acciones militares prusianas. Moltke destrozó al ejército austriaco en Bohemia, en una sola batalla decisiva, en Königgrätz (o Sadowa) el 3 de julio de 1866. Los fusiles prusianos de retrocarga demostraron su eficiencia letal contra los fusiles austriacos que se cargaban por la boca, y el uso que Moltke hizo de los ferrocarriles para el transporte de tropas revolucionó la estrategia. El golpe austriaco se había calculado con maestría; por cuanto los austriacos, que habían vencido al ejército italiano decisivamente en Custozza, el 24 de julio, habrían podido reunir fuerzas suficientes para cambiar el equilibrio militar en el norte, si hubieran contado con unos pocos días más de plazo.

Bismarck hizo la paz tan rápidamente como había hecho la guerra. Los italianos recibieron Venecia, a pesar de su derrota militar en Custozza y de una derrota naval en Lissa. Antes de que Napoleón III pudiese revisar su diplomacia para salir al paso de los acontecimientos (había confiado en una guerra dilatada y en una victoria austriaca) el Tratado de Praga se firmó el 23 de agosto de 1866. La Confederación alemana ha-

bía llegado a su fin y Austria quedó excluida de Alemania. Todos los estados situados al norte del río Meno se sumaron a una Confederación del Norte de Alemania presidida por Rusia y los estados alemanes del sur quedaron independientes. Cuando Napoleón III solicitó alguna compensación para Francia, su embajador, Vincent Benedetti, imprudentemente formuló por escrito las demandas francesas para que se le cedieran Luxemburgo y Bélgica. Bismarck reveló esta prueba de la agresividad francesa a los diplomáticos de los estados del sur de Alemania, Baden, Würtemberg y Baviera, que se unieron al *Zollverein* y concertaron alianzas militares con Prusia. En su nueva independencia (y aislamiento) el miedo que le tenían a Francia era mayor que la desconfianza que sentían por Prusia.

En París, las consecuencias de la Guerra de las Siete Semanas, de 1866, despertaron ira y mortificación. Se decía que Sadowa había sido una derrota para los franceses, precisamente por no haberse encontrado allí. Napoleón III había sido culpable de grandes errores de cálculo, el menor de los cuales no fue su estimación de Bismarck, que se formó en 1862 cuando este último fue embajador en París. Después de frecuentes conversaciones, sacó en conclusión que el enorme prusiano "no era serio". Bismarck había demostrado más penetración. Había decidido que el enigmático sobrino del gran Napoleón era una esfinge sin secreto. "Una grande y no reconocida incapacidad."

La Guerra de las Siete Semanas resolvió los principales problemas de la unificación alemana. Subsiguientes desenvolvimientos no hicieron más que confirmar y ampliar esa solución. La Constitución de la Confederación del Norte de Alemania dispuso una unión federal en la que los estados miembros conservaban su propia administración, pero el gobierno federal se hacía cargo de la política exterior y de la dirección de las



fuerzas militares. El rey de Prusia pasó a ser comandante en jefe y presidente de la federación; en el Consejo Federal (*Bundesrat*) Prusia dominaba 17 de los 43 votos, y podía bloquear enmiendas, pues éstas requerían una mayoría de dos terceras partes. La cámara baja (*Reichstag*), elegida por sufragio universal, fue una concesión a la opinión liberal que no se opuso al ascendiente de Bismarck. Teniendo en cuenta que el canciller de la Confederación del Norte de Alemania había de ser responsable ante el rey de Prusia, y no ante el Reichstag, Bismarck se reservó este puesto clave a sí mismo. Su disputa con el Parlamento prusiano se había zanjado a fines de 1866, cuando una mayoría de liberales aprobó una Ley de Indemnidad, con lo que dio su asentimiento, retroactivamente, a acciones que había declarado arbitrarias e ilegales, pero que ahora aplaudía porque las veía coronadas por el éxito.

Para los Habsburgos la Guerra de las Siete Semanas significó el final del papel histórico que habían desempeñado en la política de Italia y de Alemania. Y más aún, significó que los burócratas de Viena tenían que enfrentarse a la necesidad de reorganizar la administración interna del imperio Habsburgo. La autocracia, restaurada después de las revueltas de 1848, había funcionado durante una década, pero la guerra italiana de 1859 y la derrota de Königgrätz, en 1866, desacreditaron al régimen de Viena y al ejército que lo apoyaba. Francisco José ya no podía menos de enfrentarse al hecho de que tenía que renunciar a algunas de sus prerrogativas y modificar las leyes fundamentales de la monarquía.

El resultado de ello fue la Transacción (*Ausgleich*) de 1867. Desde 1860, el joven emperador había estado experimentando con un parlamento pelele, un *Reichsrath*, pero los diputados húngaros se retiraron en 1861 y los checos alegaron que era otra acción "alemaniza-

dora" de la burocracia imperial. Parecía necesario encontrar alguna forma de descentralización, de federalismo, pero si a todas las minorías nacionales de los territorios Habsburgos se les concedía autonomía local, el imperio se transformaría en una confederación de ocho o nueve sectores. La solución que adoptó Francisco José conservó la posición dominante de la minoría alemana en Austria y reconoció la de la minoría magyar en Hungría. Conforme a la Monarquía Dual, establecida en 1867, Hungría se convirtió en reino independiente con su propia capital, su propio parlamento y su propio ministerio. Las dos mitades del imperio quedaban vinculadas por el hecho de que Francisco José era emperador de Austria y rey de Hungría, en tanto que los problemas comunes de las relaciones exteriores, la defensa y la hacienda se ajustaron a través de delegaciones de los dos parlamentos. Las cuestiones arancelarias y económicas se arreglaron mediante un acuerdo entre Austria y Hungría renovable cada diez años.

El más grave defecto del sistema dual fue que no logró apaciguar a las minorías, especialmente a los eslavos. Los patriotas checos exigieron airadamente que se recreara el antiguo reino de Bohemia y que se le concediera la semi-independencia, como a Hungría. Los eslovacos soñaban en unirse con los croatas y los servios para formar un reino yugoslavo independiente. Los habitantes de habla italiana de Trieste e Istria miraron hacia Italia, en tanto que los nacionalistas rumanos de Bukovina dirigieron sus ojos a Rumanía. Estas minorías descontentas hicieron muy difícil para Francisco José la introducción de un auténtico gobierno representativo, por temor de que los alemanes en Austria y los magyares en Hungría fuesen superados en la votación por la oposición unida. En Hungría, las magyares limitaron el derecho de voto a menos de una veinteava parte de la población.



Los polacos que vivían sometidos a la férula austriaca estaban menos descontentos que la mayoría de los demás eslavos. Se daban cuenta de que la reconstitución de Polonia como estado independiente era un ideal casi inalcanzable, y en su calidad de católicos encontraban alguna compensación en el hecho de que (al contrario de sus hermanos de Prusia y Rusia) eran súbditos de un monarca católico. Además, Francisco José les otorgó un pequeño grado de libertad en el manejo de sus propios asuntos, y les permitió mantener vivas sus aspiraciones culturales, aunque no las nacionales. Pero quizá la política más sagaz adoptada por el gobierno austriaco, fue la de subordinar los rutenios a los polacos. Para mantener esta relativa superioridad y no perder terreno ante los checos, los polacos aceptaron su propia subordinación a Viena.

En Rusia, como en Austria, las derrotas militares resquebrajaron el prestigio de la autocracia y del ejército, y acarrearon cambios fundamentales en el sistema de gobierno. Durante la década inmediatamente posterior a la Guerra de Crimea, el nuevo zar, Alejandro II (1855-1881), introdujo una serie de reformas, la más importante de las cuales fue la liberación de los siervos. Nueve décimas partes del suelo ruso se hallaban todavía en posesión del Estado y de las familias nobles a mediados del siglo, y en estas tierras vivían 47 000 000 de siervos, vinculados al suelo o al servicio personal. Después de cautelosos preparativos, Alejandro publicó el Edicto de Emancipación, en 1861. Todos los siervos obtuvieron su libertad personal y los que estaban vinculados al suelo recibieron tierras. El gobierno imperial se hizo cargo de las compensaciones que había que pagar a los terratenientes nobles, y, en su condición de campesinos libres, los antiguos siervos habrían de devolver ese dinero

al gobierno, mediante pagos para redimir la deuda, escalonados en un periodo de cuarenta y nueve años. La solución tenía defectos inevitables, y algunos críticos se quejaron de que los siervos habían cambiado simplemente de amo, pues se convertían en siervos del Estado hasta que pudiesen redimir su gran deuda. A pesar de las objeciones, Alejandro llevó adelante su plan; y mientras su propósito duró, introdujo otras valientes reformas, tratando de obtener la aprobación de los "occidentalizadores" que deseaban que Rusia imitara las instituciones más avanzadas de los principales Estados europeos. En 1862, se establecieron nuevos tribunales de justicia, se fomentó la educación y a cada distrito provincial se le prometieron asambleas locales (*zemstvos*), cuyos miembros habían de ser elegidos por sufragio indirecto (1864). Desgraciadamente, el estallido de una revolución en Polonia (1863) intimidó al zar liberador, y a medida que su gusto por los experimentos disminuyó los eslavófilos recuperaron su influencia. Habían considerado siempre que la civilización de la Santa Rusia era una cultura excepcional, y pensaban que debería dejarse evolucionar a la sociedad rusa conforme a sus propias normas sociales y religiosas y que no se le debían imponer tradiciones occidentales. Hacia 1867, los ideales de Ortodoxia, Autocracia y Nacionalismo iban recuperando su influencia y la esperanza de nuevas reformas se eclipsó, pero el Edicto de Emancipación fue el acontecimiento más importante de la vida nacional rusa en el siglo XIX.

Para Inglaterra, los años de mediados del siglo XIX fueron una época de tranquilidad en el interior, de creciente prosperidad y de prestigio mundial. El miedo burgués a los movimientos radicales de la clase obrera se atenuó después de 1848, debido, en parte, a que los jefes de los sindicatos se mostraron prudentes y moderados en sus demandas. Los trabajadores obtuvieron concesiones de sus patronos mediante negociaciones directas, y el derrumbe del movimiento cartista, les tornó indiferentes a la mayoría de las cuestiones políticas. Sin embargo, en ocasiones, la presión de la clase trabajadora se dejó sentir e influyó en la política del gobierno. A lo largo de la Guerra Civil Norteamericana de 1861-65, la opinión de las clases superiores inglesas se inclinó en favor de la Confederación, pero los grupos radicales y liberales vieron en las fuerzas de la Unión a las fuerzas de la democracia. Inclusive cuando el bloqueo mantenido por la armada de la Unión cortó los suministros de algodón norteamericano y mató de hambre a la industria textil inglesa, los tejedores sin trabajo de Manchester siguieron siendo leales a los estados del norte y a la causa de la liberación de los esclavos. Las relaciones entre Washington y Londres se tornaron peligrosamente tensas en varias ocasiones, especialmente cuando se permitió que se lanzaran al mar barcos de guerra construidos para la Confederación en astilleros ingleses. Pero el gabinete inglés supo resistir a las proposiciones de Napoleón III para una intervención conjunta anglo-francesa y preservó, aunque no siempre respetó escrupulosamente, la política de neutralidad para con los dos beligerantes, que había proclamado en mayo de 1864.



El fervor nacionalista que acompañó a las luchas en pro de la unidad italiana y alemana, repercutió también en la vida política inglesa. A Garibaldi se le ofreció una entusiasta recepción popular durante la visita que hizo a Inglaterra en 1864. Cuando la Confederación del Norte de Alemania cobró forma en 1866, con un Reichstag elegido por sufragio universal, igual, secreto y directo, el gran campeón inglés de la reforma parlamentaria, John Bright, señaló que en Inglaterra el sufragio se les negaba todavía a cinco de cada seis hombres. "¿Qué es lo que pasa ahora en este país —preguntó—, que lo que rápidamente se está concediendo en todas

las partes del mundo se niega persistente y obstinadamente en Inglaterra, la patria de la libertad, la madre de los Parlamentos?" Al morir Palmerston en 1865, se aflojaron las riendas políticas, y Earl Russell, que lo sucedió en el cargo de primer ministro, introdujo una medida tibia de reforma en 1866. Pero el proyecto de ley fue rechazado y un gabinete conservador tomó el poder, encabezado por Lord Derby y Benjamín Disraeli. La agitación popular llevó a Disraeli a introducir una nueva ley destinada a sumar 100 000 electores a las listas, y aceptó enmiendas liberales que cuadruplicaron este número. Otras cláusulas más redistribuyeron 58 escaños parlamentarios, y la ley revisada se aprobó en 1867. Al año siguiente se hicieron reformas en Escocia e Irlanda y el pueblo inglés avanzó otro gran tramo por el camino de la democracia. El número de electores casi se duplicó, puesto que 2 448 000 individuos consiguieron el derecho de voto cuando se promulgó esta segunda ley de reforma. En lo sucesivo, no sólo la clase media, sino una parte considerable de la clase trabajadora estuvo representada en la Cámara de los Comunes.

El Parlamento inglés no legislaba solamente para los 31 000 000 de habitantes de las Islas Británicas en 1867. Dirigía los destinos de un imperio de ultramar que tenía 200 000 000 de habitantes. El gobierno a distancia, inclusive cuando se ejerce con moderación y prudencia, tiene defectos inevitables. De todas las conquistas imperiales inglesas, el vasto subcontinente de la India era la más lucrativa, compleja, trastornada y vulnerable. La autoridad inglesa sobre los estados de la India era anómala; algunos de ellos eran aliados independientes de la corona, otros eran vasallos, y otros más eran territorios anexados en los que la administración había pasado a manos de los funcionarios ingleses. Después de 1848, la vigorosa administración del Duque de Dalhousie (gobernador general desde 1848 hasta 1856) introdujo



muchas mejoras en las obras públicas, las carreteras, los ferrocarriles, los canales, los puentes, los proyectos de riego y los servicios de telégrafo y de correo. Dalhousie trató también de modificar algunas de las prácticas sociales y religiosas más inhumanas de la India, y en especial el *sati*, que los misioneros cristianos habían denunciado. Esta intervención administrativa en costumbres consagradas por el tiempo, y la más resuelta subordinación de los príncipes de la India al dominio inglés, despertaron un hondo resentimiento. Durante el periodo de gobierno de Dalhousie, el Punjab, el Oudh y seis Estados menores fueron anexados; y el gobernador general fue criticado por su vigoroso imperialismo cuando regresó a Inglaterra.

En 1857, un grave motín estalló en Bengala entre las tropas indígenas indias (cipayos). En el plazo de unas pocas semanas, se propagó por todas las provincias del Ganges y de la India central, amenazando al dominio inglés, pero la rebelión careció de organización y de jefes capaces. La audacia y la energía de las pequeñas guarniciones inglesas sofocaron la rebelión a fines del año, con la ayuda de fuerzas indias leales, y los rebeldes fueron castigados con drástica severidad. La mayoría de los grandes príncipes había permanecido neutral y las masas de la India casi no despertaron de su apatía. Pero la advertencia produjo un cambio en la política inglesa. Se deshizo el imperio Mogul, que tenía su capital en Delhi, el Mogul fue exiliado y sus hijos fueron ejecutados; la proporción de soldados ingleses en comparación con los soldados indios se aumentó considerablemente. La autoridad ejercida anteriormente por la Compañía Inglesa de las Indias Orientales se transfirió a la corona y se encargó de ella a un nuevo miembro del gabinete, el ministro de estado encargado de los asuntos de la India y el gobernador general se convirtió en virrey. El programa de modernización, anexión y actividad misio-

nal, que había contribuido a provocar la rebelión, quedó interrumpido, pero el poderío inglés en la India no se vio reducido materialmente. Por el contrario, los funcionarios administrativos aprendieron mucho de la rebelión, y el Acta de Gobierno mejor de la India (1858), contribuyó a colocar al dominio inglés sobre fundamentos más amplios y extensos.

Por el Asia Oriental, las potencias europeas, Inglaterra, Francia y Rusia en particular, consiguieron importantes avances en el periodo de 1848-67. Los ingleses extendieron su influencia a Birmania, en tanto que los franceses se apoderaron de las tres provincias orientales de Cochinchina. Una acción conjunta de las dos potencias, contra China, condujo a la ocupación del puerto de Cantón (1858), el saqueo de Pekín (1860); el cobro de indemnizaciones, la obtención de concesiones comerciales y la legalización del tráfico de opio. En esos mismos años, Rusia convenció al gobierno chino de que le cediera amplios territorios situados al este y al oeste del río Amur. En el Archipiélago Malayo, los holandeses completaron la dominación de Bali (1849), extendieron su dominio a Java y se dividieron Timor y las islas vecinas con los portugueses.

En América, el acontecimiento más importante del tercer cuarto de siglo fue la guerra civil de los Estados Unidos, la guerra más larga y costosa que haya despedazado a una gran potencia entre 1815 y 1914. Durante varias décadas, antes de 1860, las diferencias entre el norte y el sur se habían ido agudizando. Los estados del noreste de la Unión estaban dominados por una economía comercial e industrial, en tanto que la sociedad sureña seguía siendo esencialmente agraria, pues tenía numerosos y grandes latifundios dominados por una aristocracia de plantadores y trabajados por esclavos negros. Sucesivos intentos de llegar a un pacto conciliatorio en materia de esclavitud, y especialmente



en lo referente al problema de su extensión a los estados de reciente formación en el oeste, no lograron impedir el "inevitable conflicto", y la elección de Abraham Lincoln como presidente de los Estados Unidos (4 de marzo de 1861) fue seguida de la secesión de 11 estados sureños que tenían una población blanca de 5 000 000. Las ventajas que favorecían al norte hacían pensar en una decisión rápida, puesto que los 23 estados que habían permanecido en la Unión tenían una población de 23 000 000 y contaban con los principales recursos financieros, industriales, navieros y ferroviarios de la nación. El bloqueo impuesto por los escuadrones navales del norte paralizó al sur, al frenar la exportación de algodón y la importación de armas, y las fuerzas de la Unión se apoderaron de varios puntos claves en la costa, desde el Cabo Hatteras hasta Nueva Orleáns. Hacia 1863, el norte se había apoderado también de todo el Valle del Mississippi, con lo que separaron a Texas, Arkansas y Luisiana de la Confederación. Los ejércitos de la Confederación lucharon brillante y desesperadamente al mando de Robert E. Lee, que fue el jefe militar más notable de la guerra, pero la superioridad en hombres y material del norte dio finalmente la victoria a las fuerzas de la Unión, al mando del general Ulysses S. Grant, en los primeros meses de 1865.

El 14 de abril de 1865, Abraham Lincoln fue asesinado por un fanático sureño, poco después de haber iniciado su segundo periodo. Su talla de estadista había ido creciendo constantemente a lo largo de los años de guerra y estaba destinado a ocupar un lugar, junto a Washington, en la memoria y el afecto del pueblo norteamericano. Sus humildes orígenes, su apariencia enjuta y sencilla, su dominio de un estilo inglés que oscilaba entre el humor rústico del habitante de la "frontera" hasta la majestuosa elocuencia bíblica, la rara combinación de compasión, sagacidad, fe, humildad y gran-

deza que constituía su carácter hizo de Lincoln un símbolo perdurable del ideal democrático. Pasó a ocupar su lugar en la historia en el momento de la victoria, habiendo salvado a la Unión y emancipado a los esclavos con su proclamación. Su sucesor, Andrew Johnson heredó los amargos y agobiantes problemas de la reconstrucción y tuvo que luchar con pasiones y prejuicios, incubados por la guerra, que todavía no se habían calmado. El primer acto de Johnson, después de la capitulación de las últimas fuerzas confederadas, fue proclamar una amnistía general para todas las personas, comunes y corrientes, que tomaron parte en la rebelión. (29 de mayo de 1865.) Seis meses más tarde se añadió a la constitución una treceava enmienda, que disponía que ni la esclavitud, ni el servicio involuntario, salvo como castigo por un crimen del que se haya encontrado debidamente culpable al afectado, existieran en los Estados Unidos, o en cualquier lugar sujeto a su jurisdicción.

La guerra civil norteamericana fue el primer gran conflicto en el que los ferrocarriles contribuyeron a decidir el resultado y la industria mecanizada reveló su sorprendente potencialidad para la producción de guerra. Observadores militares europeos aprendieron importantes lecciones acerca del efecto de la artillería de muesca espiral (que hizo caer en desuso a muchos fuertes existentes), de la importancia del poderío naval y del bloqueo marítimo, y de los colosales problemas de transporte y suministro que tenían que resolverse cuando se ponía en pie de guerra a cerca de 1 000 000 de hombres. El costo de la guerra en hombres y dinero, también proporcionó desagradables advertencias, porque las bajas totales, de ambos bandos, llegaron casi al medio millón; la deuda federal aumentó cuarenta veces en cuatro años; y la derrota dejó devastados y postrados a los estados del sur, mientras que la moneda de la Confederación se redujo a papel sin valor.



Es un curioso comentario acerca de la parcialidad de la mayoría de los observadores europeos, el que ignoraran casi por completo una segunda y sangrienta guerra que asoló a otra república americana en la década de 1860. El estado militarista del Paraguay, nación que tenía un poco más de 1 000 000 de habitantes y estaba gobernada por el ambicioso dictador, Francisco Solano López, declaró la guerra a Brasil, Argentina y Uruguay en 1865. La lucha de cinco años aniquiló virtualmente al pueblo paraguayo. Aunque no se conocen cifras exactas, es probable que las batallas, represalias, enfermedades y hambre produjeran cerca de tres cuartos de millón de muertos. Hacia 1870, se estimaba que los paraguayos sobrevivientes sumaban 28 000 hombres y 200 000 mujeres, o sea, una desproporción de 1 a 7. La república, despojada de su potencial humano, su riqueza, y la mitad de su territorio, nunca se recuperó de las terribles pérdidas de la Guerra de los Aliados.

En la mayor parte de la América Latina, las décadas posteriores a 1850 presenciaron el espectáculo habitual de disputas fronterizas, guerras civiles y golpes militares. Los problemas de la centralización contra el federalismo, de la dictadura contra el parlamentarismo, del clericalismo contra el secularismo y de los peones contra los terratenientes, no encontraron soluciones estables o duraderas. Los estados más tranquilos fueron el Imperio del Brasil, donde un vástago de la casa real portuguesa, Pedro II, mantuvo el orden a lo largo de un prolongado reinado (1831-89), y Chile, donde la democracia hizo progresos moderados por obra de presidentes liberales.

En la historia de México de estos años hubo un breve y trágico capítulo, influido en parte por la guerra civil contemporánea en los Estados Unidos. El pintoresco dictador, Antonio López de Santa Anna, fue derrocado por un grupo de reformadores liberales, en 1855, y un organizador notablemente capaz, de sangre india, Benito

Juárez, se puso a la cabeza. Durante tres años (1858-1861) Juárez libró la Guerra de Reforma, que tenía como metas la secularización de la propiedad de la Iglesia, la reducción de los privilegios militares y el mejoramiento de las condiciones en que vivían los peones. Fue elegido presidente de la república en 1861; pero su negativa a la aceptación de los préstamos e inversiones extranjeras trajo como consecuencia la intervención de una potencia europea, que estimó oportuno ignorar la Doctrina Monroe mientras los Estados Unidos estuviesen debilitados por una guerra civil. Napoleón III envió una fuerza militar, predominantemente francesa, que entró en la ciudad de México y fundó un imperio (1864-67), cuya cabeza fue un archiduque de la casa de Austria que tomó el título de Maximiliano I, Emperador de México. Al derrumbarse la causa de la Confederación en 1865, el Departamento de Estado de Washington insistió en que los Estados Unidos no reconocerían a Maximiliano y exigió el retiro de las tropas extranjeras de México. Napoleón III se alarmó por los acontecimientos en Europa (era inminente la guerra austro-prusiana), y le había decepcionado que Maximiliano no hubiese podido liquidar la deuda de mil millones de francos contraída por la insolvente tesorería mexicana. En consecuencia, mandó regresar a las fuerzas francesas en 1866; Maximiliano se quedó, para ser capturado y ejecutado (19 de junio de 1867); y Juárez recuperó el poder. Este resultado demostró que los Estados Unidos estaban dispuestos a hacer cumplir la Doctrina Monroe, desacreditó a los franceses y dejó a México por resolver los permanentes problemas de la Iglesia, la reforma agraria, el militarismo y las deudas extranjeras pendientes.

Como los mexicanos, el pueblo de las provincias del Canadá sintió indirectamente las repercusiones de la Guerra Civil norteamericana. El comercio canadiense de exportación a los Estados Unidos se elevó rápidamente durante los años de 1861-65, estimulado por las demandas de la guerra y por un acuerdo de reciprocidad previamente concertado en 1854. Cuando los Estados Unidos abrogaron este tratado, en 1866, la dislocación de su economía precipitó a los canadienses sobre su propio mercado. También les perturbó la cesión rusa de Alaska a los Estados Unidos (1867), el poderío militar de su vecino del sur y los grupos de irlandeses norteamericanos (fenianos) que atacaron a algunos poblados de la frontera canadiense para ejercer presión sobre el Parlamento Inglés en pro de la libertad de Irlanda. Dándose cuenta de que una política uniforme entre sus diversas provincias ofrecería la mejor respuesta a los problemas de defensa, desarrollo económico, comunicación interior e inmigración, los canadienses decidieron establecer un gobierno federal, y se creó el Dominio del Canadá mediante el Acta de la América del Norte Inglesa promulgada por el Parlamento Inglés en 1867. La promesa de que se establecerían redes ferroviarias contribuyó a atraer a las provincias más remotas; Nueva Escocia y Nueva Brunswick se sumaron en 1867, Manitoba, en 1870, y la Columbia Británica en 1869. El gobierno del nuevo Dominio del Canadá estaba constituido por un senado y una cámara baja, con un gobernador general que representaba a la corona británica. De esta forma, Canadá pasó a ocupar su lugar como el primer Dominio autónomo de la Comunidad Británica de Naciones, siendo un país de más de 3 000 000 de habitantes, con una superficie (todavía parcialmente inexplorada) que más tarde se estimó en 3 000 000 de millas cuadradas.

Durante los años de 1848-67, así en América como en Europa, el movimiento hacia la creación de naciones apareció y reapareció como la tendencia política dominante del periodo. Desde la revuelta húngara hasta el holocausto paraguayo, las luchas más sanguinarias fueron

expresión de este deseo de fundar o de ampliar un estado nacional. La expansión rusa por el Cercano Oriente trajo como consecuencia la Guerra de Crimea de 1854-1856, el espíritu del *risorgimento* encendió la guerra italiana de 1859: las aspiraciones nacionalistas dieron lugar a la revuelta de los polacos en 1863; el deseo de los monarcas daneses de consolidar su reino provocó la guerra danesa de 1864; los planes prusianos para la unificación de las Alemanias precipitaron la guerra austro-prusiana de 1866. La exasperación que llevó al sur de los Estados Unidos a separarse de la Unión, en 1861, fue menos poderosa que la voluntad de la mayoría de la nación que quería conservar la unión. Tanto si las demandas de independencia o de expansión fueron frustradas por fuerzas superiores, como en el caso de los húngaros, los rusos, los polacos, los estados de la Confederación y la República Paraguaya, como si venció el propósito de unidad, como en Italia, Alemania, los Estados Unidos y Canadá, este deseo de forjar, o de conservar un estado nacional, se manifestó como el impulso más poderoso y apremiante que agitó al mundo occidental.

El segundo principio político que dio forma a la era, el principio de la democracia parlamentaria, avanzó más vacilantemente y dentro de límites más estrechos. En Inglaterra, hizo progresos considerables; en Italia, la Confederación del Norte de Alemania y el Imperio austriaco, el gobierno representativo obtuvo un reconocimiento inestable; en Holanda, Dinamarca, Suecia, Suiza y Grecia, reformas constitucionales redujeron las prerrogativas de los gobernantes e incrementaron el poder de las cámaras populares. Pero en Francia, la república democrática de 1848 se había transformado en una verdadera dictadura hacia 1852; y en Rusia, el régimen autocrático se había suavizado ligeramente tan sólo, gracias a las concesiones de Alejandro II. Las dos reformas más notables, de esta era de reformas, que alteraron la situación legal de más de 50 000 000 de seres humanos fueron la emancipación de 47 000 000 de siervos rusos y de más de 5 000 000 de esclavos negros norteamericanos. Fueron éstos triunfos notables, cuyo camino había preparado el desarrollo de los sentimientos humanitarios. La esclavitud fue abolida en las Colonias inglesas en 1873, en las francesas en 1848, en las Indias Orientales holandesas después de 1863, y en las posesiones portuguesas entre 1858 y 1878. Los gobiernos latinoamericanos se adelantaron o imitaron el ejemplo europeo: Colombia paulatinamente desde 1821, México en 1829, Argentina en 1853, Venezuela en 1854, Perú en 1856 y Brasil en 1871-88.



El progreso de la técnica occidental en el periodo 1848-67 se caracterizó por notables mejoras en materia de comunicaciones, metalurgia y armas militares, un adecuado coro de yunques para servir de música de fondo a una edad que se caracterizó por guerras frecuentes y costosas. Las líneas ferroviarias y telegráficas se ramificaron rápidamente. El primer telégrafo eléctrico submarino se tendió entre Dover y Calais, en 1851; seis años más tarde se completó un cable transatlántico, pero no se estableció un servicio permanente hasta 1866. Las urgentes demandas de acero y metal para cañones mejores y más baratos llevaron a Henry Bessemer a descubrir un método para descarbonizar el hierro dulce fundido en un horno de oxidación (1856). Diez años más tarde, el horno de gas regenerador, mejorado por William Siemens en Inglaterra, y Pierre Martin, en Francia, extendió el uso del proceso del horno de reverbero e inició una verdadera era del acero. El primer barco de guerra acorazado fue construido para Napoleón III en 1859, y la Guerra Civil de los Estados Unidos proporcionó la primera prueba efectiva de las corazas navales en el histórico duelo sostenido entre el *Monitor* de la armada de

los Estados del Norte y el *Merrimac* de la flota de la Confederación, el 9 de marzo de 1862. Los mejoramientos de las armas abarcaron el rayado de la artillería y de las armas pequeñas (1855), la invención del rifle de repetición (1860), de la ametralladora (1862) y del primer torpedo locomotor eficaz (1866).

En el mundo intelectual, el acontecimiento más importante de la época fue la publicación de la obra clásica de Charles Darwin, *On the Origin of Species by Means of Natural Selection*, en 1859. La teoría de Darwin reforzó las corrientes naturalistas del pensamiento contemporáneo y estuvo destinada a influir no sólo en las reflexiones científicas, sino también en el pensamiento social, histórico, filosófico y religioso de la siguiente generación. Pero una teoría que emparentaba al hombre biológicamente con los monos antropoides era demasiado repugnante y revolucionaria como para que se la aceptara rápidamente, y la gran mayoría de la gente en Inglaterra y otras partes compartió la opinión de Disraeli cuando declaró, en 1864:

"¿Cuál es la pregunta que se hace ahora la sociedad, con una voluble seguridad, que para mí es lo más sorprendente? Esa pregunta es la de: ¿El hombre es mono o ángel? Yo, señor, me pongo del lado de los ángeles. Repudio con indignación y asco esas novedosísimas teorías."

## IV. MATERIALISMO CIENTÍFICO Y *REALPOLITIK* (1867–81)

La transformación de Italia y de Alemania en estados nacionales alteró el mapa de Europa y desplazó el equilibrio del poder. Casi a mitad del camino entre 1815 y 1914, este clímax de la creación de naciones separó al siglo XIX en dos mitades, siendo el año de 1867 una especie de divisoria de aguas que separó a la nueva Europa de la antigua. Pero las crisis políticas y militares no fueron la única causa de la importante demarcación. Hubo tendencias más profundas, menos rápidas y dramáticas, pero más animadas de propósito que transformaron constantemente la herencia europea y cobraron impulso cuando pasó la racha de las guerras a mediados de siglo.

A primera vista, la segunda mitad del siglo XIX parece diferenciarse tan marcadamente de la anterior que los contrastes son más significativos que las continuidades. Hacia 1867, el estado nacional, centralizado y territorial, se había convertido en la forma política triunfante de la edad; el antiguo ideal federal había caído en descrédito; y el Concierto de Europa se había colocado en el limbo reservado a las ficciones diplomáticas. Una revolución técnica estaba reformando los fundamentos económicos de la sociedad europea y norteamericana. La industria reemplazó a la agricultura, en calidad de primordial actividad económica del mundo occidental, y los habitantes de la ciudad sobrepasaron en número, y en las votaciones, a la población rural. El nuevo industrialismo dio impulso a un nuevo imperialismo, y la producción de las fábricas creó los artículos y las armas que permitieron a las grandes potencias competir en el comercio de un planeta que se iba reduciendo. En todos los niveles de la sociedad occidental, la creciente pros-

peridad material fue aceptada como la vara de medir el progreso, y el pensamiento de la era acogió los dogmas del materialismo científico y de la *Realpolitik*. El prestigio de los sacerdotes y de los filósofos se eclipsó ante los hombres de ciencia y el insustancial desfile del ocaso romántico fue seguido por la fría alborada de la filosofía positivista y del arte realista.

En los 14 años transcurridos entre 1867 y 1881, esta nueva Europa se fortaleció en la definitiva matriz política que habría de conservar hasta la primera Guerra Mundial. El hecho sobresaliente de la nueva configuración internacional fue la ascensión de Alemania. A lo largo de la primera mitad del siglo XIX cuatro grandes potencias, Austria, Rusia, Prusia y Francia habían dominado el continente, mientras Inglaterra se había mantenido aparte; pero después de 1867, este cuadrilateral equilibrio del poder fue una cosa del pasado. La unificación política de Italia (1859-61) añadió un nuevo Estado que, por su superficie y su población, al menos, constituía una quinta gran potencia, y la creación de la Confederación del Norte de Alemania (1867) duplicó la fuerza y la influencia de Prusia. Para Francia, la consolidación de Italia y de Alemania constituía un riesgo ominoso, pues significaba que, en lo sucesivo, dos potencias de primera clase harían presión sobre las fronteras francesas, allí donde antes habían existido solamente estados de importancia secundaria. La formación de la Confederación del Norte de Alemania desplazó el centro diplomático y militar de Europa de París a Berlín, y los que no supieron aprender correctamente esta lección la aprendieron pronto en forma terrible y dramática.

En el verano de 1870, las Cortes españolas invitaron al príncipe alemán, Leopoldo de Hohenzollern-Sigmaringen, a sentarse en el trono del país. Dos años antes, una insurrección liberal había expulsado a la incapaz Isabel II e inaugurado un periodo de experimentos e in-



estabilidad en España que no habría de terminar hasta que el hijo de Isabel fue coronado en 1875, con el nombre de Alfonso XII. La invitación a Leopoldo fue una simple componenda, pero cuando las noticias de la misma llegaron a París, en julio de 1870, despertaron un profundo descontento. Los consejeros que rodeaban a Napoleón III previeron una alianza hispanoprusiana, y el embajador francés en Berlín, Vincent Benedetti, recibió instrucciones de insistir en el sentido de que Leopoldo debía rechazar la corona ofrecida. Así se hizo, pero el arreglo no logró aminorar el resentimiento francés. En una entrevista, Benedetti le pidió a Guillermo I mayores garantías y disculpas, pero no tuvo éxito. Bismarck publicó un relato de la entrevista, escrito con brusquedad (el telegrama de Ems), lo cual agudizó el antagonismo de ambos bandos y el Consejo de Ministros de Francia decidió que Prusia debía ser humillada, aun a riesgo de producir una guerra. Confiando en infundadas seguridades de ayuda austriaca e italiana, las cámaras aprobaron una ruptura de hostilidades (19 de julio), mientras el populacho parisiense se echó a la calle gritando "¡A Berlín!"

La guerra franco-prusiana duró seis meses y fue una aplastante derrota para los franceses. No llegó ayuda de Italia; el gobierno de Victor Emmanuel aprovechó la oportunidad producida por el retiro de las tropas francesas de Roma para ocupar la Ciudad Eterna. Los austriacos esperaron (como lo habían hecho los franceses en 1866) hasta que hubo pasado la oportunidad de una intervención efectiva. La corte rusa observó una benévola neutralidad con Prusia, y recibió de buen grado la distracción creada por la derrota de Francia, porque le permitió desatender las restricciones impuestas por el Tratado de París, de 14 años antes, y volver a fortificar las bases del Mar Negro. En Londres, el gabinete liberal encabezado por Gladstone se dio por satisfecho con

las promesas francesas y prusianas de que se respetaría la neutralidad de Bélgica. Bismarck publicó las demandas imprudentes de territorio belga, o de las riberas del Rin, que Napoleón le había hecho en 1866, revelación que debilitó la simpatía que pudieran tener los ingleses por Francia, e hizo que los Estados alemanes del sur y del norte se sumaran a la causa prusiana. El 2 de septiembre de 1870, Napoleón fue obligado a capitular en Sedán, con 100 000 hombres, en tanto que un segundo ejército francés, de 173 000 hombres, al mando del mariscal Bazaine, se rindió en Metz, el 27 de octubre.

Las nuevas de Sedán derrocaron al Segundo Imperio. En París, jefes republicanos, encabezados por el enérgico Leon Gambetta, proclamaron un Gobierno de Defensa Nacional. Pero la guerra ya se había perdido y los esfuerzos heroicos para reclutar nuevos ejércitos franceses prolongaron la lucha sin alterar la decisión. Fuerzas alemanas rodearon París y el hambre obligó a la ciudad a rendirse el 28 de enero de 1871. Dos semanas más tarde, una Asamblea nacional francesa, recientemente elegida, se reunió en Burdeos y votó en favor de la paz. Por el Tratado de Francfort (10 de mayo de 1871) Francia cedió Alsacia y parte de Lorena, y se comprometió a pagar una indemnización de 5 mil millones de francos.

Los trágicos acontecimientos del "año terrible" no habían terminado. Los jefes radicales en París denunciaron a la Asamblea "reaccionaria" que había concertado una paz humillante, y la Guardia Nacional Parisiense se negó a entregar las armas. La Asamblea, que se había trasladado a Versalles, decidió someter a la capital rebelde, y Adolphe Thiers, elegido jefe del poder ejecutivo, aceleró el ataque, bajo la mirada de los victoriosos alemanes. No hubo unidad de propósito o de mando en la "Comuna" de París, y su resistencia se quebrantó des-



pués de semanas de sangrientas luchas que concluyeron en una ciega matanza y atroces represalias. En junio, Thiers había restaurado el orden en París a costa de 10 000 o 20 000 vidas.

La Tercera República Francesa, nacida en una hora de derrota nacional, sobrevivió casi por casualidad a las vicisitudes de su primer periodo. Durante cinco años, la Asamblea precipitadamente elegida en 1871 se aferró al poder; la mayoría de los miembros eran monárquicos pero no se supieron unir tras un pretendiente legitimista, orleanista o bonapartista y una elección general, en 1876, dio a los republicanos una mayoría en la Cámara de Diputados. Tres años más tarde, dominaron también el Senado. El mariscal Mac-Mahon (que había sustituido a Thiers en 1873) renunció, y los representantes nacionales eligieron para sucederle a un republicano seguro, Jules Grévy. Por tanto, hacia 1879, la Tercera República Francesa quedó consolidada como un régimen burgués medianamente estable. Habría de sobrevivir hasta 1940, y fue el gobierno más duradero que el pueblo francés conoció desde el colapso de la antigua monarquía en la Revolución de 1789.

La guerra franco-prusiana, que hizo de Francia una república, convirtió a Alemania en imperio. Los príncipes alemanes más importantes proclamaron a Guillermo I de Prusia emperador alemán, en el palacio de Luis XIV, en Versalles (19 de enero de 1871), mientras los cañones de París, a unos pocos kilómetros de distancia, disparaban las últimas andanadas desesperadas. Bismarck había calculado, acertadamente, que una victoria común sobre un antiguo enemigo fundiría en unidad a la nación alemana. Por su estructura, el nuevo imperio fue una extensión de la Confederación del Norte de Alemania de 1867, a la que se habían añadido los cuatro estados alemanes del sur (Baviera, Würtemberg, Baden y Hesse-Darmstadt). El Bundesrat y el Reichstag impe-

riales se reunieron en Berlín, mientras que Bismarck mantuvo su posición de canciller del nuevo Reich. Su prestigio era casi inexpugnable. Al mando de él, Prusia había ganado tres guerras en siete años, puesto término a la intervención danesa, austriaca y francesa en los asuntos alemanes y creado un imperio alemán de 41 000 000 de habitantes, que era el estado militar más poderoso de Europa.

Después de 1871, Bismarck dirigió su principal atención a la política interna, esforzándose por consolidar el imperio al que había dado forma. Durante ocho años, libró una lucha con los alemanes católicos, porque creía que era esencial reducir la influencia de las órdenes y del clero católico, especialmente en materia de educación. Pero la persecución no logró sus propósitos, y el partido del centro, a través del cual los católicos defendieron su influencia religiosa y política, se hizo más fuerte bajo el ataque. Entretanto, el socialismo también estaba ganando terreno, hasta que, hacia 1878, Bismarck lo consideró como un peligro mayor que el catolicismo. Por tanto, aflojó en su lucha (*Kulturkampf*) contra la Iglesia católica, abrió negociaciones con el nuevo Papa, León XIII, y solicitó el apoyo del partido del centro. Había decidido lanzarse a un cambio radical de política.

Mientras estaba forjando el Imperio, Bismarck se había apoyado en los liberales nacionales, habiendo descubierto que los grupos de negociantes y profesionales de la clase media, le prestaban su apoyo leal. Los liberales nacionales favorecían la unidad alemana, pero también pedían libertad de expresión, libertad de prensa, libre comercio y un gobierno parlamentario responsable. Cuando Bismarck rompió con ellos, después de 1878, retrocedió a la posición conservadora que le era más natural; calló a la prensa, reprimió a los socialistas y adoptó un arancel proteccionista. Este cambio radi-



cal agradó a los terratenientes prusianos y a los grandes industriales, pero "dio marcha atrás al reloj" y dividió las fuerzas de los liberales nacionales. Hacia 1879, el nuevo Reich alemán se reveló como un estado militarista, industrializado, autoritario, en el que poderosos grupos conservadores dominaban el régimen tras una fachada de gobierno representativo. En Francia, casi al mismo tiempo, la Tercera República cobró forma definitiva como democracia parlamentaria burguesa, en la que el poder ejecutivo y los grupos conservadores (católicos, monárquicos, militares) estaban sujetos a la voluntad del Parlamento. Así, desde San Petersburgo hasta París, la gama política de Europa iba desde la autocracia al parlamentarismo, preservando las gradaciones que la habían distinguido desde el Congreso de Viena.

En Inglaterra, la elección de 1868 llevó a los liberales al poder bajo la dirección de William Ewart Gladstone. Este devoto y humanitario estadista dedicó su primer ministerio a la política interior, a la reforma de la educación, de la judicatura y del ejército. Pero la cuestión más cara a su corazón era la antigua y envenenada Cuestión Irlandesa. "Mi misión —anunció— es pacificar Irlanda", y trabajó esforzadamente por lograrlo, dentro y fuera del ministerio, durante cerca de treinta años. Las quejas de los irlandeses contra Inglaterra tenían una triple raíz: religiosa, económica y política. En 1869, Gladstone separó a la Iglesia (Episcopal) del Estado, liberando a los irlandeses de la obligación de sostener una Iglesia a la que no asistían. En 1870, una Ley irlandesa de tierras mejoró la suerte de los arrendatarios irlandeses, pero no logró proporcionar la renta justa, la posesión fija y la venta libre que exigía la Liga de los derechos de los arrendatarios. La agitación irlandesa y la violencia agraria persistieron y el resentimiento de los terratenientes irlandeses y del clero

anglicano frenaron las esperanzas de nuevas reformas. En 1874, los conservadores ganaron las elecciones.

En su calidad de primer ministro conservador, durante los siguientes seis años, Benjamin Disraeli deslumbró a los ingleses con una política exterior que hacía recordar la era de Palmerston. Su compra al Jedive de Egipto de acciones del Canal de Suez (1875) dio a Inglaterra dominio parcial de aquella vía acuática vital que había sido terminada en 1869 por iniciativa de Francia. En 1876, un Acta declaró a la reina Victoria "Emperatriz de la India", y la halagada soberana nombró a Disraeli, Duque de Beaconsfield. Pero la reanudación del imperialismo trajo consigo riesgos e inconvenientes. En Egipto, Inglaterra y Francia asumieron una responsabilidad conjunta para rectificar las finanzas del Jedive; pero el condominio terminó dejando sola a Inglaterra. En 1877 los ingleses se anexaron la República Surafricana (rompiendo un pacto anterior con los colonos holandeses) y provocaron la rebelión de los boers de Transvaal, lo cual se complicó con las guerras de los cafres y los zulúes. En la India, una segunda guerra afghana estalló en 1878. Sin embargo, éstas eran amenazas lejanas y periféricas. La crisis real en los asuntos extranjeros, durante el segundo ministerio de Disraeli, fue la reanudación de la tensión anglo-rusa por la cuestión del Cercano Oriente. Puso a las dos potencias al borde de la guerra, que, sin embargo, pudieron evitar.

Una salida libre al mar Mediterráneo, o al océano Índico, era la meta lógica del imperialismo ruso, pero significaba subyugar a Turquía o a Persia. Hacia 1870, todo parecía indicar que estaban resurgiendo las ambiciones rusas de conquista. Se rechazaron las restricciones impuestas después de la Guerra de Crimea, dejáronse sin hacer las reformas internas, y los funcionarios de Alejandro se dispusieron a reorganizar el ejército y a ampliar el programa de entrenamiento militar. Los Balcanes hervían en inquietud; insurrecciones contra el mal gobierno turco estallaron en Herzegovina y Bosnia en 1875, se propagaron a Serbia y después pasaron a Bulgaria (1876), levantamiento que fue sofocado criminalmente por los turcos irregulares (las "Atrocidades búlgaras"). Rusia ya no pudo contenerse y hacia 1877 las tropas del zar avanzaban sobre Constantinopla, donde la flota inglesa del Mediterráneo ancló, en febrero de 1878, para anticiparse a ellos. Una vez más, los rusos se habían propasado, porque las condiciones de paz que consiguieron de los turcos fueron rechazadas por Inglaterra y Austria. Con profundo desagrado, Alejandro II aceptó llevar toda la cuestión balcánica ante una conferencia general internacional.



El Congreso de Berlín de 1878 fue la asamblea diplomática más notable después de la que se había reunido en Viena, sesenta y tres años antes. Las seis grandes potencias europeas estuvieron representadas y el acuerdo fue un ejemplo característico de recíproca compensación. Rusia conservó Besarabia meridional, Batum, Kars y Ardahan. Austria recibió un mandato para ocupar Bosnia y Herzegovina. Inglaterra ocupó Chipre. Grecia obtuvo Tesalia, y Bulgaria fue declarada en parte autónoma y en parte tributaria. Serbia, Rumanía y Montenegro se declararon independientes. Los franceses (que todavía no se habían recuperado de su derrota de 1870) se contentaron con la promesa de que se les daría Túnez y los italianos con promesas todavía más vagas respecto de Albania. Disraeli y Salisbury volvieron de Berlín con el anuncio de que habían alcanzado la paz con honor, pero acontecimientos subsecuentes arrojaron dudas sobre sus aciertos políticos. Al extender la influencia austriaca por los Balcanes, prepararon el camino para el *Drang nach Osten* austro-alemán. Pero ninguna premonición de este futuro peligro apagó el estado de ánimo jingoísta que se apoderó del público inglés en julio de

1878. Era la hora de Disraeli, tanto más dulce, cuanto que los rusos padecían amarga frustración.

En San Petersburgo, la prensa reflejó un hondo resentimiento oficial por los arreglos de Berlín, pero fue dirigido, un tanto ilógicamente, contra Bismarck, y no contra Disraeli. Los rusos se consideraron víctimas de la ingratitud de sus vecinos. Habían ayudado a la monarquía Habsburgo en 1848, y, sin embargo, Austria había favorecido a Francia y a Inglaterra en la Guerra de Crimea; habían adoptado una neutralidad benevolente hacia Prusia en 1870-71, y, no obstante, en el Congreso de Berlín, Bismarck se había quedado inactivo mientras les robaban sus conquistas turcas. Parecía una retribución miserable por tanto altruismo y Alejandro II envió un acalorado reproche a Guillermo I. Bismarck esperó que la indignación rusa se habría de apagar sola, pero no perdió tiempo en explicaciones ni en sentir remordimientos. Dirigiéndose a Viena, concertó una alianza austro-alemana (1879) que en esencia era un pacto defensivo contra Rusia, Francia o contra ambas. Después, cuando las relaciones entre Berlín y San Petersburgo mejoraron de nuevo, las potencias orientales reafirmaron su anterior amistad y Prusia, Austria y Rusia concertaron un acuerdo secreto que se conoce con el apropiado nombre de la Liga de los tres emperadores (1881). Si cualquiera de los participantes entraba en guerra con una cuarta potencia (salvo Turquía) los otros dos quedaban en amistosa neutralidad. La Liga de los tres emperadores era renovable cada tercer año; caducaba en una década; y su principal interés estribaba en la clave que ofrece para descifrar la "pesadilla de coalición" (de la que padecía Bismarck), que podría formarse contra Alemania. Si hubiese podido hubiera convertido a Inglaterra en potencia neutral, mediante una diplomacia semejante. En 1882, logró incorporar a Italia al acuerdo austro-alemán, transformando en triple, la dual alianza.



Para Alemania, el valor de este complicado y negativo sistema de Bismarck fue el de dejar aislada a Francia. Si los chauvinistas franceses emprendían una guerra de revancha, para reconquistar Alsacia-Lorena, tendrían que pelear solos.

Durante dos décadas, después de 1878, las tensiones internacionales en Europa propendieron a suavizarse. Esta disminución de las presiones en las cercanías de sus fronteras permitió a las grandes potencias una mayor libertad de acción en ultramar, y los últimos veinte años del siglo XIX las hallaron compitiendo más activamente por regiones no discutidas de Asia y de África. Después de 1900, cuando casi toda África y las partes más vulnerables de Asia habían sido incorporadas, la presión internacional en Europa aumentó una vez más. En el último capítulo examinaré con mayor detalle estos acontecimientos.

Al otro lado del Atlántico, los Estados Unidos, como las principales potencias europeas, cobró su aspecto moderno en las décadas que siguieron a 1865. La Guerra de Secesión había dado al aparato industrial un extraordinario impulso y había acelerado la construcción de las líneas de ferrocarril y de telégrafo. El primer ferrocarril transcontinental, desde el Atlántico hasta el Pacífico, se terminó en 1869; en el plazo de veinte años se terminaron otros tres. Hacia 1876, vagones frigoríficos llevaban carne congelada de Kansas City a Nueva York, donde barcos refrigeradores la cargaban con destino a Europa. El alambre de púas conquistó las Grandes Llanuras, separó a los ganados y protegió a las tierras productoras de cereales, y para moler las crecientes cosechas de trigo se inventaron rodillos de acero enfriados. La integración de la economía norteamericana y su expansión hasta alcanzar los márgenes de un mercado continental, fueron el desenvolvimiento más dinámico de la era de la Reconstrucción: el "Big Business" norteame-

ricano saltó de su cuna con tendones de acero y un apetito de gigante. Los sueldos elevados estimularon la introducción de maquinaria; había escasez de mano de obra, aunque la población estaba aumentando en proporción inaudita. Hacia 1880, la nación norteamericana tenía más de 50 000 000 de habitantes, con lo que superaba en población a cualquier gran potencia de aquel tiempo, salvo a Rusia.

Esta fenomenal prosperidad económica norteamericana influyó tan fuertemente sobre las instituciones democráticas, que estuvo a punto de destrozarlas. Los agricultores del Oeste estaban indignados por las injustas prácticas monopolistas de los ferrocarriles y de los molinos de trigo, y buscaron en vano una legislación que los metiera en cintura. Las legislaturas de los Estados eran sobornadas, y la administración del presidente Grant quedó desfigurada por denuncias de corrupción que expulsaron de sus cargos a miembros del Congreso y obligaron a renunciar a miembros del gabinete. Finalmente, la inflación y la expansión excesiva, cobraron su parte, y en 1873 un pánico estremeció a los centros financieros de los Estados Unidos y de Europa, reflejando (como había ocurrido en el pánico anterior de 1857) la creciente dependencia recíproca de la economía internacional. Pero el vigor de la economía norteamericana quedó evidenciado por su formidable recuperación. Europa necesitaba los productos agrícolas del Nuevo Mundo, el oro afluyó hacia los Estados Unidos y en 1879 la Tesorería reanudó los pagos en especie.

En el Dominio del Canadá, unificado por el Acta de Confederación de 1867, la década subsecuente no presenció cambios radicales. El descontento entre los mestizos de Manitoba los condujo a una rebelión, que fue fácilmente reprimida (1869-70). Los proyectos de construcción de un ferrocarril transcontinental zozobraron en escándalos políticos, hasta que un nuevo estatuto



organizó la compañía ferroviaria *Canadian Pacific* y la línea se terminó en 1885. Al igual que en los Estados Unidos, la población se desplazó hacia el Oeste y aumentó constantemente, alcanzando la cifra de 4 324 810 hacia 1881.

Para los pueblos latinoamericanos, el periodo produjo un notable conflicto, la Guerra del Pacífico (1879-83), en la que Chile derrotó a Perú y Bolivia, convirtiéndose con ello en la potencia dominante de la región de los Andes. Una rebelión de diez años en Cuba (que pertenecía todavía a la corona española) terminó en 1878 con promesas de reforma, que Madrid no cumplió. Los Estados Unidos, que habían solicitado antes la compra de la isla, no intervinieron, y cuando el pueblo de Haití pidió su anexión (1870) el Senado de los Estados Unidos mostró igual cautela al rechazar la proposición. Más sorprendente fue la actitud negativa de Washington, en 1878, cuando la república de Colombia concedió a una compañía francesa (encabezada por Fernando de Lesseps) un arriendo de 99 años. con derechos exclusivos para construir un canal interoceánico a través del Istmo de Panamá. No fue sino 20 años más tarde, después de que fracasó la compañía de De Lesseps y abortaron los planes para trazar un canal por Nicaragua, cuando el gobierno de los Estados Unidos emprendió la obra de Panamá con la convicción de que el "destino manifiesto" la exigía.

La iniciativa norteamericana demoró la apertura del canal, porque el pueblo de los Estados Unidos tardó en reconocer a su nación como una potencia en el Pacífico. El movimiento hacia el Oeste fue tan rápido que sobrepasó todo cálculo. En los estados de la costa occidental (Washington, Oregón y California) la población se multiplicó diez veces en 30 años. Hacia 1880 pasaba del millón. La presión norteamericana, naval y comercial, había comenzado a influir en los antiguos imperios del

Asia oriental una generación antes de que el pueblo norteamericano se hiciera cargo de esta nueva responsabilidad. El papel desempeñado por la armada de los Estados Unidos en el despertar del Japón fue un asombroso ejemplo de este incierto imperialismo.

Orgulloso, feudal y autosuficiente, el pueblo japonés había rechazado el contacto con los europeos desde la expulsión de los misioneros cristianos, a comienzos del siglo XVII. Salvo por un puesto comercial holandés, restringido, en Nagasaki, Japón permaneció aislado del resto del mundo hasta mediados del siglo XIX; pero después, esta política de exclusión fue abandonada con resultados sorprendentes. En 1853 y 1854, barcos de guerra norteamericanos visitaron la bahía de Yedo y el comodoro Matthew Calbraith Perry impulsó un tratado que abrió dos puertos japoneses al comercio norteamericano. Inglaterra, Rusia y Holanda no tardaron en obtener privilegios semejantes y la nobleza reinante del Japón se dividió por la cuestión de aceptar o de rechazar el intercambio con los extranjeros. La supremacía técnica occidental decidió la cuestión; en 1864, una expedición aliada de naves inglesas, francesas, holandesas y norteamericanas bombardeó las defensas japonesas en Shimonoseki; y en 1865 las cuatro potencias obtuvieron acuerdos comerciales más amplios. La demostración de las armas occidentales y su irresistible efecto produjeron una revolución en el pensamiento y en la política japoneses.

Durante generaciones, la autoridad del emperador del Japón (Mikado) había sido eclipsada por la del Shogún, funcionario hereditario con poderes extraordinarios. En 1868, un emperador joven, capaz y realista, Mutsuhito (1867-1912), reafirmó la dignidad imperial, trasladó su capital a Tokio e inauguró un nuevo periodo en la historia japonesa. El Shogun renunció, los señores feudales entregaron su poder semi-independiente y se abandonó oficialmente la xenofobia del



periodo anterior. En vez de rechazar todas las ideas occidentales, los estadistas del nuevo régimen imitaron y adoptaron instituciones occidentales. La armada japonesa se reformó tomando como modelo a la de Inglaterra; los jefes del ejército estudiaron y adoptaron métodos prusianos; los educadores imitaron las prácticas norteamericanas. Los tribunales y los códigos japoneses introdujeron procedimientos franceses y alemanes. Una nueva legislación fue aprobada, constitucionalmente, por una Dieta elegida y una Cámara de Pares semejante a los parlamentos europeos. Notable fue igualmente la rápida reorganización de la industria japonesa. Se enviaron estudiantes al exterior para observar y dominar los métodos económicos occidentales, y regresaron para planear en su patria ferrocarriles, astilleros, fábricas, bancos, hoteles, almacenes y periódicos. Rara vez en la historia una nación se dedicó a una imitación tan activa desde que los propios japoneses adoptaran la cultura y las costumbres chinas 15 siglos antes. Los europeos observaron el furioso despertar del reino isleño con una divertida tolerancia, y Arthur Sullivan y W. S. Gilbert, en su opereta *El Mikado* (1885), crearon un cuadro mítico del Japón, que fue fuente de diversión inocente. El despertar de Europa, al percatarse del significado real de la revolución japonesa, habría de llegar más tarde.

La característica más notable que los japoneses tomaron de Europa, y el problema que el siglo XIX dejó planteado al siglo XX para que éste lo resolviera, fue el de una desbocada tecnología. La era del vapor y del acero, de una economía del carbón y una producción mecánica cumplió su primer centenario en el mundo occidental alrededor de 1870. El siglo anterior había presenciado la existencia de una sociedad agrícola y comercial que se iba transformando por la dinámica del industrialismo. La calificación de "Revolución indus-

trial", que frecuentemente se aplica a esta transformación social y económica, dista mucho de ser satisfactoria aunque se ha conservado a falta de un calificativo más exacto. El hecho capital del resurgimiento de la industria del siglo XIX no fue la invención de la maquinaria (anteriormente se habían perfeccionado máquinas de excepcional ingenio y flexibilidad), sino la aplicación de una barata y abundante fuente de energía al trabajo de las máquinas. Una libra de carbón, cuando se consumía eficazmente, rendía más energía que la que gasta un ser humano en un día de trabajo, y la máquina de vapor era un servidor más seguro que las antiguas máquinas movidas por viento, agua o fuerza animal. El ejemplo clásico de la expansión a que podía dar lugar la maquinaria movida por la nueva fuente de energía, fue la revolución que se produjo en la industria textil inglesa. En la década de 1810-20 esta industria daba trabajo a 250 000 obreros, pero sólo 1 de cada 25 trabajaba en una fábrica. Sesenta años más tarde, el número de trabajadores era aproximadamente el mismo, pero por aquella época todos habían abandonado los telares familiares y habían marchado a trabajar a las fábricas. La revolución social y ambiental que absorbió a estos obreros textiles y a los que dependían de ellos había producido, inevitablemente, cambios significativos y a menudo perjudiciales en su modo de vida. Pero éste no fue el hecho más importante de la transición a la producción mecánica. La consideración que dio origen al cambio que condujo al sistema de fábricas fue el hecho de que multiplicó por doce la producción por obrero. Hacia 1880, el mismo número de obreros textiles (aproximadamente 250 000) utilizando máquinas movidas por energía mecánica, producían tanta tela como hubieran tejido 3 000 000 de obreros trabajando en sus hogares.

La tasa de consumo de carbón prueba que en él se



fundó la moderna industria maquinista. Entre 1670 y 1770, la producción anual europea de carbón aumentó tres veces. Entre 1770 y 1880 (el siglo de la Revolución industrial) se multiplicó treinta veces. Pero este primer siglo de industrialismo, no obstante sus efectos impresionantes, e inclusive revolucionarios, no fue más que un prólogo. Después de 1870 (hasta que la primera Guerra Mundial dislocó la economía europea) el incremento de la producción de carbón, por término medio, en *cada década*, fue mayor que el incremento total del siglo anterior. Después de 1870, por lo tanto, se fue haciendo cada vez más evidente que la civilización occidental estaba engranada a una tecnología desbocada.

Tal salto violento en el progreso del industrialismo, después de que el movimiento se había venido acelerando constantemente durante un centenar de años, nos indica que, después de 1870, la economía occidental entró en una nueva fase, en una "Nueva revolución industrial". Indiscutiblemente, se produjo un aceleramiento del ritmo, una ampliación de la investigación y toda una pléyade de invenciones que determinaron la insólita expansión de la década de 1870. Antes de que terminara, los hombres de ciencia y los ingenieros habían comenzado a desafiar al reinado del Rey Carbón, al demostrar las posibilidades comerciales de otras dos fuentes de energía. En 1881, la producción de petróleo pasaba ya de 3 000 000 de toneladas anualmente, y la industria petrolera había nacido. Más importantes todavía eran las dínamos recientemente perfeccionadas de las plantas de energía eléctrica, que generaban corriente para el alumbrado público y otros usos comerciales. Comenzaba el alborear de la era del petróleo y de la electricidad, con sus increíbles instrumentos de fuerza y de precisión que habrían de transformar el nivel de vida del mundo occidental. La era que alboreaba

no podía menos de ser una edad industrial, pero resultó ser mucho más que esto. El rápido incremento de las fuerzas y potencialidades humanas, que deslumbró al hombre occidental en el último cuarto del siglo XIX, fue algo más que una segunda revolución industrial. Sería más exacto decir que la nueva era trajo consigo una revolución técnica, y, así, debería llamarse edad técnica al periodo que aproximadamente comenzó en 1870.

Los nuevos instrumentos de energía y de precisión que aparecieron en los primeros años de esta era técnica asemejan un catálogo de maravillas científicas. Entre 1867 y 1881 aparecieron por primera vez el teléfono, el micrófono, la bombilla eléctrica, el gramófono, el motor de combustión interna y el tranvía eléctrico. Los avances realizados en la fotografía de placa seca, en la rudimentaria fotografía a colores y en el cine, abrieron nuevos caminos de investigación. La prensa con rotativa y la máquina de escribir, aceleraron el trabajo en las imprentas y oficinas. Y la mecanización no se limitó a la industria. La segadora mecánica mejorada y la gavilladora, permitieron al agricultor aumentar las áreas de cultivo, en tanto que los abonos químicos incrementaron la producción. Los costos de transporte bajaron mientras fue aumentando la velocidad y la regularidad de los vehículos; el freno de aire resolvió el problema de la desaceleración; y los túneles ferroviarios que perforaron los Alpes (Mont-Cenis, 1871, San Gotardo, 1882) redujeron el viaje de Italia a Alemania o a Francia a unas horas. El canal de Suez, que permitió a los barcos pasar del Mediterráneo al Mar Rojo y al Océano Índico, y el primer ferrocarril transcontinental que cruzó los Estados Unidos, se inauguraron ambos en el mismo año (1869).

El creciente dominio del hombre sobre su medio físico, sus victorias sobre el tiempo y el espacio fueron equiparados en este periodo por los descubrimientos que



hizo acerca de sí mismo. Los tratados de Darwin *On the Origin of Species by Means of Natural Selection* (1859) y *The Descent of Man* (1871) imprimieron un profundo impulso al estudio de la biología y de la antropología. Las investigaciones de Gregor Mendel sobre el fenómeno de la herencia (1885) quedaron en el olvido durante una generación, pero Francis Galton destacó el papel desempeñado por la herencia en el desarrollo mental de los seres humanos (1867), y Wilhelm Wundt demostró las relaciones recíprocas de la mente y el cuerpo en sus *Principios de psicología fisiológica* (1872). Walter Bagehot (1873) aplicó el concepto de la evolución y el principio de la selección natural a las costumbres e instituciones humanas. El interés por las nuevas teorías concernientes al origen y el desarrollo del hombre se divulgó rápidamente entre aficionados y científicos y fueron popularizadas por vigorosos autores y conferenciantes como Thomas Henry Huxley, en Inglaterra, y Ernest Haeckel, en Alemania.

Nada dio más fama a los científicos que los avances realizados en la medicina y en la cirugía. Las personas de todas clases y condiciones quedaron fascinadas por los informes de las nuevas victorias alcanzadas sobre el dolor, la enfermedad y la muerte. La cirugía antiséptica, introducida por Joseph Lister (1865), dirigió la atención sobre la importancia de las bacterias como agentes de infección. Louis Pasteur y Robert Koch dieron un golpe de muerte a la creencia inmemorial en la generación espontánea, al demostrar que los gérmenes no eran meramente los concomitantes, sino la causa, de las grandes pestes. En el plazo de una media docena de años, los bacteriólogos, trabajando con celo incansable, descubrieron el bacilo de la lepra, el parásito de la malaria, la bacteria del ántrax y los gérmenes de la tuberculosis, la difteria y el cólera asiático. Una vacunación espectacular practicada por Pasteur (1885) salvó la vida a

un muchacho que había sido mordido por un perro rabioso, y constituyó el primer paso en firme hacia la derrota de la hidrofobia. Los médicos podían reconocer ahora a los enemigos con los que habían luchado en la sombra, y podían salvaguardar a víctimas de posibles y numerosas enfermedades mortales mediante la administración de sueros y antitoxinas. Había nacido una nueva rama de la medicina, la ciencia de la inmunología.

Cada hipótesis de los científicos, cuando era confirmada por los experimentos, proclamaba la eficacia de sus métodos e investía de mayor autoridad al criterio positivista. Químicos y biólogos, físicos y geólogos no se detenían en la consideración de doctrinas imponderables y generalidades no comprobadas (como habían hecho tan a menudo los filósofos abstractos); manejaban el material de la vida y los bloques de construcción de la misma materia. Cuando Dimitri Mendeleiev publicó por primera vez su Ley periódica de los elementos (1869), alegando que, cuando se les clasificaba según sus pesos atómicos, revelaban una determinada periodicidad, de modo que cada ocho elementos poseían propiedades en cierto modo semejantes, su tabla fue considerada como una prueba más de que la naturaleza era comprensible para quienes aceptaban sus declaraciones. Había aparecido una firme convicción de que todo lo que existía en el universo físico se producía de manera racional y que el error se debía a la mente desordenada del hombre. El obstáculo principal que se oponía al progreso de la ciencia, afirmaban muchos racionalistas, era la herencia de vanidad y superstición que conducía a los hombres a preferir una ilusión aduladora en vez de la lisa y llana verdad. La marcha del descubrimiento científico se había llevado a cabo desechando los mitos. Entre los mitos que serían finalmente negados, al menos como proclamaban algunos agnósticos, figuraban muchos dogmas de la fe cristiana, especialmente los



que contenían la creencia en sucesos milagrosos que parecían contradecir las leyes naturales y el orden de la naturaleza.

Este creciente conflicto entre el racionalismo y la religión, entre el científico y el teólogo, se agudizó por la controversia que produjo la teoría darwiniana de la evolución biológica. En realidad la disputa era más honda y más antigua. Esta disputa se produjo entre el materialista, que cree que los hechos del universo pueden explicarse suficientemente mediante la existencia y la naturaleza de la materia, y los trascendentalistas que afirman la primacía del espíritu sobre la verdad empírica. En 1864, el Papa Pío IX dio a conocer una famosa encíclica, *Quanta Cura* y un *Syllabus* anexo advirtió a los fieles contra "los errores principales de nuestro tiempo". No era cierto, recalcaba el *Syllabus*, que Dios no existiera, o que pudiera negarse toda acción de Dios sobre los hombres y sobre el mundo. Tampoco era verdad que la razón humana, sin el auxilio de Dios, fuese el único árbitro de la verdad o de la falsedad, o que los milagros narrados en las Sagradas Escrituras fuesen ficciones poéticas y que los Testamentos contuvieran invenciones míticas.

Si la advertencia papal se hubiese limitado a esta condenación del materialismo filosófico y del agnosticismo habría provocado menos comentarios, pero Pío se lanzó a refutar a los anticlericales y nacionalistas que insistían en la supremacía del Estado secular y a los liberales que favorecían la separación de la Iglesia y del Estado y abogaban por el establecimiento de la educación secular. La cláusula final del *Syllabus* (núm. 80) rechazó especialmente la idea de que el Pontífice romano pudiese o debiese reconciliarse con el progreso, el liberalismo o la civilización moderna y, a juicio de muchos, esta declaración puso de hecho a la Iglesia romana al margen de las corrientes intelectuales y políticas de

la edad. Aunque el *Syllabus* de los errores no fue proclamado dogma y los principales apologistas católicos se apresuraron a explicar que debía ser considerado como una admonición provocada, en parte, por los sucesos contemporáneos en Italia, despertó un agitado debate acerca de la naturaleza y los límites de la autoridad papal. La disputa no amenguó, sino que se intensificó cuando el Concilio Vaticano definió el dogma de la infalibilidad papal (1870). Este vigésimo Concilio ecuménico de la Iglesia católica romana (el primer concilio general desde el siglo XVI) declaró que era un dogma "divinamente revelado" que el pontífice romano, cuando hablaba *ex cathedra*, poseía "aquella infalibilidad con que el Divino Redentor quiso que Su Iglesia fuese dotada para definir la fe y las buenas costumbres" Esta proclama señaló la culminación del pontificado de Pío IX. Antes de que terminara el año 1870, las fuerzas del nuevo reino de Italia habían ocupado Roma. El Concilio se había suspendido y Pío era "el prisionero del Vaticano". En Inglaterra, Francia y, especialmente, en Alemania las críticas de las pretensiones papales fueron severas y prolongadas. Un grupo liberal del Imperio alemán, que se conoció con el nombre de Viejos católicos, se negó a acatar la decisión del Concilio, y Bismarck apoyó su rebelión, inaugurando con ello una lucha entre el Estado y la Iglesia en Alemania (el *Kulturkampf*) que duró a lo largo de toda la década de 1870.

Una grieta cada vez mayor separó a los que aceptaban los dogmas religiosos como verdades literales, permanentes, y los que admitían que todos los grandes profetas, sin exceptuar a Jesús, habían sido influidos por las condiciones sociales e intelectuales de su medio. Eruditos en cuestiones bíblicas, que pensaban que el Viejo y el Nuevo Testamento debían estimarse con los mismos métodos que utilizaban los historiadores para determinar la veracidad de los documentos seculares, se



entregaron a lo que se conoce con el nombre de alta crítica. En Alemania, David Friedrich Strauss trabajó hasta su muerte, en 1874, para demostrar que muchos pasajes de los Evangelios no deberían considerarse como hechos, sino como "mitos". En Francia, Joseph Ernest Renan compiló una erudita *Historia de los orígenes del cristianismo* en ocho volúmenes (1863-83) para demostrar que las ideas religiosas de los profetas hebreos y de los Padres de la Iglesia cambiaron y evolucionaron a la vez que el mundo que los rodeaba. Era un error, creía Renan, asignar una validez dogmática a los juicios que se habían formulado bajo la influencia de circunstancias temporales.

El mismo criterio realista dio un nuevo vigor a la interpretación histórica. Suponiendo que la literatura, el arte, las costumbres sociales y las prácticas religiosas de un pueblo, guardaban estrecha relación con el nivel de su cultura, la fuerza de las tradiciones heredadas, el suelo, el clima y el suministro de alimentos, los críticos crearon una base y un marco de referencia naturalistas con los cuales intentaban medir las realizaciones del hombre. El crítico e historiador francés Hippolyte Adolphe Taine tuvo en tal alto aprecio este método que lo llevó a afirmar un determinismo científico. Creía que los individuos y las naciones podían estudiarse con precisión anatómica, porque sus pensamientos y sus acciones eran la ineludible consecuencia de la herencia y del medio.

El espíritu del realismo que predominó en la segunda mitad del siglo XIX se había manifestado claramente en la literatura y en las artes hacia 1870. En la novela, el nuevo espíritu había dejado ya su huella en la obra de Nikolai Gogol, "el padre del realismo ruso", que murió en 1852. El mismo año se inauguró la larga carrera literaria de Leon Tolstoi, carrera que había de llegar a su cenit con la publicación de *La guerra y la paz* (1886),

en el mismo momento en que Fedor Dostoievski terminaba su *Crimen y castigo*. El realismo literario llegó a su madurez en Francia con la obra de Gustave Flaubert, *Madame Bovary* (1857), aunque Flaubert no se consideró a sí mismo como realista y se acongojó cuando atacaron su obra por considerarla indecente. Las primeras novelas de los hermanos Goncourt aparecieron hacia 1860, y Émile Zola, el principal exponente del naturalismo, comenzó su prolífica producción en esta década. En Inglaterra, la prodigiosa producción de Charles Dickens continuó hasta su muerte, en 1870. Su mezcla de realismo y emoción, su genio para la caracterización que rayaba a menudo en la caricatura, y su simpatía por los pobres y desheredados lo habían convertido en el novelista inglés más popular desde los tiempos de Sir Walter Scott. La reacción contra la idealización y el sentimentalismo de los primeros años victorianos, se inició ya en las novelas satíricas y en las parodias de William Makepeace Thackeray, y encontró expresión más sobria y consciente en las obras de George Eliot (Mary Ann Evans). El primer éxito de George Meredith, *The Ordeal of Richard Feverel*, databa de 1859, y la serie de novelas mordaces de Thomas Hardy comenzó con la publicación de *Desperate Remedies* en 1871. En el teatro, el realista más notable del pasado siglo XIX fue el noruego, Henrik Ibsen, cuyos ataques al egoísmo burgués sí tuvieron eco, en lo sucesivo, desde la presentación de *Los pilares de la sociedad* (1877) hasta *Cuando despertemos de entre los muertes* (1899).

Confundir al burgués y escandalizar sus costumbres gazmoñas no era difícil en una era en que se rindió culto al respeto. Se esperaba que los poetas y los artistas idealizaran la naturaleza en vez de imitarla, y quienes repudiaron las reglas académicas y quisieron encontrar una forma nueva y más natural de tratarla atrajeron la censura de los críticos. La Hermandad



Pre-Rafaelita (Holman Hunt, Dante Gabriel Rossetti, John Everett Millais) estaba formada por pintores relativamente inofensivos, pero cuando sus colegas literatos comenzaron a escribir versos, Rossetti, Algernon Charles Swinburne, William Morris y otros fueron atacados en la *Contemporary Review* llamándolos "escuela carnal de la poesía" (1871). Los Pre-Rafaelitas eran realistas por lo que se refería a su ardiente deseo de pintar honestamente la vida, pero no eran realistas en lo demás; su entusiasmo por las formas medievales de arte y su búsqueda de la belleza ideal los vinculaban a la tradición romántica. En Francia encontraron su contrapartida más vigorosa en la escuela parnasiana encabezada por Leconte de Lisle y Sully-Prudhomme. Los parnasianos se esforzaron, con mayor conciencia y éxito, por adaptar su arte al espíritu racional y científico de la edad, y en liberarlo de la emotividad excesiva, el misticismo y el subjetivismo de la era romántica.

Los Estados Unidos produjeron dos notables escritores de literatura realista, Mark Twain (Samuel Langhorne Clemens) y Walt Whitman. Las obras maestras de Twain fueron sus novelas picarescas, *The Adventures of Tom Sawyer* (1876) y *The Adventures of Huckleberry Finn* (1884) que reprodujeron, en vigoroso humor y en estilo familiar, los recuerdos de su niñez en Missouri. Walt Whitman es más difícil de clasificar; gran individualista, exuberante, místico y romántico, en su glorificación de la democracia, escribió también muchos pasajes de borrascoso verso libre, con la huella de un desnudo y auténtico realismo. A veces, su inconteniblе mezcla de nombres e imágenes degeneró en banalidad y sus poemas parecían "un catálogo de ferretería".

La rebelión contra la pompa y el estilo relamido del arte académico influyó en la pintura europea a partir de mediados del siglo XIX, y la disputa entre aca-

démicos y heréticos siguió hasta sus décadas finales. Artistas que repudiaban los temas religiosos y neoclásicos para pintar desnudos poco graciosos y paisajes naturalistas fueron rechazados por las salas de exhibición e ignorados por buena parte del público. Gustave Courbet fue el primer pintor que atrajo francamente sobre sí la acusación de realismo. Su desprecio por los precedentes y por las alegorías era supremo; "muéstrenme un ángel —decía, burlándose de sus críticos—, y les pintaré uno." Sus pinturas de género cautivaron a los jóvenes estudiantes de arte de las décadas de 1850 y 1860, y con Edouard Manet se rebeló contra los amaneramientos estériles de los maestros franceses de las exposiciones. Sin embargo, en calidad de pintores, Courbet y Manet se separaron, y el último se convirtió en representante de la escuela impresionista. Las escenas de Manet tenían la precisión y la asombrosa fidelidad de una fotografía y, dentro de sus límites, su técnica no ha sido superada. Pero el realismo y el impresionismo tenían limitaciones. Las limitaciones propias del propio artista. Pintaba solamente lo que veía, y veía sólo el reflejo de la luz en la superficie de las cosas, lo que rara vez era suficiente. Cuando se apagaron finalmente las apasionadas disputas que conmovieron los estudios y los cafés del Barrio Latino durante medio siglo, el pintor que más se acercó a la apoteosis fue Paul Cézanne, al que no se le había hecho mucho caso.

Amigo de ola, atraído como el novelista por la escuela realista en arte, Cézanne analizó pacientemente y luego superó a realistas e impresionistas. Se esforzó por descubrir lo geométrico en la naturaleza, en dar "arquitectura al universo", y sus experimentos técnicos establecieron las bases del posimpresionismo y del cubismo. Sus paisajes repugnaron a los contemporáneos, pero admiradores posteriores lo habrían de aclamar como el maestro que supo ver por debajo de la superficie



y dio estructura orgánica, solidez y riqueza, a los objetos naturales. Y, lo que es más importante todavía, llegaron a reconocer que sus efectos no se habían logrado mediante una servil imitación, sino a través de una intensa y ardua *re-creación* de la naturaleza.

Redescubrir que el artista era el elemento más importante de su arte y que el pensador no sólo percibía, sino que imponía formas en el mundo objetivo, tuvo una importancia que rebasó la esfera de lo estético. El pensamiento del siglo XIX había estado dominado por una fe creciente en el orden y en la continuidad de los procesos naturales. El principio de la conservación de la materia y de la conservación de la energía reforzó los dogmas del positivismo, y las explicaciones materialistas prevalecieron sobre las concepciones teológicas y metafísicas en lo referente a la naturaleza del mundo y del hombre. Antes de que terminara el siglo XIX, sin embargo, los investigadores más avanzados de la ciencia comenzaron a descubrir algunas aberraciones perturbadoras que pugnaban con varias de las leyes "inmutables" en que los positivistas habían fundado sus alegatos. El universo ordenado y autosuficiente en que se habían afirmado, se estaba disolviendo ya al terminar el siglo, y nuevos pensadores se estaban preparando, como Cézanne, para volver a crear naturaleza. Pero la historia de esta revolución en la filosofía y en la física pertenece al siglo XX.

## V. LOS FRUTOS DEL INDUSTRIALISMO Y DEL IMPERIALISMO (1881-98)

A fines del siglo XIX la industria mecanizada se había convertido en la mayor fuerza creadora de la civilización occidental. Las máquinas rebasaron los fines de sus constructores, el materialismo económico lanzó su sombra sobre la época y la alarmante advertencia profética de Emerson de que "las cosas han tomado las riendas y guían a la humanidad" se convirtió en serena verdad. Porque la producción de las máquinas era dinámica y expansiva. Sus energías se desbordaron, transformando la estructura de la sociedad europea e invadiendo remotas regiones. La función primordial de las máquinas era la de producir una serie de artículos baratos, estandarizados, pero su influencia no terminó una vez que cumplieron esta función primordial: la multiplicidad de las fábricas elevó el número de proletarios urbanos hasta que los ejércitos del socialismo amenazaron al Estado burgués. El apetito insaciable de más materias primas y mercados más grandes, que sentían los esclavos del hierro lanzaron a las potencias industriales a una nueva campaña de imperialismo colonial. Los progresos del industrialismo en las últimas décadas del siglo XIX guardaron relación directa con el desarrollo del proletariado y la presión del imperialismo, y para los tres desenvolvimientos principales, la maquinaria movida por la energía mecánica fue la principal fuerza motora.

Así para la paz como para la guerra, la maquinaria industrial se había convertido en el instrumento indispensable, en la medida esencial del poderío. La extensión territorial y la población ya no eran los índices más claros de la productividad económica o del potencial bélico de una nación. La guerra misma se





estaba industrializando y había surgido un nuevo coeficiente de fuerza que hacía que el potencial humano fuese insuficiente en la batalla, a menos de que lo respaldara la incansable energía y la prodigiosa producción de la industria mecanizada. En este nuevo mundo de imperialismos competidores, ninguna nación que careciese de un sistema fabril bien desarrollado podía desempeñar mucho tiempo el papel de gran potencia.

Esta nueva ley del "dios" de la máquina, esta revisión de los elementos previos del poder, no había sido plenamente comprendida por los observadores políticos o militares cuando terminó el siglo XIX. Viéndolo desde nuestro tiempo, es claro que tres naciones principales habían dejado a sus rivales retrasadas en la carrera para aprovechar las ventajas de una economía industrial. Inglaterra había sido "el taller del mundo" durante un centenar de años, pero, hacia 1900, Alemania y los Estados Unidos habían aminorado la ventaja inglesa. Los recursos y el equipo industrial de estos tres países —Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos— los colocaban en una categoría especial. Eran las super-potencias. Francia, Rusia, Austria e Italia eran también grandes potencias, pero ocupaban un lugar secundario; su industria no estaba a la altura de sus necesidades, aunque a Francia le faltaba poco para reunir los requisitos de super-potencia. En la tercera categoría figuraban los restantes Estados de Europa y del mundo, desde naciones altamente industrializadas, pero numéricamente débiles, como Bélgica, que tenía 7 000 000 de habitantes, hasta imperios numéricamente fuertes, pero industrialmente insignificantes, como China, que quizá tenía 300 000 000 de habitantes. El Japón, aunque había llamado la atención al derrotar a China en 1894, era todavía un factor imprevisible en las últimas décadas del siglo XIX. No tardaría en revelar la asombrosa rapidez con que la técnica moderna podía alterar

la posición industrial y militar de una nación con energía.

Hacia 1880, no sólo la posesión de un aparato industrial, sino la fabricación y exportación de máquinas se convirtieron en un índice de poder. Inglaterra, los Estados Unidos y Alemania eran entonces los principales exportadores. Los tres juntos, producían cuatro quintas partes de la maquinaria vendida en el mercado internacional. Los tres incrementaron su virtual monopolio hasta la primera Guerra Mundial, pero se produjo un cambio en las respectivas categorías. En 1880, el orden de precedencia era el siguiente: Inglaterra, Alemania, los Estados Unidos. Hacia 1913 se había transformado en éste: Alemania, los Estados Unidos, Inglaterra. Esta relativa disminución del valor de las exportaciones inglesas de maquinaria fué un ominoso aviso para la Gran Bretaña. Por cuanto los ingleses fabricaban casi la mitad de su maquinaria para su venta en el exterior, en tanto que los alemanes enviaban sólo una cuarta parte de la suya fuera del país, y los norteamericanos nada más que una décima parte. En función de la producción *total*, la disputa entre los tres principales competidores por los mercados mundiales se había hecho muy impresionante. En 1913, los Estados Unidos construían la mitad de la maquinaria industrial del mundo, Alemania una quinta parte e Inglaterra una octava parte. El hecho de que los norteamericanos conservaran en el país las nueve décimas partes de su gigantesca producción de máquinas ocultó sus extraordinarios avances hacia la industrialización, y la rivalidad de Inglaterra y Alemania por el comercio mundial parecía ser la más grave. En realidad, sin embargo, tanto Alemania como Inglaterra habían quedado en la carrera industrial a la zaga del joven gigante del oeste, cuando comenzó el siglo XX.

En las décadas de 1880 y de 1890, la rivalidad co-



mercial anglo-alemana se trocó en un duelo de titanes en el que las estadísticas del poderío registraron toda una serie de victorias alemanas. En 1880-84 la industria del acero alemana fabricaba solamente la mitad del acero producido por Inglaterra. Hacia 1900, producía ya un 20 % más. Las exportaciones inglesas de tejidos de algodón disminuyeron entre 1880 y 1900, en tanto que las exportaciones alemanas se duplicaron. La producción y el consumo de hierro en barras en Inglaterra permaneció casi inalterado durante estos 20 años. Pero la producción y el consumo de Alemania aumentaron en más de un ciento por ciento. Esta rivalidad en metales y telas, que eran las ramas más fuertes del comercio inglés, constituyó un verdadero reto, pero la competencia de la marina mercante alemana inquietó más hondamente al pueblo inglés. Aunque el tonelaje de la flota alemana registrado equivalía sólo a un sexto del de Inglaterra, desde 1880 hasta 1900, los costos más bajos de los fletes en los buques alemanes atrajeron a los fabricantes —e inclusive a algunos fabricantes ingleses— que embarcaron sus artículos por Hamburgo. "Los alemanes —admitió *The Times* en 1886— comienzan a superarnos en muchas de las cualidades que son los factores del éxito comercial." Otros observadores ingleses, sin embargo, eran más optimistas. En 1901, el *Daily Telegraph* declaraba aún con confianza: "lo que ha desaparecido es nuestro monopolio. Lo que no ha desaparecido es nuestra supremacía. No hay decadencia". A comienzos del siglo XX, Inglaterra iba todavía a la cabeza con un 21 % del comercio internacional. Alemania iba en segundo lugar, con un 12 %, los Estados Unidos en tercer lugar, con un 11 %, y Francia en un cuarto lugar con un 8 %. En los siguientes 13 años, el comercio mundial se duplicó y los porcentajes se alteraron, pero de las cuatro principales potencias, solamente los Estados Unidos obtuvieron una ventaja

relativa. Cuando comenzó la primera Guerra Mundial las cifras correspondientes eran: Inglaterra 17 %, Estados Unidos 15 %, Alemania 12 % y Francia 7 %. Sin embargo, era todavía la parte del comercio internacional correspondiente a Alemania (que no había aumentado) lo que la mayoría de los ingleses veían alarmados, en vez de la expansión norteamericana, mucho más rápida.

Afortunadamente para Inglaterra, el movimiento de los artículos industriales a través de las fronteras políticas no era el único índice importante del poderío económico. Nueve décimas partes de las transacciones financieras internacionales se efectuaban todavía en libras esterlinas, porque la libra seguía siendo la unidad más estable de cambio. Las ganancias de la banca, de los seguros y de las inversiones extranjeras le daban a Inglaterra un ingreso "invisible" que le ayudaba a pagar el excedente de importaciones sobre las exportaciones, y mantuvo la primacía financiera inglesa. Entre 1880 y 1913, las inversiones inglesas en el exterior se multiplicaron tres veces, hasta que se exportó una cuarta parte de la riqueza nacional. Las inversiones extranjeras francesas ascendían sólo a la mitad del total inglés, y las alemanas a un tercio. Además, casi el 50 % del capital inglés exportado se destinó a la explotación de regiones comprendidas en el Imperio, y podía salvaguardarse con bastante éxito. La tasa de interés de las inversiones extranjeras era generalmente elevada, pero también era elevado el riesgo de pérdidas. Cuando los deudores extranjeros no pagaron sus deudas, como ocurrió a veces, los tenedores de acciones ingleses, franceses o alemanes podían acudir a sus gobiernos para que los ayudaran a cobrar. Una parte considerable del capital exportado se envió a países políticamente débiles y económicamente atrasados, con lo que se preparó el camino para la marcha del imperialismo. Pequeñas



naciones que necesitaban ayuda financiera y equipo técnico, pueblos empobrecidos cuyos dirigentes habían tomado en préstamo grandes cantidades de los banqueros de Londres, París o Berlín, podían verse reducidos a la condición de vasallaje económico. El país podía, inclusive, enajenar su independencia política y convertirse en protectorado de la gran potencia a la que había dado en garantía sus recursos.

A medida que las ganancias se elevaron y aumentó el capital disponible para la inversión, los que tenían dinero que prestar lo colocaron en manos de corredores de bolsa, ignorando, casi totalmente, el bien o el mal causado por su dinero en empresas nacionales o extranjeras. Los inversionistas y tenedores de acciones se conformaban, comúnmente, si las ganancias eran bastante altas, y no averiguaban con gran cuidado si la sociedad que les pagaba los dividendos retribuía equitativamente a sus empleados, o si los intereses que obtenían de una mina en Suramérica o de una compañía comercial en África representaban una ganancia razonable o una despiadada explotación. El abismo cada vez mayor que separaba a los ricos de los pobres, a los dueños del capital de los trabajadores, aumentó los males de la "propiedad ausentista" en el sistema capitalista. Inevitablemente, el efecto fue despersonalizar y deshumanizar la relación entre los tenedores de bonos y los que tenían que pagar los intereses, a los que quizá nunca llegaría a ver el capitalista.

Dentro del sistema fabril, este desplazamiento hacia el capitalismo financiero debilitó la antigua relación paternalista que existía entre el patrono y sus obreros. En los primeros años de la Revolución industrial, la mayoría de los talleres y de las fábricas comenzaron a existir como empresas privadas, y muchos permanecieron bajo la dirección de una sola familia durante generaciones. Las ganancias producidas por

los negocios generalmente se reinvertían para ampliar la explotación, y un pequeño grupo de accionistas responsables, estrechamente conectados con el negocio, y a menudo conocidos personalmente por los empleados conservaba la propiedad y la gerencia. Pero este tipo de industria familiar fue superado cuando avanzó el siglo XIX, conjuntos más grandes y más impersonales de accionistas, protegidos por los estatutos que regían la responsabilidad limitada de las compañías, trataban de sustituir a la empresa o a la sociedad "familiar". En Inglaterra, después de la Ley de compañías de 1844, en Francia después de 1867, y en Alemania después de 1870, se multiplicaron rápidamente las sociedades que contaban con una junta activa de directores y centenares o miles de accionistas. La propiedad estaba más ampliamente distribuida, en tanto que la gerencia se centralizaba cada vez más. El control de una compañía, o de toda una industria, podía estar en manos de un puñado de hombres o de un solo "capitán de industria" que ejercía la influencia predominante. Los tenderos pequeños resintieron la intrusión y la competencia de las cadenas de tiendas; las fundiciones y las herrerías pequeñas fueron absorbidas por las grandes compañías metalúrgicas. La libre empresa, que había permitido el desarrollo de las sociedades por acciones, estaba amenazada por el férreo monopolio de unas pocas empresas agresivas. Ante la ley, la sociedad por acciones poseía solamente los derechos de una personalidad legal, pero en realidad era potencialmente inmoral y poseía la capacidad de una ilimitada expansión. Una compañía agresiva podía absorber o aplastar a sus competidores, hasta llegar a dominar su campo de actividad económica de una manera tan completa, que la libre empresa en ese campo se convertía en pura ficción.

Un desarrollo paralelo, que a veces facilitó la concentración del poder en una industria, fue el ascenso



del capitalismo financiero. Para ampliar sus actividades, o para sacar del mercado a un competidor, una compañía tenía que tomar en préstamo el capital necesario de una firma de banqueros, la que de esta manera adquiría una participación en la compañía. A veces, los banqueros insistían en que un miembro de su personal fuese elegido presidente de la compañía con objeto de vigilar las inversiones. Un banco alemán, por ejemplo, tenía directores en las juntas de 200 sociedades por acciones, antes de 1914. La influencia que un gran *trust* de inversiones, que tuviese su casa matriz en Londres, París, Berlín o Nueva York podía alcanzar de esta manera, estaba en posibilidad de decidir los acontecimientos en continentes remotos, pero sus actividades eran un misterio para el hombre común y corriente, y podían extenderse más allá del alcance y la jurisdicción de los legisladores del país.

Hacia 1900, el desarrollo de las grandes sociedades por acciones, conocidas de diversa manera con los nombres de *pool*, *trust* o *cártel*, se habían convertido en un problema para juristas y políticos. Algunas compañías con tendencias monopolistas se hicieron tan poderosas, que se temió que pudieran escapar al control del gobierno y perseguir la obtención de sus ganancias a expensas del bienestar público y de los intereses nacionales. Sin embargo, se reconocía también que, como consecuencia de los beneficios de la centralización, a veces mejoraron los métodos de la producción en masa, se estimularon nuevas industrias, se proporcionaron nuevas formas de empleo y se fomentó la prosperidad. Frecuentemente los hombres que se adueñan del poder son admirados y criticados al mismo tiempo. El valor, la iniciativa y la previsión de los directores de la vida económica que construyeron grandes pirámides financieras, explotaron los recursos de las tierras vírgenes y jugaron con vidas y con oro, en hazañas finan-

cieras en las que corrían grandes riesgos, pero podían también obtener deslumbrantes retribuciones, fascinaron a la nueva era. Los admiradores vieron en estos titanes a los arquitectos de la prosperidad que afirmaban el derecho de dominio eminente de la humanidad a explotar los recursos del planeta y, de ser necesario, a imponer los beneficios de la civilización a pueblos renuentes o retardatarios. Pero para los críticos hostiles que desconfiaban de los fines y deploraban los métodos de estos financieros internacionales, estos capitanes de industria eran simplemente despiadados y depredadores, eran los "señores salteadores" del mundo moderno. Los expedientes legales y las prestidigitaciones financieras que hacían confusas las operaciones de los "grandes negocios" eran demasiado complejos como para que los entendiera el hombre común y corriente, y a los agitadores políticos les fue fácil explotar su desconfianza de los capitalistas y exagerar su poderío. Como el dios Mercurio, patrón del comercio, parecían sacar la riqueza de los campos y los frutos del trabajo de otros hombres, mediante procedimientos secretos e invisibles.

El siglo XIX terminó cuando todas las energías de la civilización industrial dinámica se elevaban en un *crescendo*. En la esfera económica, la concentración y la centralización fueron los principios dominantes de la edad; concentración del capital, de la industria, de la población y del poderío. Por toda Europa y los Estados Unidos, la formación de *pools*, cárteles, sociedades por acciones, monopolios y *trusts*, y otras formas de fundir las direcciones de las diversas empresas económicas, apretaron y centralizaron el control de la vida económica. La concentración de la población era todavía más notable que la concentración de la riqueza. En Inglaterra y en Bélgica, la mitad de la población vivía en las ciudades en 1850, y las tres cuartas partes



de la misma en 1900. En Alemania, donde el censo había registrado solamente ocho grandes ciudades (de cien mil habitantes o más) en 1871, había treinta y tres en 1900 y cuarenta y ocho en 1910. Las grandes ciudades crecieron más rápidamente que las pequeñas y las villas devoraron a las aldeas. Hacia 1900, uno de cada veinticinco franceses vivía en París, y uno de cada veinte alemanes, en Berlín. En Inglaterra y en Gales una décima parte de los habitantes habían sido atraídos al vórtice de Londres. Inclusive en los Estados Unidos, con 3 000 000 de millas cuadradas para extenderse, cerca de una mitad de la población estaba concentrada en un uno por ciento del territorio, y las diez ciudades más grandes contaban con una octava parte de la población de la nación. Esta expansión de la ciudad moderna estuvo estrechamente vinculada con el desarrollo del sistema fabril. La industria moderna era esencialmente dinámica, acumulativa y expansiva. Gracias a la producción mecánica, el costo por unidad de un artículo disminuyó a medida que la producción estandarizada fue aumentando. Era más lucrativo, por lo tanto, dirigirse a un grupo de consumidores cada vez más amplio, aumentar la producción e invadir constantemente nuevas zonas. La energía mecánica del vapor aseguró transporte regular y barato (el número de kilómetros de vías de ferrocarril se cuadruplicó entre 1870 y 1900), y la disminución de los fletes del transporte dio origen, por primera vez en la historia, a un mercado mundial y a una economía también mundial. [illegible] artículos locales.

La consecuencia de esto fue una competencia más aguda, lo que, a su vez, exigía elevar la eficiencia y la

producción para rebajar el precio de venta. Pequeñas empresas, que hacían un comercio limitado, con frecuencia quebraron, en tanto que las industrias grandes se ramificaron, hasta alcanzar, a veces, proporciones gigantescas. En Alemania, los talleres industriales pequeños (los que empleaban a cinco obreros, o menos) se redujeron a la mitad entre 1880 y 1914, en tanto que las fábricas grandes (que empleaban a cincuenta obreros, o más) se duplicaron numéricamente. La mayoría de los trabajadores industriales alemanes todavía trabajaba en talleres pequeños en la primera de las fechas mencionadas, pero treinta años más tarde dos tercios de los obreros alemanes trabajaban en fábricas grandes. El número de empresas industriales había disminuido, eran menos, pero más grandes, y daban empleo a un número de obreros cuatro veces superior al total de 1880. Este continuo concentrar empleados de talleres y fábricas en empresas menos numerosas, pero más grandes, fue común a todos los países industriales. En general, fomentó la eficacia, multiplicó la producción y rebajó los costos. Pero tuvo otros efectos, que los patronos no habían buscado y que eran menos agradables para ellos. En una gran compañía, con miles de empleados en su nómina, el abismo que separaba a la gerencia de los trabajadores propendió a ampliarse. Los obreros adquirieron conciencia de sí mismos en cuanto clase con intereses diferentes, demandas distintas y motivos específicos de queja. Y se pudieron unir más efectivamente para llevar a cabo negociaciones colectivas cuando su número aumentó y sus condiciones de trabajo los pusieron en contacto íntimo.

Un resultado lógico fue el rápido crecimiento de los sindicatos obreros. En el último cuarto del siglo pasado se habían suavizado las leyes que se oponían a la organización de los trabajadores. Los trabajadores



calificados fueron los primeros que formaron sindicatos de oficios para velar por el bienestar de sus miembros. Más tarde, muchos de estos sindicatos se apresuraron a federarse en grandes sindicatos industriales, y hacia 1900 los sindicatos contaban con 2 000 000 de miembros en Inglaterra y cerca de 1 000 000 en Alemania y los Estados Unidos. Los trabajadores no calificados vacilaron más en organizarse, pero una vez que su movimiento comenzó a desarrollarse, en la década de 1880, siguió avanzando rápidamente. Mineros, trabajadores de los muelles y obreros de las fábricas recurrieron al contrato colectivo, y grandes sindicatos industriales aparecieron en Europa, los Estados Unidos y los dominios ingleses autónomos.

Al desarrollarse los sindicatos poderosos, el trabajo dejó de ser una "mercancía" en el mundo de la industria y se convirtió, en cierto sentido, en socio. Los trabajadores exigieron una parte mayor de las ganancias y apoyaron sus demandas con la amenaza de huelga. Sus peticiones de salarios más elevados tenían justificación, especialmente después de 1895, porque los precios y el costo de la vida, que habían sido relativamente bajos durante veinte años, iniciaron un largo ascenso. El aumento de los salarios reales entre 1880 y 1900 fue sólo de un 20 a un 25 % en Inglaterra, Alemania y Francia, mientras que la capacidad productiva del trabajador, por término medio, gracias a las máquinas aumentó más rápidamente, y la riqueza que correspondía al patrono capitalista se acrecentó más aprisa todavía. El trabajador industrial, cuyos esfuerzos eran esenciales para la producción, estaba convencido de que no recibía una parte justa de los beneficios y ganancias que el mecanismo de la industria había producido.

Además de negociar directamente con sus patronos, los obreros podían llevar su lucha al campo de la política; cuando lo hicieron, el socialismo se convirtió en

una peligrosa cuestión política. En el siglo pasado, el derecho de voto se concedió a un electorado cada vez mayor en todos los países democráticos, y las clases desheredadas se tornaron más poderosas cuando descubrieron que podían oponer el peso del número a la influencia de las minorías privilegiadas. En el Imperio alemán y en la República francesa el sufragio universal se había concedido en 1871; en Suiza quedó incorporado en la Constitución federal de 1874; en Inglaterra estaba virtualmente en vigor después de las Leyes de Reforma de 1884-85, que elevaron el electorado de 3 000 000 a 5 000 000. España (1890), Bélgica (1893), y Noruega (1898) lo adoptaron, y el gobierno de los Países Bajos concedió el derecho de voto a todos los varones adultos que pagaban un florín en impuestos (1896). Una ley italiana de 1882 concedió el voto a todos los varones de más de veinte años que habían recibido la educación primaria, y podían satisfacer un pequeño requisito en lo tocante a la propiedad, y el sufragio universal se concedió después, en 1912. En Austria y Hungría la democracia política se demoró por la determinación de las minorías magyares y alemanas a conservar su ascendiente, y en la mayoría de los estados balcánicos no existía o no operaba. Ni el Imperio ruso, ni el otomano tenían un sufragio nacional, o ni siquiera una constitución en 1900, pero los rusos obtuvieron una asamblea representativa, la Duma, en 1906, y los Jóvenes Turcos adoptaron el sufragio universal, nominalmente por lo menos, después de que su victoriosa revolución destrozó el régimen reaccionario de Abdul Hamid II, en 1908.

Si los millones de ciudadanos de ingresos bajos, o que carecían de propiedad, se hubieran unido por su pobreza habrían ganado todas las elecciones contra los pocos ricos. En Prusia, por ejemplo, en vísperas de la primera Guerra Mundial, los pocos miles de personas



que tenían fortunas, por término medio, de 5 000 000 de marcos eran superadas numéricamente en proporción de 400 a 1 por la gran mayoría cuya riqueza, por término medio, era de menos de 25 000 marcos *per capita*. Por lo que respecta a Inglaterra, estadísticas comparadas indican que existían 5 000 ciudadanos cuya riqueza excedía de 100 000 libras, pero siete de cada ocho ingleses tenían un término medio de 100 libras o menos, o sea, una milésima parte. La igualdad política no había conseguido realizar una mayor igualdad económica, pero la mayoría de los pobres no pensaban lo mismo acerca de los aranceles, las contribuciones al capital y los impuestos sobre la renta, la herencia o la plusvalía. Los campesinos querían un precio justo para sus productos y a menudo aprobaron los impuestos a las importaciones que impedían la importación de los granos extranjeros. Los trabajadores de la ciudad, por otra parte, agitaban para conseguir la abolición de las "leyes de granos" con la esperanza de que la libre importación bajara el precio del pan. Algunos grupos de obreros consideraban que sus intereses los enfrentaban más duramente a unos contra otros que contra sus patronos, con los que compartían una preocupación común: el fomento de la industria en particular, o de la empresa en la que todos trabajaban y de la que dependían para ganarse la vida.

Un conflicto de propósitos dividió a las clases urbana y rural en casi cada país. El trabajador del campo propendía a ser individualista, conservador y ortodoxo en su fe religiosa. El trabajador urbano aceptaba más fácilmente el colectivismo, estaba más dispuesto a ingresar en un sindicato y era más susceptible a las doctrinas materialistas y agnósticas. Las divisiones en las filas de las "clases desheredadas" tuvieron por causa también el orgullo profesional. Los peritos mecánicos y los artesanos calificados se consideraban a sí mismos,

con razón, como la aristocracia de la clase trabajadora, y no aceptaban los dogmas igualitarios que se aplicaban mecánicamente a todos los miembros de la sociedad. Cada agricultor que tuviera una hectárea de terreno, todo obrero que fuera dueño de su casa, todo capataz elevado a un cargo de responsabilidad, tenían una ventaja que salvaguardar. Además, existía un gran ejército de la clase media, constituido por los empleados de tienda y de oficina, los pequeños tenderos, los pequeños empresarios y los miembros de los diversos grupos profesionales que disfrutaban de una posición social, aunque no económica, que los situaba separados de las filas del trabajo organizado.

Estas divisiones y diferencias dentro de las clases trabajadoras nos explican parte de la razón por la cual los partidos socialistas que se formaron entre 1880 y 1890 crecieran al principio tan lentamente. Se necesitaba un periodo de preparación y educación antes de que las masas adquirieran conciencia de sí mismas y de sus ideales y metas comunes. Este surgimiento de las masas, este creciente hincapié en los derechos del pueblo, lentamente desplazó el centro de gravedad en la sociedad europea. Pero primero se reveló y de la manera más positiva en la expansión de la educación popular, en el desarrollo del sindicalismo, en la formación de las organizaciones cooperativas, antes de que invadiera la arena política y obligara a los grupos parlamentarios más antiguos a ceder un lugar a un "partido del pueblo", lo suficientemente poderoso para reclamar una parte en el gobierno.

Hasta fines del siglo XIX, las clases inferiores mejoraron su condición, principalmente, adoptando algunas de las libertades y los beneficios que las clases medias ya habían obtenido. Hubo una constante difusión, por los niveles bajos de la sociedad europea, de los ideales democráticos, libertad de pensamiento y de acción, oportunidades económicas y educativas, y, finalmente, representación política. El crecimiento de los sindicatos de artesanos y, después, de los sindicatos industriales, ya ha sido mencionado: permitió a los trabajadores mejorar su poder de negociación y obtener de sus patronos mejores salarios y una jornada de trabajo más reducida. Pero la difusión de la educación popular y la formación de sociedades cooperativas fueron igualmente importantes como signos del despertar del proletariado. Tomando al año de 1900 como línea divisoria aproximada, puede decirse que, antes de esa fecha, la mayoría de los trabajadores europeos todavía trataba de mejorar su condición dentro del marco de la democracia europea existente. Después de esa fecha, una creciente proporción de las clases desheredadas se pasó al campo socialista. Habían llegado a la conclusión de que el orden social y político que prevalecía era fundamentalmente inicuo, y que debía derrocarse o transformarse radicalmente. Este cambio de actitud representó el desplazamiento desde una filosofía evolucionista hasta un pensamiento revolucionario, aunque muchos radicales cautos todavía preferían cerrar los ojos y no ver este hecho, y solían pensar, además, que una revolución socialista podía producirse gradualmente y por medios constitucionales.



Un dogma capital de la doctrina capitalista era el de la santidad de la propiedad. Mientras la riqueza siguiera engendrando riqueza y las grandes fortunas constituyesen la propiedad de una pequeña minoría, la acumulación de beneficios no ganados no podría conducir a otra cosa sino a perpetuar la desigualdad económica. El reconocimiento de este hecho contribuyó a inspirar los movimientos cooperativos que se desarrollaron vigorosamente a fines del siglo XIX. Sus fundadores esperaron poder subordinar el espíritu de competencia y de lucro al beneficio general de los miembros. Surgieron cooperativas de consumo dentro del sistema capitalista,

y las ganancias de la distribución se entregaron como dividendos a los accionistas. Como a todos los que participaban se les recomendaba que compraran una acción en la empresa, todos eran en cierto modo patronos y empleados, capitalistas y trabajadores. Las cooperativas de productores eran, en general, menos numerosas y menos afortunadas que las cooperativas de consumidores, pero ambas actuaban con el mismo propósito e inspiración: hacer desaparecer la distinción entre capital y trabajo al fundirlos a ambos. Los agricultores organizaron cooperativas agrícolas para reunir, clasificar, envolver, conservar, transportar y vender sus productos. Con el capital aportado fundaron bancos de crédito rural para atender a sus necesidades individuales. En los campos de la industria, y del comercio, las cooperativas de productores se dedicaron a las ramas de la industria en que el trabajo era un elemento importante, como la fabricación de muebles, ropa, zapatos o jabón, y a la distribución de los mismos por sus propias tiendas de ventas al por menor. En general, los precios se fijaron a los niveles que existían en el mercado, y las ganancias se distribuyeron a los miembros en proporción a sus certificados de acciones. El movimiento cooperativo se propagó por todos los países europeos, así como a América, Asia y Australia. En 1895, una Alianza Cooperativa Internacional se formó para aconsejar y estimular a nuevos grupos. Esencialmente, el movimiento constituyó un intento de desarrollo de células semi-colectivistas en el cuerpo de una sociedad capitalista, y casi todos los miembros eran personas de modestas posibilidades económicas que estaban buscando una forma mejor de protegerse a sí mismas contra lo que consideraban que era la explotación del intermediario y del financiero.

Órdenes fraternales, o sociedades mutualistas de miles de clases y con finalidades diferentes, también arraigaron, y se multiplicaron más ampliamente que las



cooperativas. Como los sindicatos y la *Rochdale Society of Equitable Pioneers* (la forma más permanente de tienda cooperativa), la sociedad mutualista debió mucho a la iniciativa inglesa. Después de 1860, las leyes que regían las asociaciones libres se simplificaron por toda la Europa occidental y las logias, clubes de las clases trabajadoras y hermandades nacionales e internacionales, aparecieron espontáneamente. Sus propósitos, según se desprendía de sus estatutos, oscilaban desde lo ameno hasta lo tétrico, desde la diversión y el esparcimiento social, hasta el cuidado de los inválidos, los enfermos, los ciegos y los huérfanos y el entierro de los muertos. Muchas sociedades, las más importantes de esta clase, ofrecían los beneficios de seguridad mutua a sus miembros para ayudarlos a sobrellevar la enfermedad, los accidentes, la vejez y otras negras perspectivas que se le abren al pobre. En Inglaterra, las sociedades mutualistas contaban con 7 millones de miembros en 1885 y 14 millones en 1910. En el continente europeo, el movimiento era menos pronunciado, pero diversas organizaciones, con fines semejantes, asociaciones cooperativas de crédito, clubes benéficos de los trabajadores y círculos católicos de salud, bienestar y seguros, hicieron progresos notables en materia de fondos y en cuanto al número de miembros durante las últimas décadas del siglo.

Una asociación de beneficio mutuo, si se conservaba activa y solvente, ejercía una influencia de tranquilidad en los miembros de la clase obrera. Se formaban una idea más firme de la solidaridad social, y miraban con más agrado las leyes que salvaguardaban la propiedad privada, porque sus primas individuales y sus esperadas ganancias representaban una forma de inversión de capital. La mayoría de los hombres se torna más conservadora cuando tiene algo que conservar. En Inglaterra, donde los ideales del *laissez-faire* eran poderosos, muchos

trabajadores crearon fondos de seguridad por propia iniciativa; en Alemania, con sus tradiciones paternalistas, el Estado asumió esta responsabilidad después de 1883. Bismarck estaba decidido a aplastar a los socialistas, pero reconoció la validez de sus demandas de justicia social. El trabajador industrial, y el agrícola, que vivían con un salario mínimo, rara vez podían ahorrar para protegerse contra la enfermedad, la invalidez o la vejez. El trabajador que dejaba de trabajar dejaba de ganar, y podía convertirse en un mendigo en el plazo de unas pocas semanas o meses. Por tanto, era prudente y humanitario que el Estado introdujera un sistema de seguro obligatorio que diera ayuda por adelantado a los desocupados, los viejos, los enfermos y los inválidos.

Así, pues, Alemania fue la primera gran potencia que hiciera el experimento de la seguridad social en gran escala. Una Ley del seguro de salud, aprobada por el Reichstag en 1883, ofreció un máximo de trece semanas de cuidados médicos, en cualquier año, a sus beneficiarios. Los trabajadores pagaron dos tercios, y los patronos un tercio del costo. En 1884 se promulgó una Ley del seguro contra accidentes, totalmente mantenido por cuotas de los patronos, y en 1889 otra fue coronada por una Ley del seguro contra la ancianidad y la invalidez. Para el sostenimiento de este último contribuyeron patronos, empleados y el gobierno y la magnitud del programa de seguros del Estado no tardó en revelarse en informes oficiales. Entre 1885 y 1900 se pagaron cerca de 50 000 000 de reclamaciones de beneficio por concepto de enfermedad, accidente y vejez.

Impresionadas por el experimento alemán, otras naciones promulgaron leyes semejantes antes de que terminara el siglo. Las leyes de seguro contra enfermedad, las pensiones por vejez, y las compensaciones por accidentes en el trabajo fueron promulgadas en Austria-Hungría, Dinamarca, Noruega, Bélgica, Suiza,



Italia y Francia. Inclusive en Inglaterra, donde el prejuicio contra la intervención del Estado en la dirección de los negocios y de la industria seguía siendo poderoso, se promulgó en 1897 una Ley de compensación a obreros. La medida inglesa restringió la indemnización a los accidentes no causados por "el flagrante descuido del trabajador", disposición que produjo muchas reclamaciones ante los tribunales. En los Estados Unidos, todas las formas de seguro estatal, para las clases trabajadoras, fueron a la zaga de las adoptadas en Europa, debido en parte a la situación económica más elevada del trabajador ordinario, pero principalmente en virtud de la filosofía individualista que dominaba la vida norteamericana. Los australianos y los neozelandeses, en notable contraste con la mayoría de las naciones de habla inglesa, se anticiparon a la legislación europea en materia de trabajadores; la colonia de Victoria organizó juntas para fijar los salarios industriales en 1885, el Partido laborista de Nueva Zelandia, después de 1890, se lanzó a un audaz programa social para fragmentar los grandes latifundios, limitar las fortunas privadas mediante un impuesto progresivo sobre la renta y proteger a los trabajadores industriales a través de estrictas leyes de fábricas. La jornada de ocho horas se estableció por ley en 1897 y las pensiones por ancianidad en 1898.

Esta ola de legislación del trabajo, tan rápida y con carácter universal en el mundo occidental, hizo de la década de 1890 una época significada de la historia social. Evidentemente el espíritu de los tiempos estaba cambiando. Las horas de trabajo de los obreros, los salarios, la salud, la seguridad, la protección, los riesgos de invalidez y las pensiones por ancianidad estaban dejando de ser asunto particular. La filosofía económica de la libre empresa y de la competencia no regulada, conforme a la cual el patrono y el empleado se reunían sobre la base de un contrato voluntario, con un mínimo

de vigilancia e intervención del gobierno, había sido ensayada y estimada defectuosa. El Estado estaba interviniendo, no sólo para mediar entre el capital y el trabajo, sino para hacer cumplir el arbitraje obligatorio, el seguro obligatorio, las tasas de salario obligatorias, y las pensiones obligatorias para los ancianos, los inválidos y los que de ellos dependieran. En el plazo de una generación, esta marcha hacia el socialismo de Estado habría de convertirse en una corriente casi irresistible, que llevaba a los pueblos de Europa a una regulación más amplia de su vida económica y social.

La decadencia del *laissez-faire* y el desarrollo de la reglamentación económica podían también apreciarse por la creación de muros arancelarios que obstruían el libre movimiento del comercio e intensificaban el espíritu de nacionalismo económico. La década de 1880 presenció un notable desplazamiento hacia el proteccionismo. Para protegerse de la seria competencia de los artículos industriales ingleses y del trigo americano, los industriales europeos exigieron a sus gobiernos que vallaran el campo nacional, y los políticos, que siempre están interesados en obtener nuevos ingresos, respondieron prontamente a la solicitud estableciendo impuestos de importación más elevados. Rusia, España e Italia ya habían aumentado sus leyes arancelarias hacia 1878; Alemania se lanzó resueltamente al proteccionismo en 1879; Francia y Austria impusieron nuevas contribuciones a los artículos industriales importados en 1881. Después de 1885, una segunda ola de tendencia proteccionista barrió Europa, y Alemania encabezó el movimiento al fijar aranceles más altos a muchos productos agrícolas; Francia no tardó en imitar las medidas, Italia siguió el ejemplo en 1887 y Suecia en 1888. Cuando Suiza abandonó el libre comercio en 1891, sólo Inglaterra, Bélgica y Holanda permanecieron fieles, en principio, al *laissez-faire* comercial, que tan ampliamente se había



adoptado a comienzos de siglo. Los Estados Unidos, donde los intereses industriales habían ejercido el predominio desde la Guerra Civil, guardaron el amplio mercado norteamericano con celosa vigilancia, construyendo un muro arancelario, en la década de 1880, más alto que cualquiera otro de Europa. Inclusive los dominios ingleses abandonaron las tradiciones del *laissez-faire* para seguir la tendencia general, fijando impuestos de importación a los artículos de todos los países, sin exceptuar a Inglaterra.

El último cuarto del siglo XIX fue un período de imperialismo desenfrenado. Todas las grandes potencias buscaron nuevas conquistas, y todas, salvo Austria-Hungría, libraron guerras coloniales para extender sus posesiones en otros continentes. Un quinto de la superficie de la tierra y una décima parte de sus habitantes, quedaron comprendidos en los dominios en expansión de los conquistadores europeos en el término de una generación, tasa de intrusión imperialista sin precedente en la historia. Fue la culminación de cinco siglos de expansión europea en ultramar; hacia 1900 la civilización europea proyectaba su larga sombra sobre la tierra; y Joseph Chamberlain resumió este desenlace en una frase: "El día de las naciones pequeñas ha pasado; ha llegado el día de los imperios".

África, cuatro veces más grande que Europa en extensión, fue fragmentada en el curso de una generación. La carrera para establecer protectorados por todo su no muy conocido interior se aceleró después de 1881, cuando los franceses obtuvieron Túnez. Los desórdenes en Egipto proporcionaron una excusa para la ocupación inglesa de Alejandría un año más tarde, pero las fuerzas anglo-egipcias necesitaron quince años para dominar el Sudán. Los audaces viajes de David Livingstone, Henry M. Stanley, Savorgnan de Brazza, Herman von Wisman y otros exploradores africanos revelaron las riquezas y

las maravillas del continente negro. Una "fiebre africana" se apoderó de la imaginación de los europeos cuando en sus lecturas conocieron de extraños safaris desde las arenas del Sahara hasta las llanuras de Suráfrica, y desde las tierras bajas empantanadas por las aguas de un río, hasta las Montañas de la Luna envueltas en bruma. Los aventureros hicieron "tratados" con los reyes indígenas, los diplomáticos alardearon y jugaron con trampa para mantener sus pretensiones excesivas y los ministros de colonias se cruzaron notas inspiradas en una creciente exasperación.

En 1884, por iniciativa de Bismarck y del premier francés Jules Ferry, catorce naciones enviaron delegados a Berlín para una conferencia de asuntos africanos. Se adoptaron reglas para la supresión de la esclavitud, la libre navegación del Níger y del Congo, y la definición de la "ocupación efectiva". Las potencias reconocieron la existencia del Estado libre del Congo (que más tarde fue propiedad belga) y se prepararon a delimitar sus esferas de influencia rivales. Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, Bélgica, Portugal y España entraron en posesión de extensos territorios situados detrás de los puertos que habían establecido en la costa, y las áreas que reclamaron se extendieron rápidamente hasta que toda África quedó delimitada. Los mapas del continente vacío se convirtieron en una colcha de colores, poniendo fin a la vaga cartografía romántica descrita por Swift, según la cual

> *. . . geographers, in Afric-maps,*
> *With savage-pictures fill their gaps;*
> *And o'er unhabitable downs*
> *Place elephants for want of towns.*

[. . . Los geógrafos, en los mapas africanos / llenan sus huecos con dibujos de salvajes: / y en sus deshabitadas soledades / ponen elefantes a falta de ciudades.]



Más de una vez, en el pasado siglo XIX, la competencia por el territorio africano llevó a algunas de las grandes potencias al borde de romper las hostilidades. La anexión francesa de Túnez, en 1881, despertó la animosidad de los italianos (que ambicionaban el lugar de la antigua Cartago) y los llevó a concertar un acuerdo con Alemania y Austria (Triple Alianza, 1882). Un encuentro anglo-francés en el Alto Valle del Nilo (incidente Fashoda) excitó a ambas naciones, en 1898, hasta un grado peligroso. Las disputas franco-alemanas sobre Marruecos provocaron una serie de crisis entre 1905 y 1912, que se resolvieron mediante transacciones conciliatorias, pero que aumentaron la tensión internacional.

Con los pueblos indígenas africanos, los intrusos europeos no pudieron evitar cierto número de conflictos locales y limitados. Los años transcurridos desde 1880 hasta 1900 escucharon los ecos apagados de oscuros encuentros en los desiertos y las selvas. Y los rifeños, senegaleses, hovas, tuaregs, ashantis, basutus, zulúes, matabeles y otras tribus obstinadas, lucharon en vano contra los conquistadores blancos. Sólo los abisinios conservaron su independencia, al rechazar en 1887 y 1896 a fuerzas expedicionarias italianas que avanzaban desde Eritrea. En casi todas las regiones de que se apoderaron los europeos, pusieron término a las guerras de tribus, mejoraron las comunicaciones de transporte y trataron de dominar las enfermedades. Es fácil demostrar que en los protectorados establecidos por los diversos gobiernos europeos, los funcionarios no siempre estuvieron a la altura de sus grandes responsabilidades y su trato de los indígenas africanos fue a veces egoísta y arbitrario. Pero hubiera sido incalculablemente peor abandonar a África y a sus pueblos a la libre explotación de los aventureros comerciales y a las operaciones de las compañías mineras y comerciales que habrían impuesto sus propias con-

diciones a los jefes indígenas y administrado sus concesiones de la manera que mejor les pareciese.

La presión de la expansión europea, regulada o no, afectó a toda África a fines del siglo XIX. En 1878, un poco más de la décima parte del continente estaba sujeta a los gobiernos europeos, que en 1914 dominaban nueve décimas partes del mismo. El bloque más grande quedó en manos de los franceses. Extendiéndose desde Argelia hasta la Costa de Marfil y desde Senegal hasta el Sudán Anglo-Egipcio, este imperio africano francés se había expandido hasta constituir un área veinte veces mayor que la de Francia, que superaba en extensión territorial inclusive al total de las posesiones africanas inglesas.

La prueba más justa de los efectos de la dominación europea en el continente negro consistiría en hacer una comparación de las estadísticas de población antes y después de la terminación de la hegemonía europea. Desgraciadamente, no existe nada que pueda ser considerado, aunque fuera aproximadamente, como una estadística de población. Sin embargo, estimando y analizando datos de diversas fuentes, se han recogido suficientes pruebas que indican que la población indígena de África, antes de 1880, había permanecido estacionaria, o casi estacionaria durante siglos. Pruebas más dignas de crédito indican que, entre 1880 y 1914 —el periodo en que los gobiernos europeos extendieron su dominio sobre la mayor parte del continente— la población aumentó en un tercio. Tal tendencia nos indica que, en lo que se refiere a la salud y a la duración de vida, el dominio europeo dio a los africanos muy evidentes beneficios.

En África del Sur, donde los ingleses tuvieron que librar la más importante guerra colonial como resultado del "nuevo imperialismo", la resistencia principal no la ofrecieron las tribus indígenas, sino los descendientes de los colonos europeos. La ciudad del Cabo había sido



fundada por los holandeses en 1652, pero la Colonia del Cabo pasó a jurisdicción inglesa durante las guerras napoleónicas y hacia 1826 sus límites se habían extendido hasta el río Orange. Los boers, como se llamaba a los colonos holandeses, resintieron la intervención inglesa, y en 1835 cerca de 10 000 de los mismos iniciaron una gran emigración hacia el norte, y establecieron una república más allá del río Vaal. La guerra entre los ingleses y los boers en 1842 y 1848 tuvo como causa el intento de delimitar los territorios. Los ingleses reconocieron la independencia de la región del Transvaal, donde los boers establecieron la República Surafricana (Convención del río Sand, 1852). Las tierras situadas al norte del río Orange también se les cedieron, y surgió el Estado Libre de Orange, después de 1854.

El descubrimiento de diamantes (1867) entre los ríos Vaal y Orange y de ricas minas de oro en el Transvaal (1886) alteraron el cuadro económico. Los ingleses se anexaron los yacimientos de diamantes que habían estado comprendidos en la jurisdicción del Estado Libre de Orange, en 1871, y seis años más tarde hicieron presión para anexarse la República Surafricana. La presión del imperialismo había desconocido la Convención del río Sand. El resentimiento boer, que ya había producido la política inglesa de protección a los indígenas africanos, se tornó intenso, en tanto que los ingleses se sentían afrentados por la discriminación legal y política a que se sometía a los extranjeros (*Uitlanders*) en las repúblicas boers. La proclamación del protectorado alemán sobre una franja adyacente de la costa africana suroccidental (1884) aumentó la preocupación inglesa, en tanto que la agitación de los *Uitlanders* alarmó a los boers.

En 1890, el vigoroso imperialista inglés, Cecil Rhodes, que había hecho una fortuna en los yacimientos de diamantes, se convirtió en primer ministro de la

Colonia del Cabo. Soñaba con un ferrocarril desde El Cabo hasta El Cairo que atravesaría África, de sur a norte, por territorio inglés, pero encontró un obstinado oponente en el jefe boer, Paul Kruger. Kruger había luchado (1880) para hacer independiente de nuevo a la República Surafricana (Transvaal) después de que Inglaterra se la anexó en 1877, y en 1883 fue su presidente. En 1895, el amigo de Rhodes, el doctor Leander Starr Jameson, encabezó a 660 hombres que penetraron en el Transvaal para auxiliar una rebelión de los *Uitlanders*. Avisados de esto, los boers capturaron a los invasores. Después de cuatro años más de negociaciones frustradas, la guerra estalló en 1899 y en ella la República Surafricana y el Estado Libre de Orange se aliaron contra el Imperio inglés.

Durante dos años y medio los boers mantuvieron la lucha desigual, hasta que finalmente se rindieron a fuerzas que los superaban en proporción de cinco a uno, y aceptaron la soberanía inglesa en mayo de 1902. Se les prometió un gobierno representativo y se les concedieron 3 000 000 de libras para reparar sus granjas destrozadas. El clamor contra la agresión inglesa, que se levantó por todo el mundo civilizado, dejó a los ingleses en un incómodo estado de ánimo, porque se dieron cuenta de su aislamiento diplomático, de su impopularidad y de su falta de preparación militar. La guerra surafricana debilitó grandemente, si no destruyó, el espíritu de agresiva confianza en sí mismo que había inflamado al orgullo inglés a fines del siglo XIX. Cinco años después de terminada la guerra se le concedió un gobierno responsable a la colonia de Transvaal y del río Orange, y en 1909 las provincias ingleses y boers se unieron en un dominio autónomo que tomó el nombre de Unión Surafricana.

Asia, con su población mucho mayor (la mitad del género humano en 1880) pareció estar destinada a compartir la suerte de África en estas décadas de avasallador imperialismo. Los ingleses dominaban ya la India; sus patrullas chocaban con los puestos avanzados rusos en Persia y Afghanistán; el Tibet y el Valle del Yangtse se señalaron como esferas potenciales de sus actividades; y Birmania superior se anexó como provincia de la India en 1886. Hacia 1883, los franceses completaron su conquista de Indochina, desde Cambodia hasta Tonkín; la provincia china de Yunnan quedó abierta a su penetración y adquirieron en arrendamiento el territorio de Kwangchowan, en 1898. En el norte, los rusos estaban construyendo un ferrocarril en Manchuria y esperaban el colapso de la autoridad china para penetrar en Mongolia y Sinkiang. China, el aletargado dragón, parecía estar destinada a morir despedazada. Se retorcía en su sueño, pero no podía despertar para rechazar las mordeduras de sus numerosos enemigos.



Inclusive los japoneses, que adoptaron el imperialismo europeo al mismo tiempo que su técnica, se sumaron a la carrera para obtener concesiones chinas. Atacando a su enorme, pero inerte vecino en 1894, separaron Corea, se anexaron Formosa y casi obtuvieron la península de Liaotung. Pero esta última presa interesaba también a los rusos, los alemanes y los franceses, y estas potencias "persuadieron" a los japoneses para que se la devolvieran a China. Los éxitos alcanzados por los japoneses en la guerra chino-japonesa de 1894 precipitaron una nueva avalancha en pos de posesiones. Todas las potencias exigieron, y todas, salvo Italia, obtuvieron nuevos arrendamientos, tratados portuarios, privilegios y beneficios comerciales, hasta que su voracidad despertó finalmente la resistencia china. En 1900, una sociedad secreta, la "Orden literaria y patriótica de los puños armoniosos" (en inglés, *boxers*), asesinó a misioneros y a comerciantes y puso sitio a las legaciones europeas. Este intento mal planeado de arrojar de China a los

"demonios extranjeros" acarreó rápidas e indiscriminadas represalias. Un ejército internacional avanzó sobre Pekín, saqueó el palacio de la reaccionaria emperatriz Tzu Hsi, que había alentado a los *boxers*, e impuso una indemnización onerosa. Entre las doce potencias que colaboraron en este arreglo de los asuntos chinos figuraron el Japón y los Estados Unidos.

A diferencia de la mayoría de los demás participantes, que obtuvieron una parte al aplastar la rebelión boxer, los Estados Unidos no se quedaron con territorio, ni reclamaron una esfera de influencia en el continente de Asia. Pero los norteamericanos habían quedado en posesión de las islas Filipinas en 1898, después de una breve guerra con España y se habían anexado las islas Hawai en el mismo año. Aunque la causa inmediata de la guerra hispano-americana había sido una rebelión de los cubanos (que rápidamente quedaron liberados del dominio español) el conflicto marcó un hito en los asuntos norteamericanos y mundiales, pues señaló el surgimiento de los Estados Unidos como potencia mundial, a pesar de que el pueblo norteamericano tardó en darse cuenta de que su deseado aislamiento había llegado a su término. Absortos todavía en la gigantesca tarea de explorar y explotar su propio continente, habían intentado eludir aventuras en ultramar. Con la adquisición de las Filipinas y de Hawai, sin embargo, el pueblo norteamericano (o por lo menos su gobierno) reconoció la necesidad de tener una armada en dos océanos y un canal interoceánico en Panamá que permitiera el rápido refuerzo de cada flota. El Pacífico se había convertido en un océano de porvenir. Los comienzos del siglo XIX vieron surcar las aguas del Lejano Oriente a los barcos de guerra de seis grandes potencias: Inglaterra, Francia, Alemania, Rusia, Japón y los Estados Unidos. De entre estos vigilantes guardianes de los asuntos orientales, las dos potencias más interesadas en la suerte de China eran Japón y Rusia, pues ambos tenían territorios que se encontraban en el Mar del Japón. Su rivalidad para obtener la influencia dominante en el norte de China provocó un conflicto armado en 1904.



Los progresos de la técnica oriental, que habían cambiado el modo de vida del hombre en el siglo XIX de manera más radical que en los 200 años anteriores, siguieron acelerándose al finalizar el siglo. La economía dominada por las máquinas produjo una demanda creciente de nuevos metales, de cobre, estaño, cinc y aluminio, pero el hierro dominaba todavía el mundo industrial. Entre 1880 y 1900 la producción de acero del mundo se elevó violentamente, desde 4 000 000 hasta 28 000 000 de toneladas métricas, y la producción de hierro en barras desde 18 000 000 hasta 39 000 000. Contando con hierro abundante, los ingenieros le dieron nuevos usos estructurales, especialmente en la construcción de puentes y en la arquitectura. Los puentes Forth y Brooklyn, la torre Eiffel y los primeros rascacielos de Chicago y Nueva York se terminaron en la década de 1880. La turbina de vapor *compound*, perfeccionada por Sir Charles Parsons en 1891, revolucionó la máquina de vapor y elevó la energía disponible para los generadores eléctricos y el transporte oceánico. La electricidad abrió nuevas rutas en la industria y en la metalurgia, proporcionó energía para mover tornos y elevadores, reducir metales en el horno eléctrico, soldarlos con el arco eléctrico, refinarlos y galvanizarlos mediante electrólisis. Los químicos inorgánicos crearon nuevos productos comerciales en sus laboratorios, casi de la noche a la mañana, y el más notable de todos fue el descubrimiento alemán de las anilinas sintéticas a base de los residuos del alquitrán de hulla. Industriales ingleses iniciaron la producción de papel barato con pulpa de madera; un científico francés exhibió la primera seda

artificial extraída de la celulosa, en la exposición de París de 1889; y los químicos alemanes aprendieron a fijar el nitrógeno del aire y a sintetizar los nitratos indispensables para los abonos, y para los explosivos.

En la ciencia pura, distinta de la ciencia aplicada (la distinción estaba desapareciendo rápidamente en la realidad), los avances más decisivos de este periodo se produjeron en el campo de la radiactividad. Aunque el significado total del avance no se percibió de inmediato, Wilhelm Konrad Roentgen (alemán) abrió una nueva era en la química con su descubrimiento de los rayos X, en 1895. Al año siguiente, Antoine Henri Becquerel (francés) descubrió que el uranio emitía rayos semejantes a los observados por Roentgen, y en 1898 Pierre Curie (francés) y María Curie (polaca) aislaron el radio. Esta investigación internacional de los secretos de la materia había sido precipitada por Heinrich Hertz (alemán), cuya investigación de la teoría electromagnética de la luz, propuesta primero por Clerk Maxwell (inglés), le permitió demostrar la existencia y medir la velocidad de ondas electromagnéticas desde 1886. Que estos cálculos y experimentos abstractos, que al parecer estaban tan lejos como las estrellas del mundo de los asuntos prácticos, poseían de hecho una utilidad comercial directa fue demostrado rápidamente por Guglielmo Marconi. Este inventor italo-irlandés utilizó las ondas hertzianas (como todavía se llama a las ondas de radio) para trasmitir mensajes y así nació la telegrafía sin hilos (1895). En el plazo de tres años se trasmitieron mensajes con éxito a través del Canal de la Mancha. Y en el plazo de seis a través del Océano Atlántico. Fue una prueba de las maravillas que podrían esperarse de la nueva ciencia de la telecomunicación.

El influjo de la nueva técnica estaba cambiando la faz de la naturaleza y el destino del hombre, pero las esotéricas formas de los científicos siguieron siendo in-



sondables misterios para la multitud. La ciencia natural había avanzado a enormes pasos en el siglo y medio transcurrido desde que Benjamin Franklin produjo electricidad de los cielos al hacer volar una cometa durante una tormenta. El fuego prometeico de los cielos había sido dominado para que moviera las máquinas de los hombres, enviara sus palabras a través del océano e indagara los secretos del corazón de la materia. Para expresar las leyes, computar las relaciones y clasificar los fenómenos descubiertos por físicos y químicos, los matemáticos habían desarrollado su disciplina a lo largo del siglo XIX, añadiendo nuevos perfeccionamientos a las leyes del movimiento descubiertas por Sir Isaac Newton, y explorando las posibilidades de la geometría no-euclideana. La matemática moderna, la creación más original de la mente humana, se había convertido en lenguaje internacional, en el lenguaje, como había dicho audazmente Galileo cuatro siglos antes, en que la naturaleza escribía sus secretos. Sin embargo, como los símbolos hieráticos de los antiguos sacerdotes, seguía siendo una escritura que sólo un pequeño grupo de iniciados sabía interpretar. Los científicos formaron una sociedad secreta y emancipada. Segregados por su deliberada especialización, dedicados a los misterios recónditos, habían dejado muy atrás la marcha de la civilización occidental.

La sociedad del siglo XIX estaba fascinada por los triunfos de sus científicos y de sus técnicos, pero era sólo una fascinación de la mente; el corazón seguía fiel a una tradición más vieja y humanista. "Admiramos azorados —confesó Matthew Arnold— a los heraldos de un nuevo orden científico",

*We admire with awe*
*The exulting thunder of your race;*
*You give the universe your law,*
*You triumph over time and space!*

*Your pride of life, your tireless powers,*
*We laud them, but they are not ours.*

[Admiramos azorados / El estruendo alborozado de vuestra raza; / Dictáis al universo vuestra ley, / ¡Triunfáis sobre el tiempo y el espacio! / Vuestro orgullo vital, vuestras inagotables energías / Cumplidamente los elogiamos, pero no son nuestros.]

El pensamiento europeo estaba dominado todavía por normas literarias que el Renacimiento había reafirmado y el gobierno de la grafocracia había perpetuado durante cinco siglos. Arnold, que era inspector de escuelas, luchó en defensa de las antiguas obras literarias y en contra de la inclusión de las nuevas ciencias en los planes de estudio. La imposición de la literatura clásica, como fundamento de la instrucción convencional, hizo que la educación fuese casi sinónima de la cultura literaria que había forjado la mente europea en el molde de una cultura tipográfica. Cuando, a fines del siglo XIX, se invitó a la mayoría, todavía iletrada, a compartir el pastel de la cultura, se prescribió el tipo de educación liberal admirado por una clase ociosa. La instrucción se llevó a cabo, casi por completo, en el plano intelectual, prestando escasa atención a los problemas prácticos que los alumnos habrían de resolver más tarde en el ámbito de la fábrica, en la oficina o en la tienda, en el cuarto de los niños o en la cocina, donde la mayoría de ellos tendrían que trabajar.

Tomando la capacidad de leer y escribir como la vara de medir aceptada, el progreso de la educación popular en el siglo XIX se midió en relación a la disminución en el porcentaje de analfabetos. Las estadísticas son incompletas y los niveles variables, pero puede decirse, sin vacilación, que la mayoría de los europeos era todavía analfabeta cuando terminó el siglo. Las cifras



correspondientes a Inglaterra muestran que un tercio de los hombres y la mitad de las mujeres eran analfabetos en 1840; en Francia y Bélgica, la mitad de los ciudadanos adultos se hallaban en la misma condición en 1850; en Alemania y en los Estados escandinavos, los niveles eran más altos; pero en Italia, España, Portugal, Austria, Rusia y los países balcánicos, sólo una persona de cada diez sabía leer y escribir en 1860.

El progreso de la democracia política convirtió la educación popular en una cuestión difícil, puesto que pareció peligroso dar el derecho de voto a ciudadanos que no sabían leer ni escribir. James Madison, cuarto presidente de los Estados Unidos, señaló este peligro haciendo la severa advertencia de que "un gobierno popular, sin educación popular, es el prólogo a una farsa o a una tragedia". Casi todos los gobiernos europeos tomaron algunas disposiciones para crear escuelas públicas gratuitas de enseñanza primaria durante el último tercio del siglo XIX: Austria-Hungría (1868-69), Inglaterra (1870), Alemania (1872), Suiza (1874), Italia (1877), Holanda (1878), Bélgica (1879) y Francia (1878-82). El analfabetismo disminuyó con notable rapidez. Hacia 1900 era de menos de un 5 % en Alemania, los países escandinavos, Inglaterra y Francia, con lo que dejó de ser un grave problema en la Europa noroccidental. La Europa meridional y la oriental ofrecían todavía un cuadro menos halagüeño. Un tercio de la población de Austria-Hungría, una mitad de los italianos, dos tercios de los españoles y los portugueses, y cuatro quintos de la población de los países balcánicos y de Rusia no sabían leer ni escribir cuando terminó el siglo XIX. Considerando a Europa, en su conjunto, esto significaba que la mitad de la población seguía siendo analfabeta. En los Estados Unidos, el coeficiente de analfabetismo correspondiente a esos diez años disminuyó desde un 17 % hasta un 10 %, entre 1880 y 1900, pero en la

América Latina siguió siendo excepcionalmente alt
general, y pasaba del 90 % en México, Brasil y Bo

El insólito aumento del total del público lect
la Europa occidental y en los Estados Unidos,
un campo cada vez más grande para el periodismo popular. El número de periódicos se duplicó en Europa entre 1880 y 1900. Nuevas invenciones —el linotipo, el monotipo, la prensa plana, el alimentador y la plegadora automáticos, el grabado de medio tono y la impresión a colores— redujeron los costos y multiplicaron la circulación, auxiliados por la sustitución del papel de trapos por el papel de pulpa de madera. La recepción de noticias se aceleró gracias a la más rápida trasmisión del correo y la extensión de las líneas telegráficas y telefónicas. Como había millones de lectores que tenían conocimiento de los acontecimientos de actualidad leyendo los periódicos baratos, las técnicas de la propaganda y de la publicidad se desarrollaron rápidamente y se orientó caprichosamente a la opinión pública. Los políticos aprendieron a escuchar y a veces a manipular al oráculo de la prensa; y el derecho a escribir y a hablar libremente en materia de asuntos públicos se convirtió en un principio cardinal de la fe democrática.

Gracias a este creciente estímulo, las actividades periodísticas y editoriales aumentaron fenomenalmente. En Alemania, que durante tanto tiempo había ido a la cabeza en el negocio editorial, las imprentas duplicaron su producción en veinte años. Dondequiera que el alfabetismo aumentó, nuevas bibliotecas públicas, salas de lectura, librerías y quioscos de libros pusieron ante los ojos del público tomos, periódicos y panfletos, que satisfacían sus variables caprichos. La herencia de la civilización europea, en la medida que podía quedar contenida en libros, se puso al alcance de las clases que sabían leer y escribir, y esto fue una liberación y una invitación para aprender que aceleraron la democratiza-



ción de la cultura occidental. El hombre común adquirió conciencia de un mundo que se extendía más allá de su antiguo horizonte limitado, y tuvo un conocimiento de los asuntos sociales y naturales que lo preparó más adecuadamente para desempeñar el papel de ciudadano activo. El conocimiento de las letras proporcionó un fundamento indispensable para la propagación de la democracia por el mundo occidental, ya que, como aprendió Lenin en sus primeros intentos de despertar a las masas rusas, sin un conocimiento de las letras "no puede haber política, sino sólo rumores, chismes y prejuicios".

La literatura del pasado siglo XIX fue un espejo en el que reflejaron su sombra los acontecimientos por venir. En el fondo de sus tinteros, los escritores tuvieron la borrosa visión de la inminente desintegración de la síntesis burguesa, y contemplaron al genio de la ciencia, obediente, pero aterrador, levantarse como una nube imprevisible, y en lo más hondo captaron el pálido reflejo de sus propios rostros desilusionados, buscando cada hombre descifrar el enigma de su propio yo íntimo real. Estos tres temas recurrentes —la justicia social, la ciencia y el yo íntimo— nos dan la clave del espíritu de la literatura europea a fines del siglo XIX.

La convicción de que la sociedad había rebasado los límites de la política de salón de la componenda victoriana, y que la agradable tradición del arte ocultaba mucho acerca de la vida, había inspirado la rebelión realista de las décadas de 1860 y 1870. Pero escritores como Émile Zola y Henrik Ibsen, por mucha que fuese su penetración y despiadada su pluma, no estaban destinados a encabezar una revolución popular. No se desarrolló una literatura proletaria vital, hasta que el socialismo no se convirtió en una fuerza política más poderosa. Sin embargo, una advertencia de que no todo andaba bien en el mejor de los mundos burgueses posi-

bles fue la que hizo sonar Henri George en *Progress and Poverty* (1869), la que repitió, más conmovedoramente, Gerhard Hauptmann en *Los tejedores* (1892), y encontró eco en los lupanares del bajo mundo que pintó Máximo Gorki en sus primeros cuentos. En Inglaterra, la formación de la Sociedad Fabiana, en 1883, que contó con el apoyo de Sidney Webb y George Bernard Shaw, fue un paso profético, pues sus miembros se proponían, "la reorganización de la sociedad mediante la emancipación de la tierra, y del capital industrial, de la propiedad individual y de clase..." Desde sus primeras novelas y obras de teatro, publicadas en las décadas de 1880 y 1890, Shaw reveló su habilidad para hacer peligroso al socialismo por tornarlo divertido. Se puso a criticar con su ridículo incisivo las excesivas pretensiones de la superioridad inglesa, de la superioridad burguesa y de la superioridad masculina, y pocos de los que se reían de sus salidas se dieron cuenta de que la ruina de estas firmes premisas abriría las fuentes de los veneros sociales.

La técnica moderna, que arrojaba su sombra sobre tantos campos de la actividad humana a fines del siglo XIX, afectó a la producción de libros más rápidamente que a las mentes de sus autores. La elevada tradición literaria siguió alimentándose del pasado y los señores de las bellas letras ignoraron, mientras pudieron, la vulgar intrusión de las máquinas. Inclusive en los periódicos populares, el espacio dedicado a las invenciones y a los descubrimientos científicos siguió siendo desproporcionado a su importancia cuando terminó el siglo, debido en parte a que los métodos y las personalidades de los hombres de ciencia eran difíciles de simplificar o de dramatizar. Pero los relatos de aventuras con un fondo seudo-científico conquistaron al público (Jules Verne había elevado este tipo de literatura en la década de 1860) y las novelas cuya acción se



desenvolvía en el mundo feliz que había de ser creado por la ciencia competían con la novela histórica en el gusto del público. Por una extraña relación, la nueva literatura de ficción científica coincidió con el pensamiento utópico, y surgió una literatura híbrida que mezclaba detalles científicos a la fantasía social. El *Erewhon* (1872) de Samuel Butler pintó una comunidad ideal, en tal forma que su obra constituyó una sátira de la Inglaterra contemporánea. De *Looking Backward* (1887), de Edward Bellamy, escrito en vena más popular y amable, se vendió un millón de ejemplares. *News from Nowhere* (1891) de William Morris, *War of the Worlds* (1898), de Herbert George Wells, y producciones semejantes de idealismo sociológico disfrutaron de amplia popularidad. En el continente, una de las novelas de mayor influencia de este género fue *Freiland, ein soziales Zukunftsbild* (1890), relato imaginario de la fundación de una colonia socialista en el África ecuatorial, escrita por el periodista y economista austriaco Theodor Hertzka.

Desde antes de 1900 algunos de sus hijos más avisados habían descubierto por sí solos que la sociedad burguesa estaba enferma. Desde los países escandinavos hasta España, los autores prestaron su atención a la crítica social, cuando el siglo XIX se acercaba a su fin, pero no tengo espacio para mencionar más que unos pocos nombres representativos. En Noruega Björnstjerne Björnson, en Dinamarca Georg Brandes, en Holanda Edward Douwes Dekker y sus discípulos, que fundaron la *De Nieuwe Gids* hacia 1880, en Francia Émile Zola y Anatole France, en Alemania Nietzsche, Hauptmann y la feminista Louise Otto-Peters, en Italia Edmondo De Amicis, en España Ricardo Macías Picavea y Ángel Ganivet se preocuparon todos de los síntomas de decadencia que descubrían a su alrededor, pero pocos

complementaron su diagnóstico con un programa constructivo para la recuperación social.

Entretanto, se descubrían indicios crecientes de una inminente revuelta contra el positivismo, el intelectualismo y el determinismo científico. La ciencia hacía que las naturalezas artísticas sensibles volvieran la mirada sobre sí mismas, comprobando la máxima de Coleridge pronunciada anteriormente en el siglo, que decía, "la poesía no es la antítesis propia de la prosa, sino de la ciencia". En verdad, la poesía y la ciencia no podían reconciliarse fácilmente. Una de las lagunas singulares de la literatura moderna es que las hazañas épicas de los científicos nunca se hayan celebrado en debida forma en versos épicos. Los hacedores de maravillas que crearon suficientes leyendas como para formar una mitología moderna, que domeñaron el rayo, que midieron el sol con una regla de cálculo y que exorcizaron a los invisibles ejércitos de la muerte esgrimiendo un tubo de ensayo, no encontraron bardos que los elogiaran en un canto inmortal.

Esta dicotomía de la cultura occidental, entre los hacedores de cosas y los hacedores de canciones, fue algo más profundo que un alejamiento intelectual fortuito. La generación que llegó a su madurez en la década de 1890 estaba preparada para la desilusión. Había llegado a la madurez en una era de grandes realizaciones materiales, pero en una atmósfera helada por lo que Disraeli acertadamente había calificado de "frígidas teorías de una edad generalizadora". Fue la primera generación que se dio plena cuenta de que la ciencia había lanzado a la humanidad por un camino desconocido. Un estremecimiento recorrió a las confiadas filas cuando la vanguardia frenó su avance, buscando las piedras miliares que no se encontraban allí. La literatura de la época registra esta baja de la moral, el cambio del optimismo heredado en la duda introspectiva que sobre-



vino con el fin de siglo, como si un viento helado hubiese llegado desde las inexploradas soledades del nuevo siglo.

El hombre moderno se estaba recuperando de la intoxicación de sus triunfos y sintiendo el peso de su desolada y callada singularidad. Como el enigmático héroe de una de las primeras novelas de Joseph Conrad, *Lord Jim* (1900), obedecía todavía a una norma de conducta heredada. Pero era un exiliado de su propio pasado, una víctima involuntaria de poderes oscuros, un eterno errabundo, "excesivamente romántico" e "inescrutable en el fondo". Como Lord Jim, parecía estar destinado a desaparecer bajo una nube, sin que nadie pudiera estar seguro de lo que dijo.

"Hacia adentro". Este reto lanzado por Miguel de Unamuno, para incitar a sus connacionales españoles después de las derrotas de 1898, tuvo un significado internacional más amplio. "Los que no pueden recordar el pasado están condenados a repetirlo", advirtió George Santayana casi al mismo tiempo. Las admoniciones llegaron en el momento oportuno. Para orientarse en el camino que se abría delante de ellos, los europeos tenían que repasar el camino que habían dejado atrás, y estimarse de nuevo a sí mismos y a sus tradiciones. La confusión intelectual de la época fue resultado, en gran parte, del cisma abierto entre la teología y la ciencia, y varias mentes ardientes se lanzaron a buscar una reconciliación que pudiese hacer de nuevo "íntegro" al hombre. Después de 1885, las escuelas idealistas de filosofía ganaron nuevos conversos. Varios científicos destacados, sobre todo el matemático francés Henri Poincaré, sugirieron que las leyes científicas quizá fuesen relativas y estadísticas, y que los fenómenos mentales no se podían reducir a fenómenos físicos. Esta creencia halló su más hábil defensor en Henri Bergson que en su *Essai sur les données immédiates de la conscience* (1889) insistió en

que la servidumbre al mundo exterior aniquilaba a la mente al reducir sus actividades a una regla estandarizada, mecanicista.

El concepto de relativismo debilitó la posición de positivistas y deterministas. Walter Pater, que murió en 1894, había observado ya esta tendencia. "Considerar todas las cosas y los principios de las cosas como modas inconstantes —admitió—, se ha convertido cada vez más en la tendencia del pensamiento moderno." Los que anhelaban la certidumbre se pusieron a buscarla en otras disciplinas que no fueran las de la ciencia; algunos buscaron "el arte por el arte mismo", y otros la religión. León XIII, que había sucedido al obstinado Pío IX en 1878, aprovechó la oportunidad que le ofrecía este cambio de opinión. Sin poner en entredicho la tradición católica, sugirió la posibilidad de reducir las discrepancias entre las interpretaciones religiosas y racionalistas de la historia y abrió los archivos del Vaticano a los sabios acreditados, en la seguridad de que una comprensión más honda lograría armonizar las discrepancias. Los clérigos señalaron que el bienestar social de las masas era un campo en el que la Iglesia y el Estado tenían un interés común. A los escépticos se les recordó que la discrepancia entre la ciencia y la religión no era absoluta, y las vidas de Gregor Mendel y Louis Pasteur, mostraron la posibilidad de ser un gran científico y un buen católico, al mismo tiempo. El final del siglo no sólo produjo un resurgimiento literario católico, sino que encontró a la Iglesia operando con renovado rigor en muchos frentes, para sorpresa de los agnósticos que, una generación antes, estaban dispuestos a predecir su inminente colapso.

Los que eran indiferentes a la religión buscaron otras claves para descifrar el enigma del yo íntimo. En la atmósfera naturalista que el hombre occidental había tenido que respirar en esta era materialista, el neurótico



volvió los ojos a la psicología en busca de alivio, y el artista, casi inevitablemente, se convirtió en una especie de psicólogo. No le faltaron temas patológicos. El desarraigo de millones de hombres, causado por la migración a las ciudades, la reducción del coeficiente de natalidad, que debilitó la vida familiar y convirtió al hijo único, que antes había sido una anomalía, en casi una norma, la precaria situación económica del asalariado, todo se unió para destruir la seguridad emocional del ciudadano común. Solitario en una multitud, concentró sus pensamientos en sí mismo.

Este narcisismo, este subjetivismo, no tardaron en reflejarse en el arte. El expresionismo, la práctica de dar libre expresión a los pensamientos y sensaciones de uno, se convirtió en técnica aceptada; el término se refirió primero a un estilo de pintura, pero se difundió después a la literatura y el arte teatral. El monólogo interior, la novela del fluir de la conciencia, la búsqueda de nuevos símbolos y de un vocabulario personal singular, revelaron la creciente absorción de los nuevos escritores en la consideración de los estados íntimos de pensamiento y de sentimiento. La novela psicológica no era nueva, pero sí alcanzó una nueva percepción. Henri James, que inició su larga serie de novelas, dramas y ensayos en la década de 1870, analizó a sus personajes con inigualada sutileza y gran discernimiento psicológico. En la década de 1880, Maurice Barrès inició una trilogía a la que dio el significativo título de *Le culte du moi*, que aumentó la boga del individualismo psicológico, y en *Les déracinés* (1897), acuñó un término que describía con propiedad a los numerosos nómadas desarraigados de su generación.

La filosofía y la psicología se lanzaron a la lucha contra una explicación de la experiencia estrictamente intelectual y racional. Los dogmas del pragmatismo, según los elaboraron Charles S. Peirce (que introdujo

el término hacia 1875) y William James, proponían que la verdad es "sólo lo oportuno en nuestra manera de pensar", y que la voluntad y el interés, más que las exigencias de la lógica, determinan las racionalizaciones y creencias del hombre. En forma simplificada, el principio pragmático de que una idea es verdadera si es útil, podía asimilarse fácilmente al darwinismo, pues ideas "verdaderas" serían aquellas que habían ayudado al individuo, o al grupo, a sobrevivir en la incesante lucha por la existencia. Los jefes del mundo de los negocios habían citado ya la doctrina de la "supervivencia del más apto" como una justificación de la competencia sin regulaciones, y el corolario de que los que sobreviven son los más aptos fue para ellos una agradable reflexión sobre su propia supremacía. Pero en el darwinismo y el pragmatismo estaban implícitas cuestiones más peligrosas, puesto que se podía invocar en favor de estas filosofías, en apoyo de la conclusión, que la voluntad de poder (voluntarismo) y la fuerza impulsora (energismo) importaban más efectivamente, en el esfuerzo por sobrevivir, que los dictados de la razón o las sutilezas de la lógica. Tales razonamientos ofrecían apoyo a las clases oprimidas, puesto que, implícitamente, afirmaban que la victoria final en la lucha social podría ser decidida favorablemente, no por la lógica, o por la casuística jurídica, sino por la decisión de la colectividad y la fuerza pura y simple. Nietzsche había recalcado la naturaleza amoral del poder, al insistir en que el jefe nato, el superhombre, debe obrar con la impersonal falta de piedad de una fuerza de la naturaleza, puesto que se encuentra "más allá del bien y del mal". Los jefes de un proletariado militante, que aspiraban a conquistar el mando de la sociedad, asimilaron la conclusión. Para esgrimir el poder, era necesario ser despiadado.

Las ideas son armas y la propagación de ideas como las de Marx y de Nietzsche fueron anuncios de tempes-



tad. Se acercaba una era de profundos trastornos sociales. El siglo XIX había visto a la sociedad europea correr hacia adelante como un río poderoso que se ensanchaba y que se ahondaba al paso de las décadas, turbulento a veces, pero razonablemente obediente a sus diques y nunca catastróficamente destructivo. El gobierno vigoroso e inteligente de una burguesía benévola había hecho posible un notable grado de orden social y la *Pax Britannica* había contribuido a conservar un equilibrio de poder entre las naciones. La riqueza, la población, los niveles de vida, la educación popular y la salubridad pública, habían conseguido avances inigualados hasta entonces por otro imperio de cualquier continente. Aunque la fuerza de la religión organizada había disminuido, el espíritu humanitario se había propagado; ninguna edad ha hecho más en pro del hombre común y corriente, ni ha mostrado un mayor respeto por la santidad de los tratados y de los contratos. Pero el siglo XIX, con su orden y su seguridad, estaba a punto de terminar. Siglos tan dorados han sido raros en los anales de la humanidad y nunca se han dado dos en sucesión inmediata.

# VI. LAS CRECIENTES PRESIONES SOCIALES Y EL EQUILIBRIO DEL PODER (1898-1914)

Al comenzar el siglo XX, en 1901, las potencias europeas habían estado en paz durante casi treinta años, y no se había producido una guerra europea general en ochenta y cinco años. Todas las principales naciones, salvo Rusia, habían creado la maquinaria de un gobierno parlamentario, aunque en Alemania y Austria-Hungría este aparato no siempre funcionaba y los ministerios podían vetar a una mayoría de los representantes populares y seguir en el poder, a pesar de los votos de no-confianza de la Cámara Baja. Existían grandes problemas, las tensiones sociales e internas iban aumentando, pero la fe en el progreso y en la razón era fuerte, y la mayoría de la gente creía que su aparato político era el adecuado para resolver las tensiones, si se le hacían oportunos reajustes. Y en esto estaban equivocados. Los problemas no se resolvieron. En 1914, las fuerzas desintegradoras, que operaban en el seno de la sociedad europea, se desbordaron y el continente se hundió en una desastrosa lucha que redujo su población y destrozó su economía. El estallido de esta primera Guerra Mundial señaló el fin de una época histórica. Cuando el equilibrio relativo que había durado desde 1815 se vino abajo en 1914, los 460 000 000 habitantes de Europa ingresaron en una nueva era de conflictos violentos, colapso económico y revolución social. Los que sobrevivieron aprendieron a mirar los años anteriores a 1914 como una edad más feliz de decoro, orden y seguridad.

Para los lectores de una generación posterior es difícil recorrer la historia de las naciones europeas desde 1898 hasta 1914 sin sentir, a cada paso, la proximidad de un desenlace trágico, de un clímax que no querían alcanzar y no supieron prever los actores del drama. Re-





trospectivamente, este sentimiento de dramática ironía tiende a dar a todas las decisiones tomadas en los últimos años del siglo pasado un aire de fatalidad y hacer que el resultado parezca inevitable. Tal manera de ver el pasado es, por supuesto, una falsificación, una dramatización del mismo. Pero no es una falsificación afirmar que, después de 1900, aparecieron múltiples signos en Europa que indicaban que ya no podía aplazarse un grave desenlace. Las enérgicas fuerzas de la economía europea habían comenzado a sacudirse sus yugos; sus amos, reducidos a criados, comprendían demasiado mal estas fuerzas crecientes para poder frenar su aceleración; los frenos políticos y diplomáticos ya no eran suficientes para regular las crecientes tensiones. El nacionalismo técnico, industrial, político y económico generaba presiones poderosas, pero desiguales, y a veces contrarias. En una palabra, la civilización europea estaba amenazada por la disparidad creciente entre una "física fuerte y una débil sociología".

En tal sociedad existieron dos zonas principales en las que la fricción pudo acumularse suficientemente como para provocar una explosión. El antagonismo cada vez más hondo de las clases, en el seno de cada nación trastornada, podía conducir a una revolución. La rivalidad nacional entre Estados cada vez más armados podía precipitar una guerra. Sin embargo, ningún gobierno europeo importante fue derrocado por un trastorno interior en los años anteriores a 1914, gracias en buena parte a que los estadistas de cada país hicieron inteligentes concesiones a las masas descontentas. Esta búsqueda de la justicia social fue el movimiento más significativo, en materia de política interior de las naciones europeas, desde 1898 hasta 1914. En su aspecto pragmático, la búsqueda de la justicia social tuvo éxito: se evitaron las revoluciones. Y puede explicarse cómo se evitaron, analizando por separado cada Estado, pues no

existieron dos que tuvieran idéntica formación o programa.

En Inglaterra, el desenvolvimiento de los asuntos políticos, desde 1895 hasta 1914, se dividió en dos partes, una década de gobierno conservador (1895-1905) seguida por un periodo de predominio liberal (1906-14). Los conservadores llegaron al poder en 1895, con el aristocrático Robert Cecil, marqués de Salisbury, como primer ministro y el vigoroso Joseph Chamberlain como ministro de colonias. Chamberlain encabezaba a un grupo disidente de "unionistas liberales" que había desertado del partido liberal y de Gladstone para unirse a los conservadores, porque estaban decididos a conservar la unión con Irlanda. Un espíritu nacionalista e imperialista se había apoderado del pueblo inglés; el Jubileo de Diamante de la reina Victoria en 1897 fue celebrado con gran pompa, y les recordó los progresos y la prosperidad sin precedentes que Inglaterra había conocido durante su largo reinado. Chamberlain trató de convertir este orgullo y esta exaltación en un programa positivo, exigiendo vínculos imperiales más estrechos con todos los integrantes del Imperio, mayor armamento y una audaz política exterior. En África, el ardiente apóstol de la supremacía anglo-sajona, Cecil Rhodes, predijo la construcción de un ferrocarril inglés desde El Cairo hasta la Ciudad del Cabo, proyecto que inflamó la imaginación de los expansionistas. "Me anexaría los planetas, si pudiese", declaró Rhodes con su ardor característico.

La guerra surafricana (1899-1902), para la que Inglaterra no estaba preparada, disipó parte de este entusiasmo por el imperialismo, pues aunque los granjeros boers habían sido finalmente derrotados, la guerra había sido costosa para Inglaterra, en dinero y en prestigio. Para aumentar los ingresos y unir al Imperio más sólidamente, Chamberlain propuso un arancel proteccionista



con tendencias imperiales. Pero los impuestos a las importaciones de alimentos y artículos industriales que podrían haber formado una valla económica alrededor del Imperio, y hubieran ayudado a los industriales ingleses a competir contra las industrias "protegidas" de Alemania y de los Estados Unidos, también habrían elevado el costo de la vida para los trabajadores ingleses. La reforma arancelaria fue discutida apasionadamente, y este problema dividió al partido conservador, presidido a la sazón por Arthur James Balfour. En 1905, se le encargó la formación de un nuevo ministerio al jefe liberal, Sir Henry Campbell-Bannerman, y la elección de 1906 confirmó el predominio liberal. El electorado inglés había repudiado la reforma arancelaria y abandonado el programa nacionalista-imperialista-proteccionista propuesto por Chamberlain.

El gobierno liberal, en alianza con el partido laborista, atacó enérgicamente la cuestión social. En 1906, una Ley de compensación de los trabajadores hizo responsables del bienestar de los obreros a los patronos, y estableció compensaciones para los trabajadores que sufriesen accidentes o quedasen incapacitados para su trabajo. Una Ley de pensiones por ancianidad (1908) decretó que se concedieran anualidades a los trabajadores que alcanzaran la edad de 70 años, y los fondos habrían de obtenerse del tesoro nacional. En 1909 una Ley del salario mínimo ordenó que se formaran juntas para fijar la remuneración básica de determinadas ocupaciones pagadas pobremente, y esta medida se amplió para abarcar a la vital industria del carbón, con sus millones de trabajadores, tres años más tarde.

"El mal radical de nuestro sistema social —declaró David Lloyd George, que fue Ministro de Hacienda en 1908— es el carácter precario del vivir." En 1911, introdujo una Ley del seguro nacional que creó el seguro obligatorio de los trabajadores contra la enfermedad, la

invalidez y el desempleo. Se les pidió a los beneficiarios que contribuyeran con primas a algunos de estos fondos, pero la carga más grave recayó sobre los patronos y el tesoro nacional.

Para equilibrar el presupuesto ampliado, Lloyd George propuso nuevas contribuciones, en particular un impuesto progresivo sobre la renta, un impuesto sobre herencias más elevado y una estimación especial del "incremento no ganado" resultante del mayor valor de las tierras, cuando tales aumentos beneficiaran al propietario. Este presupuesto de Lloyd George de 1909 fue aprobado en la Cámara de los Comunes, pero rechazado en la de los Lores. Entonces, el gobierno liberal que lo había apadrinado apeló al electorado y ganó las elecciones por una reducida mayoría. El presupuesto se convirtió en ley y después de una segunda apelación a los votantes, a la Cámara de los Lores se le privó de la facultad de bloquear las medidas hacendarias, aunque podía suspender otros proyectos de ley durante dos años (Ley parlamentaria de 1911). La voluntad de la mayoría popular había vencido a los grupos conservadores, pero en la lucha los antagonismos de clase se agudizaron. Más grave aún era la aplastante carga impuesta a la tesorería y a los contribuyentes. Por haber llegado en un tiempo en que las tensiones internacionles estaban aumentando, esta aplicación de los ingresos hacia los servicios sociales creó dificultades, porque redujo las sumas disponibles para la defensa del Imperio. Este otro aspecto del cuadro —el problema de la seguridad nacional en contraste con el problema de la seguridad social— será examinado más adelante.

La adopción de estas "reformas liberales" en Inglaterra, después de 1905, fue, en cierto modo, una "revolución pacífica". Los liberales eran el partido tradicional de reforma, pero fueron lanzados hacia la izquierda, después de 1906, por la presión de los trabajadores. Las



clases trabajadoras inglesas habían estado dispuestas a olvidarse de la política hasta 1901, pero en ese año una disposición judicial de la Cámara de los Lores (Juicio Taff Vale) puso en peligro a los sindicatos y reunió a los obreros en el Partido Laborista recientemente fundado. En las elecciones de 1906 este partido ganó veintinueve escaños en la Cámara de los Comunes, y en 1910 su número ascendió á cuarenta y dos. El gabinete liberal pretendía conservar el apoyo de estos miembros laboristas y adoptó proposiciones laboristas (es decir, socialistas). Hasta entonces, Inglaterra había marchado a la zaga de los países continentales más avanzados en materia de legislación social, pero después de 1906 los alcanzó y aun los superó, con innovaciones tales como el seguro contra el desempleo.

En la Tercera República Francesa se alcanzó un momento decisivo de la lucha entre la izquierda y la derecha en el Caso Dreyfus. El capitán Alfred Dreyfus, judío francés, fue declarado culpable de traición por un tribunal militar en 1894, y fue sentenciado a cadena perpetua en la colonia penal de la Isla del Diablo. Cuatro años más tarde, la acumulación de pruebas que indicaban su inocencia obligó a que se abriera de nuevo el caso, a pesar de la altanera oposición del alto mando francés. El pueblo francés estaba hondamente conmovido, y se había dividido en pro-Dreyfus y anti-Dreyfus.

La final y dramática declaración de que Dreyfus era la víctima no sólo de un error judicial, sino de una permanente conspiración desacreditó a cierto número de oficiales del ejército, periodistas anti-semitas y otros grupos cargados de prejuicios que habían insistido en su culpa. Los partidos de la derecha fueron rechazados en las votaciones y un "bloque republicano", basado en el centro y en la izquierda, triunfó en la Cámara de Diputados y dominó la política francesa después de 1899.

Los integrantes del ejército habían sido durante largo

tiempo un baluarte del sentimiento monárquico, reaccionario y católico: ahora fue republicanizado. La autoridad y la influencia de la Iglesia católica en Francia fue debilitada por la Ley de Asociaciones (1901) que disolvió las órdenes religiosas dedicadas a la enseñanza: la educación pública en lo sucesivo fue laica. El Concordato de 1801, que había regido las relaciones de la Iglesia y el Estado durante un siglo, fue abrogado (Ley de separación de 1905) y el Estado asumió la propiedad de todos los bienes de la Iglesia. En la práctica, la ley se suavizó y las congregaciones religiosas siguieron usando las iglesias para el culto por acuerdo con las autoridades locales. Las principales consecuencias de la cruzada reformista fueron el divorcio de la religión y la política, el triunfo de la república sobre sus opositores monárquicos y católicos y la virtual eliminación del monarquismo como fuerza vital en la vida política francesa.

El debilitamiento del monarquismo, el militarismo y el catolicismo determinó un relativo robustecimiento del socialismo. El bloque republicano necesitaba el apoyo de la izquierda para llevar a cabo su ataque a las fortalezas de la derecha, y obtuvo este apoyo mediante una serie de reformas sociales. Una Ley de fábricas redujo la jornada de trabajo a once horas (1900), luego a diez (1906), y finalmente a ocho para los menores (1907). Determinada medida de compensación para los trabajadores heridos o incapacitados en su trabajo fue autorizada en 1898, y sucesivas leyes de pensiones proporcionaron ayuda a los ancianos indigentes, hasta que casi todos los trabajadores quedaron comprendidos en ellas, hacia 1910.

A la mayoría de los trabajadores franceses estas concesiones limitadas no les parecieron suficientes. La agitación socialista ascendió constantemente. Disputas ideológicas dividieron a los diversos grupos socialistas, pero consiguieron llevar un total de 50 miembros a la



Cámara de Diputados en 1890, 54 en 1906, 76 en 1910 y 101 en 1914. Un Partido Socialista Unificado se organizó en 1905.

Los trabajadores franceses sentían más interés por la política que los ingleses y eran de temperamento más revolucionario que los alemanes. Sus sindicatos utilizaron la huelga como un arma política, además de económica, y sus líderes trataron del día en que la solidaridad de las clases trabajadoras llegaría a tal grado, que una huelga general nacional obligaría al gobierno burgués a dimitir. Para unir a los diversos sindicatos bajo un mando unificado fue creada en 1895 la *Confédération Générale du Travail* y en 1906 sus líderes convocaron a una huelga general para obtener la jornada de ocho horas. El gobierno de la república francesa se enfrentó a una organización (la C.G.T.) tan poderosa que amenazaba convertirse en un Estado dentro del Estado. Pero el pueblo de Francia, en general, aunque simpatizaba con el movimiento obrero, no estaba preparado para una revolución de la clase trabajadora: "el corazón del burgués francés está con la izquierda —como señaló ingeniosamente André Siegfried—, pero su bolsillo está con la derecha". El gabinete, encabezado por el enérgico Georges Clemenceau, ordenó a la policía que detuviera a los principales dirigentes sindicales y la huelga se abandonó. Cuatro años más tarde, el gobierno se enfrentó a una crisis más grave cuando los obreros ferroviarios se lanzaron a la lucha, pero el gabinete movilizó a reservistas del ejército para conducir los trenes y, una vez más, la amenaza de un paro, que convertiría al comité obrero en una dictadura virtual, fue conjurada. En lo sucesivo, el sindicalismo, como fuerza revolucionaria, propendió a declinar, aunque el número de miembros de la C.G.T., que se elevó de 200 000 hombres en 1906 a 400 000 en 1912, alcanzó la cifra de 500 000 en 1914.

En Alemania, la rápida evolución del Partido Social-

demócrata fue más impresionante que el lento crecimiento del Partido Laborista en Inglaterra o que los debates doctrinarios de los socialistas unificados en Francia. Las leyes represivas de Bismarck contra los socialistas quedaron sin efecto después de 1890, cuando el nuevo emperador, Guillermo II, separó de su cargo al Canciller de Hierro. Guillermo tenía talento, y era ambicioso, impulsivo e inepto. Su ideal de gobierno era una clase de despotismo paternal fundado en la popularidad; quería ser admirado por sus súbditos; y creía que podía seducir a las masas alemanas, y hacerlas obeceder sin coacción. Pero sus sucesivos cancilleres —el concienzudo Caprivi, el septuagenario príncipe von Hohenlohe, el complaciente príncipe von Bülow, el esforzado, pero malhadado Bethmann-Hollweg— no eran hombres de la categoría de Bismarck. La política imperial alemana en la era de Guillermo careció de la unidad de dirección de Bismarck, y se tornó más errática y confusa a medida que los bandos rivales, hacedores de la política, se disputaron el poder. La ambigüedad de la Constitución alemana que responsabilizaba ante el emperador al canciller imperial y a su ministerio, pero los obligaba a legislar con el Reichstag frecuentemente hostil, no fue resuelta. Y la política, que nunca estuvo demasiado bien coordinada, en el mejor de los casos, era amenazada constantemente, en los momentos críticos, por la testaruda intervención de Guillermo y su amor por los gestos histriónicos.

En el Reichstag, las fuerzas de la oposición estaban encabezadas por los social-demócratas. A medida que la aceleración de la industria alemana multiplicó las legiones de trabajadores urbanos, la fuerza del Partido social-demócrata aumentó sorprendentemente. Hacia 1912, tenía 110 diputados en el Reichstag y constituía el más grande bloque político, pues representaba a cerca de 4 250 000 electores. Por dos veces en 1913, los social-



demócratas se unieron a otros disidentes para conseguir un voto mayoritario y declarar que el Reichstag no tenía confianza en el gobierno. Pero el canciller no renunció. Ni la oposición permitió que la cosa pasara a mayores: pocos socialistas alemanes eran revolucionarios. Habían obtenido una serie de concesiones para los trabajadores desde 1890 en adelante —limitación de la jornada de trabajo, mejoramiento de las condiciones de trabajo en las fábricas, ampliación de las leyes de seguro contra la enfermedad y los accidentes, pensiones por vejez, un ministerio imperial del trabajo— y se habían vuelto más cautos porque creyeron tener la posibilidad de obtener el poder por medios constitucionales.

La estructura autoritaria del Estado alemán hacía que el poder fuese una realidad para el partido que lo pudiese detentar, y los social-demócratas estaban dispuestos a conservar el sistema si lo podían dirigir. La disputa fundamental en la vida política alemana era el pleito entre los muchos impotentes y los pocos poderosos; terratenientes, industriales, burócratas, jefes militares practicaban la política nacional de manera que a las masas les parecía egoísta y monopolizadora. Por tanto, los social-demócratas lucharon por limitar las grandes fortunas mediante la fijación de impuestos sobre las herencias y la renta, por reducir las ganancias agrícolas de los grandes terratenientes rebajando el arancel impuesto a los alimentos importados, por recortar los dividendos de las grandes empresas y de los patronos, asegurando un salario más alto, una jornada menos larga de trabajo y condiciones de trabajo más favorables al obrero, el peón y el criado; lucharon también por rebajar el predominio de los militares, reduciendo las partidas anuales para armamentos, porque consideraban, con sobrada razón, que el alto mando del ejército era la fortaleza del conservadurismo alemán. El ejército nunca se había democratizado; sus altos cargos se reservaban

a los *Junkers*, miembros de la nobleza latifundista y particularmente de la aristocracia del este de Prusia. Antes de 1914, 30 de los 32 comandantes generales del ejército alemán y 37 de los 44 tenientes generales eran aristócratas de nacimiento. Contra tal favoritismo de clase, los social-demócratas se comprometieron a luchar. Pero ¿cómo podrían democratizar el ejército sin debilitarlo? Además ¿no preferirían los oficiales del alto mando provocar una guerra a fin de demostrar su valor y capacidad, antes que esperar a que el Partido social-demócrata tomara el poder, redujera sus partidas y pusiera fin a sus privilegios?

En Italia, como en la mayor parte de Europa, los partidos de la izquierda ganaron terreno en los primeros años del siglo XX. Desde la unificación del reino, dos generaciones antes, la Cámara de Diputados había estado compuesta por un grupo de la izquierda y otro de la derecha; los líderes de la derecha provenían, por regla general del norte industrial y los de la izquierda del sur. Pero esta diferencia por secciones, y todas las demás distinciones entre los partidos rivales, eran menos significativas que el hecho de que ambos jugaban a la política, practicaban el favoritismo y codiciaban el botín del poder. Se sucedían alternativamente en el poder, más que en la política, y ninguno de los dos grupos mantuvo una norma elevada de honestidad política o de eficiencia. Desde 1896 hasta 1903, la derecha estuvo en el poder; luego, las fuerzas de la izquierda, dominadas por Giovanni Giolitti, tomaron las riendas del gobierno y dominaron la política italiana hasta la primera Guerra Mundial.

El analfabetismo, los elevados impuestos, los bajos salarios, la emigración y la carencia de materias primas esenciales, como el carbón y el hierro, hacían difícil para Italia desempeñar el ambicioso papel de gran potencia. De cuatro a cinco millones de italianos buscaron nuevos



hogares en Norte y Suramérica entre 1860 y 1914. Desgraciadamente, los que se quedaron cayeron presa de un entusiasta nacionalismo que degeneraba fácilmente en chauvinismo. Sus líderes políticos consideraron conveniente distraer la atención popular de los males de la patria haciendo referencias a la *Italia irredenta* (las regiones "irredendas" eran Istria, Trieste y el Trentino, que todavía poseían los austriacos) y a la necesidad de un imperio de ultramar comparable al de Francia o al de Inglaterra. Un intento de conquistar Etiopía terminó en una catastrófica derrota militar en 1896. El descontento y el bandidaje se propagaron entre los campesinos empobrecidos en Nápoles y Sicilia, y organizadores sindicalistas, con un programa francamente revolucionario, atrajeron a los mal pagados trabajadores industriales de Milán y otras ciudades del Norte. Una huelga general en Milán produjo tanta violencia (en 1904) que se tuvo que llamar al ejército para reprimirla.

Imitando los remedios sociales iniciados ya por Bismarck en Alemania, el Parlamento italiano aprobó leyes de pensiones por ancianidad y de seguro obligatorio contra enfermedad y accidentes desde 1898. Los sindicatos fueron legalizados y muchos servicios públicos fueron expropiados por las autoridades municipales o nacionales. Pero estos paliativos no lograron apaciguar el descontento popular o mejorar la triste condición de la Hacienda nacional. En 1912, el cuarto ministerio Giolitti decidió anular en la Ley electoral los requisitos que limitaban el sufragio, y el número de votantes se amplió desde 3 000 000 de varones adultos hasta 8 500 000. Una elección en el año siguiente dio como resultado una elevación de la representación socialista, y el número de diputados socialistas saltó de 41 a 78. Era evidente que en Italia, al igual que en Inglaterra, Francia y Alemania el predominio de la burguesía liberal estaba amenazado por el creciente poderío del proleta-

riado. Pero en Italia la Iglesia católica, aunque todavía estaba oficialmente irreconciliada con el gobierno nacional, ejerció una poderosa influencia restrictiva sobre las masas y combatió la expansión de las doctrinas socialistas. En la elección de 1913 fue significativo que la representación de los grupos católicos se elevara de 14 a 35 diputados, un aumento proporcionalmente mayor que el de los socialistas.

A comienzos del siglo XX, España era todavía, en muchos aspectos, un país del antiguo régimen. El monarca tenía considerable poder personal; la Iglesia y las órdenes religiosas conservaban una posición de privilegio, gran riqueza y una influencia decisiva en la educación; unas pocas familias aristocráticas poseían latifundios principescos, mientras campesinos sin tierras se morían de hambre, y el ejército perseguía su propia política, desafiando al poder civil. Los oficiales del ejército sabían que su apoyo era indispensable para el rey, el garboso, pero superficial Alfonso XIII. El desarrollo económico de España era lento, y la industria, la minería y la construcción de ferrocarriles dependían en gran parte del capital extranjero; y las últimas reliquias del en otro tiempo vasto Imperio colonial español en América y las Filipinas le habían sido arrebatadas por los Estados Unidos en 1898. El separatismo, que siempre había sido fuerte en los vascos y los catalanes, debilitaba la unidad de la nación, en tanto que las doctrinas anarquistas y sindicalistas se extendían entre los trabajadores urbanos. Algunos intentos de reforma se llevaron a cabo de mala gana entre 1898 y 1914, pero la cuestión del clero, la cuestión de la tierra, la cuestión de los trabajadores y la cuestión del ejército, seguían resistiendo a la solución. España marchaba evidentemente hacia un trastorno social de impredecible gravedad en el que el ejército, con su preferencia por la dictadura militar, habría de decidir el resultado.



En Portugal prevalecieron condiciones semejantes y la revolución llegó más rápidamente. Carlos I (1889-1908) era egoísta y extravagante; fue asesinado en 1908; y su sucesor, Manuel II, fue derrocado por una rebelión de la armada en 1910. Portugal se convirtió en república, con una Constitución semejante a la de Francia, pero independientemente de algunas leyes anticlericales, el nuevo régimen hizo poco por cambiar la estructura fundamental de la política portuguesa o por mejorar la situación del pueblo. España y Portugal juntas tenían una población de 26 000 000 en 1914, y el Imperio portugués en Africa y en las Indias orientales tenía una superficie veinte veces mayor que la del propio Portugal, y sin embargo los pueblos ibéricos ejercían menos influencia política, económica y militar en Europa de la que correspondía a su número o a su historia. Pero a pesar de la ruptura de todos los vínculos políticos, sus tradiciones lingüísticas y culturales todavía influían en las vidas de 50 000 000 de personas en la América Latina, y el español siguió siendo, después del inglés y del ruso, el idioma más ampliamente hablado de Europa.

Bélgica y Holanda, como Portugal, poseían imperios de ultramar varias veces más grandes que ellos mismos, y, como Portugal, confiaban en la amistad inglesa y en su supremacía naval, porque sin la *Pax Britannica* sus posesiones hubieran sido fácilmente vulnerables. Los progresos de Bélgica en el siglo XIX fueron notables y consistentes. La monarquía constitucional establecida después de que Bélgica se separó de Holanda en 1831 funcionaba sin fricción; la paz, el orden y la expansión industrial determinaron un desarrollo fenomenal de la metalurgia y las manufacturas; y la población de Bélgica aumentó hasta ser de cerca de 8 000 000 en 1914, convirtiéndola en el país más densamente poblado de Europa. El partido liberal (burgués), que había dominado la política belga desde 1849 hasta 1884, fue debilitado

por la aparición del socialismo, pero el beneficiario de la división que se produjo fue el partido católico, que obtuvo mayoría en el Parlamento y dominó los gabinetes desde 1884 hasta la primera Guerra Mundial. La legislación social, especialmente después de 1900, estableció pensiones a la vejez, legalizó los sindicatos, reguló el trabajo en las fábricas y mejoró las condiciones de vida de las clases urbanas.

Holanda, que también era una monarquía constitucional, tenía una población poco menor que la de Bélgica (6 250 000 en 1914) y la economía holandesa estaba también poco menos industrializada. Las instituciones sociales y políticas de Holanda eran también ligeramente menos democráticas. Hasta 1887, el electorado no excedió de 150 000 personas; pero se duplicó en ese año, y volvió a duplicarse en 1896, aunque todavía no llegaba, ni con mucho, al sufragio universal. Existía un gran descontento entre los que carecían de voto, y las reformas sociales poco importantes que se hicieron no lograron apaciguarlo. Graves huelgas dislocaron los ferrocarriles y los servicios portuarios en 1903, y el gobierno, enfrentándose al colapso del transporte y del comercio, venció la resistencia de los huelguistas con la intervención del ejército. Sin embargo, a pesar de los trastornos obreros en el interior y de repetidas insurrecciones entre los indígenas en su populoso Imperio de Indonesia, Holanda siguió siendo próspera, ocupando el quinto lugar en el comercio mundial y el séptimo en la marina mercante entre las naciones del mundo, hasta que estalló la primera Guerra Mundial.

La Confederación Suiza tenía una extensión (16 000 millas cuadradas) un poco mayor y una población un poco menor (4 000 000) que Holanda en 1914. Pero Suiza no tenía costas, ni armada, ni colonias y conservaba su independencia practicando una prudente diplomacia con las tres grandes potencias —Alemania, Francia e Italia— que rodeaban sus fronteras. Carecía de muchas de las características que comúnmente se estima que son esenciales para la formación de un Estado nacional: centralización de gobierno, y unidad de idioma, instituciones y religión. Los veintidós cantones suizos eran unidades soberanas vinculadas por un flojo vínculo federal. La población se dividía casi igualmente entre las sectas protestantes y el credo católico. Dos tercios de la población hablaba alemán, pero en cinco cantones el francés era el idioma aceptado, y en uno el italiano. Circunspectos en sus relaciones con los extranjeros que visitaban los lugares de veraneo de los Alpes en número lucrativo, vigilantes en su defensa, e industriosos en la manufactura, el comercio y la agricultura, los suizos eran pacíficos y progresistas. Una Constitución adoptada en 1874 otorgó el sufragio universal, la educación libre obligatoria y la tolerancia religiosa. En dos aspectos, la democracia suiza era la más avanzada de Europa en 1914: los electores podían exigir un plebiscito en lo referente a cualquier medida legislativa importante que se llevara ante el Parlamento federal (el referéndum) y podían tener iniciativa legislativa partiendo de cualquier proposición hecha por 50 000 o más electores (la iniciativa).



Los países más pequeños de Europa, es interesante señalar, tendieron a conformarse a una norma o pauta en los comienzos del siglo XX. En general, tenían un octavo de la población y de la extensión de las grandes potencias europeas. Debían su permanencia, en calidad de Estados soberanos, menos a su propia capacidad innata para la defensa que a los celos mutuos de vecinos fuertes, que evitaban que los absorbieran a fin de mantener el equilibrio de poder en Europa. Esto puede decirse también de los tres Estados del norte, Dinamarca, Suecia y Finlandia. Los países escandinavos, al igual que Suiza, Bélgica y Holanda, ocupaban un área

de equilibrio igualmente vital e igualmente vulnerable a tres vecinos poderosos, puesto que Inglaterra, Alemania y Rusia tenían, las tres, intereses en el Báltico.

Las naciones escandinavas estuvieron en paz a lo largo del siglo XIX (salvo por la guerra danesa de 1864) y evolucionaron constitucionalmente como monarquías limitadas, ofreciendo un ejemplo admirable de estabilidad política, espíritu de empresa económica y cultura elevada. Los daneses se dedicaron con éxito particular a la agricultura y a la cría de ganado vacuno, los noruegos construyeron una marina mercante que los colocó en quinto lugar en el mundo hacia 1914, y los suecos desarrollaron sus industrias de maquinaria y metalurgia con éxito notable. La unión de Suecia y Noruega bajo una sola corona, aprobada por el Congreso de Viena, se disolvió pacíficamente después de casi un siglo, cuando Noruega se convirtió en reino independiente, con un príncipe danés, en 1905. Noruega fue uno de los primeros Estados europeos que concedieron el voto a la mujer (1907 y 1915); siguió su ejemplo Dinamarca, liberalizando el procedimiento del voto mediante enmiendas constitucionales entre 1901 y 1915; y Suecia adoptó la representación proporcional y el sufragio universal después de 1907. Los tres países escandinavos perdieron buena parte de su población entre 1850 y 1914: cerca de 350 000 daneses, 800 000 noruegos y 1 500 000 suecos abandonaron su país durante este periodo.

En contraste con las naciones bálticas, con su alfabetización relativamente elevada, su pacífico intercambio y su estabilidad política, los pueblos balcánicos eran en gran parte analfabetos, económicamente atrasados y políticamente inestables al iniciarse el siglo XX. La cuestión del Cercano Oriente, el problema de organizar los territorios liberados de los Balcanes, a medida que la marea turca iba retrocediendo y, finalmente, de



decidir el dilema de cuál habría de ser la gran potencia que se quedara con Constantinopla si se lograba expulsar a los turcos de Europa, habían precipitado varias agudas crisis durante el siglo XIX. La solución alcanzada, si puede considerarse solución, fue convertir las provincias balcánicas en Estados soberanos a medida que se las iba sustrayendo a la jurisdicción del sultán. Al iniciarse el siglo XX, tres reinos independientes (Grecia, Serbia y Rumanía) y otro autónomo, pero todavía no totalmente independiente (Bulgaria) se habían formado en el Imperio turco en Europa, que se iba encogiendo.

Grecia, que se había sacudido el yugo turco en 1829, estaba abrumada por una excesiva deuda exterior, recursos insuficientes y una población creciente (cerca de 2 500 000 en 1900). El reino, ampliado por la adición de las islas jónicas en 1864 y de Tesalia en 1881, tenía una extensión de cerca de 25 000 millas cuadradas, que aumentó a 28 000 en 1913, mediante la anexión de Creta. La pobreza que prevalecía entre la población campesina y el disgusto por el servicio militar llevó a unos 15 000 griegos a emigrar anualmente, después de 1900.

Serbia, que también tenía una población de cerca de 2 500 000 habitantes en 1900, era en esa fecha un reino interior de 19 000 millas cuadradas. Los serbios, a los que se garantizó la soberanía en 1829, obligaron a retirarse a las últimas guarniciones turcas en 1867, y se convirtieron en independientes totalmente en 1878. Serbia estuvo constantemente sacudida por las conspiraciones de las facciones pro-austriacas y pro-rusas; el gobierno arbitrario de Alejandro I (1889-1903) terminó con su asesinato; y su sucesor, Pedro I, de la dinastía rival Karageorge, vinculó la política de Serbia a la de Rusia, estimulando la hostilidad pan-eslava, contra Austria, que ya agitaba al pueblo serbio.

Rumanía era el estado más grande y populoso de los Balcanes el comenzar el siglo XX, pues tenía más de 50 000 millas cuadradas de extensión y 6 000 000 de habitantes. Formada con los principados del Danubio, Moldavia y Valaquia, cuando se volvieron autónomos (1861), Rumanía fue reconocida como país independiente en 1878, después de ceder Besarabia a Rusia y obtener en cambio la Dobruja. Los rumanos eran más latinos que eslavos, y se consideraban descendientes de los colonos romanos que se establecieron en la antigua Dacia.

Al sur de Rumanía y del Danubio se extendía el reino de Bulgaria, con una extensión de 37 000 millas cuadradas y 4 000 000 de habitantes. El Congreso de Berlín estableció principados autónomos en Bulgaria y Rumelia oriental en 1878, y éstos se unieron siete años más tarde. Los búlgaros no afirmaron su completa independencia de Turquía hasta 1908.

La política balcánica no podía tranquilizarse mientras agentes rusos y austriacos se esforzaban por manipular los inestables regímenes y utilizar las querellas nacionales para fomentar las políticas ideadas en Viena y en San Petersburgo. La mitad de los habitantes del imperio austrohúngaro eran eslavos; estaban descontentos porque se les explotaba económica y políticamente por parte de los grupos dominantes magyar y alemán; y eran sensibles a la propaganda pan-eslava que pretendía la formación de un bloque eslavo en la Europa suroriental. Esta amenaza mantenía a los estadistas austriacos y húngaros en estado de aprensión nerviosa, pero vacilaban en ablandar a los súbditos eslavos de Francisco José mediante reformas democráticas y concesiones y sólo podían responder con una ciega oposición a los sueños expansionistas de las naciones balcánicas, especialmente de los serbios. El imperio Habsburgo era un anacronismo que se debilitaba, pero contaba con el



apoyo de Alemania, la principal potencia de Europa, y podía por ello correr el riesgo de desafiar a la agitación eslava y a la presión rusa.

El gobierno ruso, en la primera década del siglo XX, tenía dificultades y problemas propios. La influencia de las revoluciones industrial y técnica se dejó sentir en la sociedad rusa mientras todavía era, en muchos aspectos, medio feudal y semimedieval. Un enérgico reformador, Serge Witte, reconoció las desventajas en que se veía Rusia por causa de su retrasada economía: hasta en 1913, el comercio exterior ruso era menor que el de Bélgica, aunque Rusia tenía una población veinte veces mayor y una superficie seiscientas veces más grande que la del pequeño, pero altamente industrializado Estado. Witte fue ministro de hacienda en 1893 y trabajó durante diez años en ampliar las fábricas, ferrocarriles, minas, arsenales, astilleros y bancos rusos a fin de hacer que el Imperio del zar fuese capaz de desempeñar el papel de una gran potencia, así en la paz como en la guerra. Pero los eslavófilos, que temían las influencias occidentales, atacaron su política y cuando Witte apeló a los *zemstvos* (asambleas provinciales), en 1902, una mayoría de las respuestas criticó su política económica. Entonces, el zar Nicolás II lo destituyó ignorando el hecho de que la crítica se había dirigido más directamente contra el sistema político autocrático que negaba a Rusia un Parlamento nacional y un ministerio responsable.

Sin embargo, era razonable la afirmación de los conservadores de que el progreso de la industria, que Witte había fomentado, aumentó la oposición al régimen del zar. Los trabajadores urbanos, que se concentraban en las ciudades fabriles en expansión, organizaron sindicatos y adoptaron lemas revolucionarios. Rusia era todavía un país predominantemente agrícola, pero los trabajadores industriales podían organizarse mucho más

eficazmente que los campesinos, y hacia 1914 una séptima parte de la población vivía en las ciudades. Witte había planeado apaciguar a este proletariado con una legislación social y la promesa de conceder el seguro por accidente, la pensión por ancianidad y beneficios semejantes, pero el descontento aumentó después de ser depuesto. El progreso económico fortaleció también a la burguesía rusa, que hasta entonces había sido muy limitada numéricamente y había carecido de poder político, y las clases que dirigían la vida económica favorecían las reformas liberales del gobierno y un sistema de representación nacional.

De tal modo, los peligros de revolución aumentaron rápidamente en Rusia después de 1900. Los campesinos se hallaban descontentos desde hacía mucho tiempo; los intelectuales eran persistentemente críticos; la pequeña clase media envidiaba la influencia parlamentaria que sus colegas ejercían en la Europa occidental; los obreros, con una conciencia de clase cada vez mayor, y un espíritu agresivo, leían panfletos marxistas y predicaban el socialismo. Por último, las nacionalidades sometidas al zar, los finlandeses y los polacos en particular, rechazaban la política de "rusificación" por la cual los eslavófilos y los nacionalistas se esforzaban en extender el idioma ruso y la religión ortodoxa por todo el Imperio. Mientras las facciones revolucionarias fueron débiles y estuvieron divididas, la policía secreta pudo reprimirlas: el anarquismo y el terrorismo habían sido severamente perseguidos después del asesinato de Alejandro II en 1881. Pero ninguna fuerza policiaca bastaba para enfrentarse a los movimientos de las clases y las crecientes presiones sociales que se desarrollaron después de 1900. La antigua fórmula de Ortodoxia, Autocracia y Nacionalismo iba perdiendo su atractivo a medida que las penetrantes influencias generadas por el liberalismo y el industrialismo hacían



fermentar a la sociedad rusa. Cualquier revés que exponía el letargo y la ineficacia de la burocracia a la condenación pública, y enfocaba el descontento cada vez mayor en los funcionarios responsables, producía invariablemente una crisis del régimen.

La crisis sobrevino en 1905, después de que los desastres militares y navales en el Lejano Oriente revelaron el grado de impreparación e incapacidad de Rusia. Más adelante veremos cómo la guerra ruso-japonesa alteró el equilibrio internacional del poder. Su efecto en el equilibrio interior de Rusia, ya tan precario, fue provocar un estallido popular que estuvo a punto de derrocar al régimen, tanto como puede hacerlo una revolución sin tener éxito. El odiado ministro del interior, Viacheslav Plehve, fue asesinado; los trabajadores que hicieron una demostración pacífica ante el zar fueron rechazados con descargas que mataron a 70 (Domingo sangriento, 22 de enero de 1905); los sindicatos de San Petersburgo organizaron soviets para dirigir el movimiento popular. Y Nicolás II se dio cuenta de que, hasta que pudiera hacer regresar a sus mejores tropas de Manchuria, tendría que hacer concesiones o perder el trono. Deponiendo a sus consejeros reaccionarios, restableció a Witte y prometió una Constitución y una Asamblea nacional popular, con garantías de libertades civiles (Manifiesto de octubre de 1905).

Esta capitulación satisfizo a los moderados, que creían que el zar cumpliría sus promesas. Los liberales más progresistas organizaron el Partido constitucional democrático y exigieron, una asamblea constituyente, en tanto que los social-demócratas y los obreros radicales rechazaron totalmente el programa del zar. Pero el Manifiesto de Octubre cumplió su finalidad. Aplazó la crisis y dividió las filas de la oposición. Durante el invierno de 1905-06, las fuerzas militares regresaron de

Manchuria para reprimir las demostraciones de la clase trabajadora en San Petersburgo, con gran derramamiento de sangre, y restaurar el orden en las provincias. Witte obtuvo grandes empréstitos de Francia y de Inglaterra (los franceses tenían una alianza militar con el gobierno ruso y querían conservarla), y esta ayuda financiera ayudó al régimen zarista a superar su crisis. Cuando la asamblea prometida (la Duma) se reunió en mayo de 1906, Nicolás se encontraba en una posición lo suficientemente fuerte como para dominarla, e insistir en que las promesas que había hecho en su Manifiesto de Octubre ofrecían al pueblo ruso un Parlamento nacional, pero sin renunciar a las facultades absolutas que había heredado.

La primera Duma fue elegida por lo que venía a ser un sufragio universal, pero los partidos radicales se negaron a participar y los demócratas constitucionales (cadetes) obtuvieron la representación más grande. Aun ellos sintieron amargo desengaño porque los "octubristas", que habían puesto su fe en Nicolás, descubrieron que éste no aguardó a que la Duma se reuniera, sino que dictó por propia iniciativa un conjunto de leyes fundamentales para el Imperio. Cuando los diputados de la nación las criticaron por considerarlas insuficientes, disolvió la Duma por contumacia. Los miembros más audaces se reunieron en Viborg, Finlandia, y redactaron un manifiesto en el que pedían al pueblo ruso que se negara a pagar impuestos hasta que se les aseguraran sus libertades, pero el gesto no encontró gran acogida. Una segunda Duma, elegida en 1907, resultó ser todavía más recalcitrante que la primera. Por tanto, Nicolás revisó el derecho de voto, aumentó la representación de los grupos de propietarios y disminuyó la de los trabajadores y campesinos: el resultado, como era de esperarse, fue una tercera Duma más dispuesta a satisfacer sus deseos.

La autocracia rusa había sobrevivido a la prueba más crítica a que se había tenido que enfrentar. Desde 1907 hasta la primera Guerra Mundial hubo una inquieta tregua política, mientras los reaccionarios se congratulaban por la firmeza del zar y los revolucionarios analizaban sus propios errores. Se intentaron algunas prudentes reformas en materia de legislación social y de educación, el progreso económico prosiguió y la transacción conciliatoria con la autocracia, representada por una asamblea legislativa que no podía legislar, cumplió su anómalo propósito. En Peter Stolypin, el zar encontró un ministro con carácter y habilidad para manejar a la dócil Duma, pero Stolypin fue asesinado en 1911. Una cuarta Duma, elegida en 1912, discutió, pero no logró atacar, las cuestiones vitales —el problema de la tierra, el problema del trabajo, un ministerio responsable, el enérgico desarrollo de los recursos rusos— y se hallaba todavía en sesiones cuando Rusia se vio envuelta en la primera Guerra Mundial. Se acercaba el momento en que las derrotas militares desatarían una revolución que ya no podría frenarse, una revolución a la que el zarismo no habría de sobrevivir.

En el Nuevo Mundo, los Estados Unidos eran el único país que había desarrollado una economía industrial comparable a la de Europa. Allí también, hacia 1900, la proliferación de ciudades había sacado a los hombres de los bosques y de las granjas para llenar fábricas y talleres. En la primera década del siglo XX, la expansión económica norteamericana aceleró rápidamente su ritmo, y los fenomenales progresos que hizo mostraron la ilimitada capacidad productiva de las fábricas norteamericanas. La producción de hierro aumentó en un 50 % en el plazo de diez años; la producción de carbón se duplicó y la de petróleo se triplicó. Al igual que en Europa, las industrias en expansión propendieron a amalgamarse, y cobraron forma las gigan-

tescas sociedades por acciones, o *trusts*, que dominaron y en algunos casos monopolizaron casi todo un campo de la industria, la minería o los transportes. A los *trusts* del acero, del petróleo y de la energía eléctrica, los sucedieron fusiones de empresas para dominar una sola materia prima, como el cobre, el plomo o el carbón, y "arrinconar" al mercado organizado los medios de producción de una sola clase de mercancía, como el vidrio o los alfileres. Inclusive antes de 1900, esta concentración de la industria, los transportes y la banca había avanzado tan rápidamente que amenazaba con anular el sistema de libre empresa. Las grandes compañías millonarias, que tenían su sede en las ciudades del este, se tornaron tan poderosas y en algunos casos tan inescrupulosas, que compraron o hicieron caer en bancarrota a competidores menores. Absorbieron a las empresas subsidiarias comprando un 51 % de sus acciones, y un corto número de banqueros e industriales pudieron adquirir gran influencia a través de los directorios interconectados, con lo cual determinaron la política económica de varias compañías que operaban en empresas afines. El crecimiento y la centralización del poder a través de las fusiones y las combinaciones avanzó tan rápidamente que los Estados Unidos habían sobrepasado ya a Inglaterra, Francia y Alemania, a este respecto, cuando comenzó el siglo XX.

En la organización de los trabajadores, por otra parte, los Estados Unidos iban a la zaga de los principales países europeos. La Federación Americana del Trabajo, formada en 1886 con 150 000 miembros, aumentó el número de sus socios hasta cerca de 3 000 000 en 1914, pero carecía de poder político y de representación. La división de la autoridad política entre las legislaturas de los estados y el congreso federal hacía difícil la adopción de cualquier programa uniforme y de largo alcance de legislación en materia de trabajo.



Las leyes promulgadas en un estado para elevar los salarios o limitar las ganancias podían no conseguir su propósito al hacer que los industriales trasladaran sus fábricas o registraran sus compañías en otro estado cuyas leyes fuesen más favorables. Sólo una ley federal que pudiese hacerse cumplir por toda la nación podía proporcionar un estatuto a los trabajadores, pero inclusive las leyes federales estaban expuestas a fracasar. En 1890, por ejemplo, el congreso promulgó una Ley anti-trust que declaró ilegal "todo contrato, combinación en forma de *trusts* o de otro tipo, o conspiración para restringir el tráfico o el comercio entre los diversos estados, o con naciones extranjeras". Esta vaga redacción dejó la interpretación de la ley a los tribunales que, en 1895, acordaron que prohibía a los jefes sindicales declarar una huelga si esta suponía "restricción del comercio entre los estados". Sin embargo, dos años más tarde, cuando surgió la cuestión de si la ley se aplicaba a las fusiones o combinaciones de las compañías ferroviarias, los tribunales decidieron que no tenía validez. Los líderes de los trabajadores se convencieron, no sin razón, de que la justicia organizada, o por lo menos la interpretación de los estatutos favorecía al "Big Business". Siguieron luchando por leyes mejoradoras, una jornada de trabajo más corta, salarios más altos, protección contra los accidentes en minas y fábricas y compensación para los trabajadores heridos en su trabajo, pero los progresos realizados fueron lentos e insatisfactorios.

Una de las razones de esta demora fue que en los Estados Unidos no existía un partido socialista activo y eficaz que pudiera compararse con el Partido laborista de Inglaterra y los grupos socialistas unificados de Francia y Alemania. Aunque se organizó un partido socialista norteamericano en 1901, no desempeñó un papel importante en la política hasta la elección de

millón de votos. Sin embargo, esta deserción de las filas de los dos partidos establecidos, los republicanos y los demócratas, no podía interpretarse como una rebelión de los trabajadores norteamericanos. Existía, es verdad, un amplio descontento contra el "Big Business" y sus métodos monopolistas, y una crítica igualmente amplia de la política exterior norteamericaan que había cobrado un cariz nacionalista después de 1900. Pero la inclinación hacia la izquierda, apreciable en las elecciones norteamericanas de 1910 y 1912, fue mucho menos pronunciada que la tendencia hacia la izquierda de la política europea que señaló la década anterior a 1914.

Desde la fundación de la república, los electores de los Estados Unidos habían mostrado una fuerte preferencia por el sistema de dos partidos. La victoria norteña en la Guerra Civil había dejado con las riendas del poder al partido republicano, y desde 1865 hasta 1900, el partido demócrata ganó solamente dos elecciones presidenciales. En 1900, una victoria republicana llevó a la Casa Blanca a William McKinley; su asesinato en 1901 elevó a la presidencia a Theodore Roosevelt, que era el vicepresidente. Roosevelt era enérgico, popular y progresista. Fue reelegido en 1904, y en 1908 los republicanos ganaron de nuevo, colocando en el poder a W. H. Taft, como vigésimosexto presidente. Pero comenzaban a aparecer señales de deserción y de oposición dentro y fuera de las filas republicanas. En la elección de 1910, los demócratas obtuvieron mayoría en la Cámara de Diputados. Los electores habían venido criticando a la "Vieja Guardia del partido republicano". Se la atacaba por considerar que se había mostrado demasiado débil con los *trusts*, había mantenido un arancel excesivamente elevado y perseguido una política agresiva de intervención en la América Latina. Cuando Taft fue postulado para la reelección, en



1912, Roosevelt dividió la organización republicana se presentó como candidato de un grupo disident "progresista" que buscó el apoyo popular abogando po leyes anti-trusts más explícitas, la abolición del trabaj de los niños y reformas parecidas. Pero los republica nos, inclusive los republicanos "progresistas", en opi nión del público, estaban identificados con los grande negocios, y el candidato demócrata, Woodrow Wilson, ganó la elección tripartita.

Wilson creyó que contaba con un mandato popular para llevar a cabo un programa de reformas interno. Creó un Departamento de Trabajo, aprobó una reducción de los aranceles y aumentó el dominio público sobre el sistema bancario. Una enmienda constitucional (1913) facultó al Congreso para fijar un impuesto federal sobre la renta. Una ley más estricta contra los *trusts* (Ley anti-trust Clayton) frenó las prácticas monopolistas en los negocios. Prohibió los directorios interconectados en las grandes sociedades por acciones y específicamente exceptuó a los sindicatos de sus disposiciones, cambiando la decisión de los tribunales de 1895. En 1914, la fricción con México y crecientes compromisos provocados por la guerra en Europa desviaron parcialmente la atención de Wilson de los asuntos internos y la fuerza del partido democrático disminuyó. Pero los demócratas se habían identificado ya con una política de reforma social. Esto tuvo gran importancia para el futuro, porque la época propendía al dominio político de la economía nacional y a la legislación social para mejorar la condición del hombre común. El medio siglo de la historia norteamericana que había precedido a la victoria de Wilson en 1912 había sido un periodo de predominio republicano, durante el cual la economía se expandió libremente con un mínimo de restricciones; en el periodo posterior a 1912 se mantendrían en el poder los demócratas durante la mayor parte del

tiempo, con una creciente vigilancia federal de las actividades económicas. La vida social y económica de la nación habría de regularse cada vez más, así en la paz como en la guerra, hasta alcanzar un grado que la mayoría de los norteamericanos del siglo XIX había considerado inconcebible.

En el Canadá, los primeros años del siglo XX trajeron olas crecientes de inmigración y una rápida expansión en las regiones central y occidental del Dominio. Se admitió a las provincias de Alberta y Saskatchewan en 1905 y un segundo ferrocarril transcontinental se terminó en 1914. Canadá envió dos contingentes a luchar al lado de los ingleses en la guerra surafricana, pero el Senado canadiense rechazó una proposición para contribuir con tres acorazados a la armada imperial (1913). Los vínculos económicos y financieros con la madre patria siguieron apretados. Un arancel preferencial con Inglaterra se adoptó en 1898, en tanto que una mayoría de electores canadienses se opuso a un tratado de reciprocidad comercial con los Estados Unidos en 1911.

En la América Latina, la historia de las diversas repúblicas siguió ajustándose a la pauta fijada en el siglo XIX. Ningún cambio profundo señaló los años transcurridos entre 1898 y 1914. Una revolución en México (1911) inició un periodo de desórdenes y guerra civil. El gobierno de Colombia se negó a dar permiso a los Estados Unidos para construir un canal a través del Istmo de Panamá (1903), por lo que la provincia de Panamá se separó de Colombia, fue rápidamente reconocida por los Estados Unidos como república independiente y concedió el arriendo solicitado. El canal quedó terminado en 1914. Pero los brutales métodos adoptados por el gobierno de los Estados Unidos, que desembarcó tropas para "mantener el orden" en Cuba, la República Dominicana, Haití, Nicaragua



y otros lugares de la América Central y del Caribe despertaron la oposición de los latinoamericanos contra el "coloso del norte". Las relaciones interamericanas fueron tensas e insatisfactorias en los años que precedieron a la primera Guerra Mundial, pero se hicieron esfuerzos para mejorarlas. Congresos ocasionales, convocados para fomentar la comprensión amistosa y resolver disputas, condujeron a la creación formal (1910) de la Unión Panamericana, cuerpo de conciliación en el que figuraron representantes de todas las repúblicas americanas.

El hemisferio meridional, que hasta entonces había contado solamente con una fracción insignificante de la población del globo, comenzó a desempeñar un papel más importante en los asuntos mundiales al comienzo del siglo XX. En la República Argentina, una población de 1 700 000 (1868) se multiplicó cinco veces en medio siglo, hasta alcanzar la cifra de 9 000 000 hacia la fecha en que estalló la primera Guerra Mundial, gracias en gran parte a la llegada de inmigrantes españoles e italianos. La Unión Surafricana, creada en 1909, tenía más de un millón de habitantes de origen europeo. En el Pacífico del sur, el Comonwealth de Australia, proclamado en 1901, tenía una población de 4 000 000, en 1914, de sangre europea casi exclusivamente; en tanto que Nueva Zelandia, que había alcanzado rango de dominio en 1907, tenía hacia esa fecha un millón de colonos blancos. La decisión de los australianos y de los neozelandeses de conservar la supremacía blanca, les llevó a negar la entrada a inmigrantes de los continentes más densamente poblados de Asia y de Africa, y estuvieron dispuestos a apoyar con las armas esta decisión, en caso de ser necesario. Australia formó el núcleo de una armada en 1908 y adoptó la conscripción militar en 1911. De igual manera, Nueva Zelandia dispuso el entrenamiento militar

general y contribuyó al sostenimiento de la armada inglesa.

Desde estos dominios de las antípodas que se habían elevado a la categoría de naciones, debemos volver ahora nuestra atención a la propia Europa. Durante las dos décadas anteriores a 1914, un juego fatal se llevó a efecto en el tablero europeo; juego que, viéndolo retrospectivamente, parece ser uno de los torneos más funestos realizados por los diplomáticos del Viejo Mundo. Es importante recordar de nuevo que las decisiones sucesivas a que se llegó en los problemas internacionales, entre 1894 y 1914, fueron con frecuencia maniobras de momento. Nadie podía pronosticar cuán firmemente se sostendrían las alianzas entonces concertadas, ni predecir que habrían de soportar el esfuerzo. Sin embargo, la tendencia de los acontecimientos internacionales poseía su propia lógica inexorable, y dividía a Europa, cada vez más definitivamente, en dos campos opuestos. El equilibrio del poder, invocado por los estadistas como la más segura garantía de paz, se convirtió, en cambio, en un mecanismo tan delicadamente interconectado que hacía casi inevitable una guerra general, frente a una paz general. La historia diplomática del periodo 1894-1914 es la historia de cómo las seis grandes potencias de Europa se alinearon en dos sistemas de alianzas rivales, mientras la tensión entre los dos sistemas aumentó, hasta que se tornó insoportable.

Desde la fecha de su proclamación, en 1871, el Imperio alemán fue el principal Estado militar de Europa. Bismarck vivía preocupado por el miedo de que la seguridad alemana pudiese ser amenazada por una coalición de potencias. Estaba convencido de que Francia habría de ser el núcleo lógico de tal coalición, y trabajó durante veinte años para mantener aislada diplomáticamente a Francia. Sus acuerdos con Austria e Italia (la Triple Alianza) y sus entendimientos con Austria y



Rusia (la Liga de los Tres Emperadores), mientras estuvieron en vigor, no le dejaron a Francia un solo aliado continental importante. Pero la destitución de Bismarck, en 1890, fue acompañada de la decadencia y, finalmente, del colapso de su sistema. En 1890, el Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania decidió no renovar el Tratado de seguridad con Rusia; este Tratado se había concertado en 1887, porque Rusia se negó a prolongar la Liga de los Tres Emperadores, y disponía primordialmente que ninguna potencia se sumaría al ataque contra cualquiera de las otras. Los rusos estaban dispuestos a renovar esta garantía, y la actitud del Ministerio alemán de Relaciones Exteriores los desconcertó y alarmó. Francia hizo rápidamente proposiciones a San Petersburgo para una alianza militar franco-rusa que tuvieron pocos resultados por el momento, pero los franceses fueron persistentes. A comienzos de 1894 se concertó un pacto que obligaba a Francia a ayudar a Rusia y a Rusia a ayudar a Francia, si cualquiera de ellas era atacada por Alemania. Este nuevo acuerdo habría de permanecer en vigor mientras durara la Triple Alianza, estipulación que tenía como fin servir de contrapeso al entendimiento que entonces unía a Alemania, Austria e Italia. El pacto franco-ruso perseguía una segunda finalidad. Ambos miembros competían con Inglaterra en varios puntos: los franceses, en África del Norte y el sureste de Asia; los rusos en el Cercano Oriente, Persia y Afghanistán. Como Francia y Rusia no tenían fines contrarios en ningún punto, podían permitirse fortalecerse la una a la otra para resistir a la presión inglesa.

En Londres, el pacto franco-ruso despertó recelos y las relaciones entre Francia e Inglaterra fueron incómodas hasta que hicieron crisis en 1898. El descubrimiento de que una expedición francesa, que había partido desde el África Ecuatorial, había penetrado en el Valle del Alto Nilo, en Fashoda, llevó a las dos poten-

cias al borde de la guerra hasta que los franceses retiraron su puesto avanzado. Esta pacífica solución fue propiciada por el nuevo ministro francés de Relaciones Exteriores, Theophile Delcassé, cuyos siete años de ejercicio del cargo habrían de dedicarse en buena parte a cimentar un acuerdo anglo-francés. Por el momento, los ingleses seguían satisfechos con su "espléndido aislamiento", pero su actitud sufrió cambios constantes en los años inmediatamente siguientes. La guerra surafricana les hizo ver el precio de su impreparación militar. La muerte de la reina Victoria, en 1901, y el retiro de Salisbury, al año siguiente, fueron acompañados por un cambio en el espíritu de la diplomacia inglesa. Eduardo VII desconfiaba de su sobrino, Guillermo II, y tenía simpatías para con los franceses. Pero un factor mucho más poderoso, que determinó el cambio de la actitud inglesa, fue el programa naval alemán. A partir de 1898, los alemanes emprendieron la construcción de una flota de alta mar, y el 1º de enero de 1900 el Kaiser anunció su intención de hacer que la armada alemana pudiese equipararse al ejército alemán. Al mismo tiempo, el ministro de marina, almirante Alfred von Tirpitz, reveló la convicción en que se fundaba el programa naval, al hacer una profecía cargada de sentido: "En el siglo que comienza —advirtió—, el pueblo alemán deberá ser el yunque o el martillo".

Las baladronadas de indiscretos escritores alemanes y la información recogida por el servicio de espionaje de la armada inglesa confirmaron la creencia de que Alemania, más que Francia o Rusia, habría de ser la principal amenaza a la seguridad naval inglesa en un futuro previsible. Los planes alemanes preveían la botadura de 14 acorazados, entre 1900 y 1905, e iniciar la construcción de otros doce, límite de construcción que convertiría a Alemania en la segunda potencia naval del mundo hacia 1906. Además, el poderío naval alemán



podría concentrarse en el Mar del Norte, en tanto que los barcos de guerra ingleses se hallaban dispersos por los mares del mundo. Que el almirantazgo inglés reconoció la amenaza implícita en esto, se deduce con claridad de las medidas adoptadas después de 1902. Por un acuerdo concertado con el Japón en ese año, Inglaterra y el Japón convinieron en que ambas mantendrían en el Lejano Oriente "una fuerza naval superior a la de cualquier tercer potencia". El hecho fundamental de este acuerdo anglo-japonés fue que anulaba el peligro de una alianza ruso-japonesa que habría puesto en grave peligro a la flota inglesa del Lejano Oriente. Inglaterra procuraba reducir al mínimo el riesgo de una combinación hostil en aquella remota región, para que los nuevos barcos que estaba construyendo pudiesen quedarse en sus aguas territoriales.

La segunda medida importante que tomaron los ingleses para concentrar su armada en las aguas territoriales se llevó a cabo en 1904. Las relaciones anglo-francesas habían venido mejorando constantemente durante dos años: las diferencias entre las dos potencias en África se habían zanjado mediante un acuerdo que hacía de Egipto una esfera de influencia inglesa, en tanto que Francia adquiría un dominio predominante en Marruecos; esta feliz reconciliación se conmemoró concertando el pacto de la *Entente Cordiale*, en 1904. La *Entente* no fue un tratado de alianza, pero estableció un entendimiento amistoso, y dejó a los ingleses razonablemente confiados en que no tenían que temer un ataque de los franceses en el Mediterráneo. Tenía la ventaja, también, de que reducía el peligro de una guerra franco-rusa contra Inglaterra, y esto dejó al almirantazgo de Londres en libertad de poner su atención principal en la creciente amenaza ofrecida por la flota alemana de alta mar en Kiel. Los primeros planes específicos ingleses para aca-

bar con los torpederos en caso de guerra con Alemania, se hicieron en el verano de 1904.

Entretanto, los acontecimientos en el Lejano Oriente estaban cambiando el precario equilibrio del poder de manera a la vez rápida e inesperada. El cuatro de febrero de 1904, los japoneses lanzaron un ataque repentino contra la base naval rusa de Puerto Arturo, embotellando a la flota rusa del Lejano Oriente. Se desembarcaron tropas japonesas para sitiar el puerto y estalló una guerra en gran escala mientras los rusos llevaban refuerzos. La iniciativa y la energía de los japoneses asombraron a los observadores europeos, y este asombro aumentó cuando los japoneses obligaron a capitular a Puerto Arturo, después de un año de sitio, y derrotaron a un segundo ejército ruso en Mukden. Gracias a que dominaban el mar, los japoneses pudieron abastecer fácilmente a sus fuerzas, en tanto que los rusos tuvieron que luchar en el extremo terminal del ferrocarril transsiberiano. Una lucha librada en regiones tan remotas no envolvió directamente a ninguna otra potencia europea. Pero el hecho de que Francia fuese la aliada tácita de Rusia, como lo era Inglaterra de Japón, hizo que ambas naciones se percataran de la ventaja que ganaría Alemania si interviniera en el conflicto. Esto ayudó a estimular la *Entente* a que habían llegado Francia e Inglaterra, poco después del estallido de las hostilidades en el Lejano Oriente. Alemania, entretanto, manifestó una amistosa neutralidad para con Rusia, y el Kaiser llegó a prometerle al zar que Rusia podría contar con la ayuda alemana, si Inglaterra acudía en ayuda de los japoneses.

Sin embargo, los japoneses se las arreglaban muy bien solos. Como internas rebeliones paralizaban el esfuerzo bélico ruso, el gobierno del zar jugó su última carta enviando la flota rusa del Báltico a las aguas del Lejano Oriente para restablecer su dominio naval. Llegó a los estrechos de Tsushima en mayo de 1905, y fue



totalmente destruida por los japoneses. Desde la batalla de Trafalgar, librada cien años antes, el mundo no había conocido un desastre naval tan aplastante. Los rusos habían perdido ahora todas las batallas de la guerra. Hicieron la paz en septiembre de 1905, en Portsmouth, Nueva Hampshire, después de que el presidente Theodore Roosevelt ofreció su mediación para precipitar este resultado. Las fuerzas rusas y japonesas se retiraron de Manchuria, que se le devolvió a China, pero los japoneses obtuvieron la posesión virtual de Corea, se anexaron la mitad meridional de la isla de Sajalin y se quedaron con el arrendamiento ruso de la península de Liaotung.

La amenaza de revolución en el interior de Rusia hizo que la paz fuese una necesidad para el agobiado gobierno del zar. Si la guerra hubiese continuado, el resultado quizá hubiese sido menos desigual, porque los rusos habían concentrado un ejército de un millón de hombres en Manchuria, las líneas japonesas estaban muy extendidas y el peso económico de una gran guerra estaba agotando los recursos japoneses. En Tokio se sintió un amargo desengaño cuando las condiciones de paz no comprendieron una indemnización en dinero.

En Europa, la revelación de la debilidad rusa dio origen a una peligrosa oscilación en el equilibrio del poder. Los franceses, con su único aliado seguro transitoriamente debilitado, se sintieron gravemente amenazados por el poderío de Alemania. En Berlín, el miedo a una guerra en dos frentes se disipó cuando se hizo evidente que Rusia necesitaba varios años de recuperación. Los consejeros que rodeaban a Guillermo II creyeron que el momento era propicio para que Alemania tomase una audaz postura, para conseguir concesiones de Francia en el campo colonial y apresurar el avance austro-alemán por el Oriente. Desde 1905 hasta 1914, la tensión en Europa ascendió constantemente y las cues-

tiones que evidenciaron esta tensión pueden resumirse diciendo que fueron el problema colonial, el problema naval y la cuestión balcánica.

La primera acción alemana, emprendida en 1905, tuvo relación con el problema colonial y podría calificarse de exploratoria. Tenía como objeto probar la efectividad de la *Entente* anglo-francesa. A los franceses se les hizo una severa advertencia desde Berlín en el sentido de que los intereses alemanes en Marruecos habían sido pasados por alto y que se les debía dar compensación. Delcassé confió en el apoyo inglés y quiso desafiar el reto alemán. Pero sus colegas del gabinete francés carecían de su confianza; Delcassé fue obligado a renunciar al cargo de Ministro de Relaciones Exteriores que había desempeñado durante siete años. Y Francia cedió ante las demandas alemanas de una conferencia internacional para resolver el problema de Marruecos. Representantes diplomáticos de todas las grandes potencias se reunieron en Algeciras en enero de 1906, pero sólo los austriacos apoyaron a los alemanes. La conferencia declaró que Marruecos era un sultanato independiente, pero también reconoció el derecho de los franceses a ejercer "poder de policía" en la zona. Esta ambigua concesión dejó el camino abierto a la expansión de la influencia francesa, que siguió propagándose (como señalaron los diplomáticos alemanes) "como una mancha de aceite".

Algeciras fue un desaire para Alemania. Inclusive los italianos dejaron de ceñirse a la Triple Alianza porque, antes de su caída, Delcassé logró reconciliar los intereses franceses e italianos en el Mediterráneo. En vez de debilitar la *Entente* anglo-francesa, la disputa por Marruecos la fortaleció. Mientras seguían las sesiones de la conferencia, expertos militares franceses e ingleses estudiaron planes secretos para el desembarco de 100 mil soldados ingleses en Francia, si estallaba la guerra.



En realidad, las disputas coloniales eran menos peligrosas de lo que parecían, principalmente porque ninguna cuestión colonial podía afectar a los vitales intereses de todas las grandes potencias. No era probable que Rusia corriera el riesgo de una guerra por apoyar las pretensiones francesas en el Congo, ni que Austria se movilizara para defender el comercio alemán en Marruecos. Este hecho nos lleva a comprender por qué los problemas marroquíes se resolvieron pacíficamente, no una vez, sino tres. En 1908, surgió una segunda disputa cuando los franceses capturaron a tres desertores alemanes de su Legión Extranjera, después de invadir el consulado alemán en Casablanca para detener a los fugitivos. Este "asunto de Casablanca" se sometió a una junta de arbitraje. En 1911, cuando las tropas francesas de Marruecos avanzaron hacia Fez, los alemanes protestaron de nuevo. Pero Inglaterra apoyó a Francia; la crisis pasó, y Francia salió de ella con un virtual protectorado sobre Marruecos, después de sobornar a Alemania con la cesión de 100 000 millas cuadradas del Congo Francés.

El esfuerzo había robustecido a la *Entente* anglo-francesa. Desde 1906 hasta 1909, la política francesa fue dirigida por el decidido e irascible Georges Clemenceau, que conservó la política de Delcassé de cooperación con Inglaterra. Además, la desconfianza que Inglaterra sentía por Rusia se disipó, en gran parte, en virtud del resultado de la guerra ruso-japonesa, y la mediación de Clemenceau apresuró un acuerdo anglo-ruso, que se concertó en 1907. La rivalidad entre las dos potencias en el Medio Oriente, se redujo estableciendo esferas conjuntas de influencia en Persia, en tanto que Rusia reconoció los intereses preponderantes de los ingleses en el Golfo Pérsico y en Afghanistán. Todavía no había una alianza formal que ligara a Inglaterra, Francia y Rusia, pero evidentemente se estaban acercando. El

resurgimiento de Rusia como potencia militar fue acelerado por el gobierno francés, que autorizó empréstitos de varios miles de millones de francos para ayudar al zar y acelerar el rearme uso. Los años de 1906-07, por lo tanto, dieron la primera indicación clara de que Europa se estaba dividiendo en dos grandes sistemas de alianzas, cada uno de los cuales contaba con tres grandes potencias. Estaba naciendo una Triple *Entente* para compensar el peso de la Triple Alianza.

En esos mismos años de 1906-07 se agravó la segunda gran cuestión, el problema naval, porque Inglaterra botó el primer acorazado pesado (*Dreadnought*) en 1907. Las características revolucionarias de este nuevo buque de guerra hicieron caer en desuso a todas las armadas existentes (sin exceptuar a la inglesa). Hasta 1900, el alcance efectivo de la artillería naval había sido de unas 2 000 yardas, o un poco más de kilómetro y medio. En realidad, la invención de la pólvora sin humo mejoró la trayectoria de tiro, y aparatos más exactos para apuntar los cañones hicieron posible su efectividad a una distancia cuatro o cinco veces mayor. Los expertos navales ingleses habían estado estudiando estas nuevas posibilidades cuando la guerra ruso-japonesa les proporcionó demostraciones prácticas de la artillería de largo alcance. Entonces construyeron el acorazado (*Dreadnought*) que estaba protegido por una plancha de acero de 11 pulgadas de espesor, llevaba 10 cañones de 12 pulgadas y estaba equipado con motores de turbina con una velocidad de 21 nudos. Estaba mejor protegido, era más rápido y llevaba el doble de armamento que cualquier barco anterior, y su aparición inauguró una nueva época en la competencia naval. Los constructores navales y los estrategas se dieron cuenta de que las flotas de guerra del mundo tendrían que reconstruirse y en esta nueva carrera las ingleses llevaban solamente un año de ventaja, porque el acorazado



pesado había sido construido en doce meses. Sólo un acuerdo general entre las principales potencias para limitar sus programas de reconstrucción podría evitar una carrera mortal y costosa. Pero, a pesar de las conversaciones en materia de limitación de las armadas, en la Conferencia de Paz de La Haya, en 1907, en la Conferencia naval de Londres, de 1908, y en la de Berlín de 1912, no se pudo encontrar una solución aceptable para alemanes e ingleses. Sin tal acuerdo, Inglaterra y Alemania, en cuanto principales potencias del mundo, estaban condenadas a vigilar los presupuestos de la armada del otro y tratar de superarlos. Fue esta rivalidad naval, más que cualquier otro factor, la que concentró la atención inglesa sobre Alemania en calidad de enemigo predestinado.

El tercer problema internacional antes mencionado, la cuestión balcánica, estaba menos definido, pero era mucho más peligroso. Todas las grandes potencias estaban interesadas en los asuntos del Cercano Oriente, y para los austriacos y los rusos la península balcánica y los estrechos eran zonas vitales. La influencia austro-alemana había venido aumentando allí desde 1900; pero, en 1908, Austria se adelantó al anexarse Bosnia y Herzegovina, que todavía eran parte nominal del Imperio del sultán, pero estaban sujetas a la administración austriaca desde el Congreso de Berlín de 1878. Las protestas rusas no sirvieron de nada, y a los serbios, que estaban dispuestos a iniciar una guerra por causa de esta absorción austriaca de sus congéneres eslavos, se les advirtió que respetaran la paz. La crisis balcánica de 1908 pasó, porque ni Francia, ni Inglaterra estaban dispuestas a respaldar a Rusia para contener a los austriacos. Pero en París y en Londres despertó gran preocupación el *Drang nach Osten*, el avance austro-alemán por el oriente. La construcción de un ferrocarril a través de los Balcanes hasta Constantinopla y de allí hasta Bagdad

amenazaba con hacer ingresar a Turquía y al Golfo Pérsico en la esfera del imperialismo alemán. Ni Inglaterra ni Rusia podían permitir que Constantinopla y los estrechos pasaran a dominio alemán, y Francia también tenía intereses que proteger en el Levante.

El Imperio otomano estaba a punto de despedazarse y las potencias no habían hecho planes para un reparto pacífico del legado del sultán. Los ingleses ya habían ocupado Egipto; los franceses se habían establecido en Argelia, Túnez y Marruecos. En 1911, los italianos invadieron Trípoli y se lo anexaron; habían obtenido la aprobación francesa e inglesa en virtud de sus promesas tácitas de no respetar la Triple Alianza en caso de una guerra general, y luego recibieron el consentimiento de los alemanes y austriacos para su aventura al renovar la alianza antes de que expirara. Durante un año, el gobierno otomano de Constantinopla se negó a admitir la pérdida de Trípoli, pero los acontecimientos lo obligaron a hacer la paz con Italia en octubre de 1912. Había surgido un nuevo peligro. La evidente debilidad de Turquía había incitado a los Estados balcánicos, Serbia, Grecia y Bulgaria, a desatar un franco ataque contra el Imperio del sultán, anunciando orgullosamente que se proponían arrojar a los turcos de su último pedazo de tierra en Europa.

La primera guerra balcánica de 1912 proporcionó rápidas victorias a los aliados; fuerzas serbias ocuparon la mayor parte de Albania, en tanto que los búlgaros avanzaron sobre Constantinopla. Entonces, las grandes potencias ordenaron un alto. Austria no permitiría que los serbios se quedaran con Albania y Rusia se oponía a las pretensiones búlgaras sobre Tracia. Un acuerdo transitorio, formulado en Londres en mayo de 1913, se deshizo inmediatamente porque Bulgaria atacó a su antiguo aliado, Serbia, y fue atacada a su vez por Grecia, Rumania y Turquía. En el plazo de unos pocos meses,



Bulgaria fue despojada de casi todas sus recientes conquistas. Las grandes potencias, interviniendo una vez más, obligaron a los serbios y a los griegos a abandonar Albania, que se convirtió en principado independiente. La oposición austriaca se había colocado en la balanza contra la creación de una gran Serbia, con salida al mar Adriático, porque el gobierno austriaco se sentía inseguro. La mitad de los habitantes del imperio Habsburgo eran eslavos; muchos estaban descontentos; y la aparición de un Estado pan-eslavo, o de una confederación eslava en los Balcanes habría derrumbado las ruinosas fronteras del reino austro-húngaro. El sueño pan-eslavo, con Rusia en el fondo, era una pesadilla para los diplomáticos de Viena y de Budapest.

En torno del polvorín balcánico, como jugadores que han apostado a sus favoritos más de lo que pueden perder, las grandes potencias observaron y riñeron a lo largo de las luchas de 1912 y 1913. Con cada cambio de fortuna, los riesgos aumentaban; los archivos de Europa nos cuentan fríamente la historia de esos últimos años de tensión. Desde 1871, los pueblos europeos habían vivido en una "paz armada" que era cada vez más costosa de mantener. Los gastos militares y navales se duplicaron entre 1880 y 1900, luego se duplicaron de nuevo entre 1900 y 1910. Durante el periodo de dieciséis años transcurrido desde 1898 hasta 1914 —el periodo abarcado en este capítulo— el gasto anual en armamento de las grandes potencias se elevó en un 140 %. Los ejércitos permanentes aumentaron después de cada crisis y Alemania dio la pauta, por ser la principal potencia militar. Cuando Francia y Rusia se hicieron aliadas en 1894, las fuerzas alemanas se elevaron de 487 000, a 557 000 hombres. Cuando Francia e Inglaterra concertaron su *Entente* en 1904, el ejército permanente alemán se elevó a 605 000 hombres. En 1910, era de 617 000; en 1911, de 631 000; en 1912,

de 666 000; en 1913, de 761 000; en 1914, de 820 000. Los franceses replicaron, en 1913, ampliando el periodo de servicio militar, y la fuerza de su ejército regular, en tiempo de paz, se elevó hasta los 750 000 hombres. Rusia siguió la tendencia en ese mismo año y planeó un aumento de sus efectivos desde 1 300 000 hombres hasta 1 800 000. Inglaterra, que carecía de un sistema de conscripción militar, tenía menos de 300 000 hombres en el ejército regular, y de estos, 110 000 se hallaban situados en las colonias y los protectorados. Además de esto, contaba con una fuerza voluntaria, la de los territoriales, cuyos miembros habían recibido breves periodos de entrenamiento y podían movilizarse para la defensa nacional. Era un ejército pequeño para una gran potencia, pero los ingleses confiaban en la armada real como escudo del Imperio y de su isla.

En el mar, las naciones de la *Entente*, Inglaterra, Francia y Rusia poseían una indudable superioridad. La armada rusa era la menos poderosa de las tres y sólo podía servir para la defensa local en los mares Báltico y Negro. Los acorazados franceses, por acuerdo con los ingleses, se concentraron en el Mediterráneo, donde podían superar a cualquier posible combinación de fuerzas austriacas e italianas. En el Mar del Norte, la *Grand Fleet* inglesa se enfrentaba a la flota de alta mar alemana con un decisivo margen en todas las principales categorías. Los ingleses tenían 64 acorazados por 40 de los alemanes, 10 cruceros de combate por 4 y una ventaja de 2 a 1 en cruceros ligeros, buques torpederos y destructores.

La carrera por alcanzar el poderío naval, iniciada en 1898, había producido hacia 1914 la segunda armada más poderosa del mundo. Pero los ingleses habían aprovechado al máximo sus recursos para conservar su predominio, y podían salir al paso del reto alemán con confianza. Si estallaba la guerra entre la Triple Alianza



y la Triple *Entente*, las potencias de esta última podría dominar los mares del mundo con la ayuda inglesa. Pero ¿podían contar con la ayuda inglesa? Ningún tratado formal ligaba a Inglaterra con Francia o con Rusia; sin embargo, los franceses habían dejado su costa del Mar del Norte casi indefensa por un acuerdo con Inglaterra, porque suponían que la armada británica podía defenderla. Estos acuerdos navales y la distribución de las flotas francesa e inglesa, se basaban en la realidad de una alianza anglo-francesa; lo que constituía una ficción era negar que tal alianza existía. El pueblo inglés todavía prefería creer que, si estallaba una guerra general en el continente, estarían en libertad de proclamar su neutralidad, pero esta neutralidad estaba comprometida ya casi sin remedio.

Hacia 1914, todos los diplomáticos sabían que "la paz estaba a merced de un accidente". Todo lo que representaban las alianzas interconectadas, el impulso irresistible que se recibiría en cuanto las grandes potencias movilizaran sus fuerzas, era evidente para los generales y los estadistas. La movilización, se recordaban unos a otros fatalmente, significaba la guerra. Pero cuarenta años de paz en Europa habían hecho que los pueblos anhelaran un falso sueño de seguridad; vivían sus vidas en feliz ignorancia, mientras el coro de yunques aceleraba su ritmo y por el continente se oían los ecos de la marcha de millones de hombres armados que realizaban sus maniobras anuales. Cada año trajo su crisis diplomática; cada año, los ministros de Relaciones Exteriores estallaron, disimularon y transaron; y también cada año, la crisis pasó. Los diplomáticos sabían cuán cerca estaban de la vorágine de la guerra, pero se hallaban atrapados en su movimiento y no tenían una política que viera más allá del momento. Salieron al paso de cada contingencia a medida que se fue presentando, improvisando soluciones mientras el tiempo transcurría

y se acercaba la hora en que sería imposible improvisar una nueva solución.

El 28 de junio de 1914, el archiduque Francisco Fernando, sobrino del emperador Francisco José, y heredero del trono de Austria, fue asesinado mientras realizaba un viaje de inspección en Saravejo, Bosnia. El asesino fue un joven de Bosnia que había recibido armas y ayuda de la sociedad serbia "Unión o muerte", organización terrorista formada para agitar contra Austria. Oficiales del servicio de inteligencia militar serbio habían fomentado la conspiración y los rumores de la misma habían llegado a oídos de algunos miembros del gabinete serbio que no tomaron medidas en su contra, o no supieron advertir al gobierno austriaco. Convencidos de que estaban comprometidos en el asunto oficiales serbios, aunque todavía no disponían de pruebas concluyentes de esto, los estadistas de Viena decidieron darles una lección a los serbios, que les habría de humillar y hacerlos desistir de seguir conspirando. Después de esperar cuatro semanas para terminar sus preparativos, y de obtener de Berlín la seguridad de que Alemania lo apoyaría firmemente, el gobierno austro-húngaro envió un ultimátum a Serbia el 23 de julio. Los serbios aceptaron la mayor parte de las condiciones en el plazo de 48 horas que se les concedió, pero simultáneamente comenzaron la movilización. Rusia los apoyó, Francia apoyó a Rusia y 10 días después Europa ardía en guerra. Se había producido la crisis para la que no podía improvisarse una solución pacífica.

## BIBLIOGRAFIA

Tres volúmenes (X-XII) de *The Cambridge Modern History* (Cambridge y Nueva York, 1902-12) tratan de Europa después de 1815. Una reimpresión, en que se omiten las bibliografías, se publicó en 1934. Esta valiosa y autorizada obra está cediendo ahora prioridad a *The New Cambridge Modern History*, con doce volúmenes de texto (Cambridge y Nueva York, 1957). *The Rise of Modern Europe* (Nueva York, 1934), planeada en veinte volúmenes, tiene cinco (13-17) dedicados al siglo 1814-1914. Estos conjuntos abarcan la historia general de Europa desde fines de la Edad Media. *The Oxford History of Modern Europe* (Oxford y Nueva York, 1945) trata todos los aspectos de la historia europea durante un periodo más breve, 1789-1945, en dieciséis volúmenes. El primero en aparecer, *The Struggle for Mastery in Europe, 1848-1918*, de A. J. P. Taylor, se publicó en 1954.

La mayoría de estas obras llevan bibliografías pertinentes, pero *The New Cambridge Modern History* las ha concentrado en un volumen aparte. Hay una útil *Select List of Books on European History*, 1815-1914 recopilada por A. L. C. Bullock y A. J. P. Taylor (Oxford, 1949; 2ª edición, 1957). Los lectores que deseen reseñas críticas de obras nuevas e importantes acerca del periodo las encontrarán en *The English Historical Review*, en *History* y, frecuentemente, en *The Times Literary Supplement*. *The American Historical Review* y *The Journal of Modern History* proporcionan información semejante.

Uno de los atlas históricos más útiles y fáciles de encontrar, con cerca de 50 mapas de los acontecimientos del siglo XIX, es el que acompaña a la original *Cambridge Modern History* (1921; 2ª ed., 1926).